



OFICIOS

DE LA

MEMORIA

**OFICIOS
DE LA MEMORIA**

Alcalde Mayor de Bogotá

Gustavo Petro Urrego

Secretaria General del Distrito

Martha Lucía Zamora Ávila

Alta Consejera para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación

Ana Teresa Bernal Montañez

Coordinadora General Fundación Escuela Taller de Bogotá

Diana Catalina Prada Alvis

Director Centro Memoria, Paz y Reconciliación

Camilo González Posso

Coordinadora proyecto editorial

Mónica Álvarez Aguirre

Editor literario

Mónica Álvarez Aguirre

Coautores

Doris Tejada Castañeda

Virgelina Chará

Anyela Viviana Guanga

Marcela Ospina Gómez

Claudia Victoria Girón Ortiz

Compiladores

Mónica Álvarez Aguirre

Fabiola Prado Cañas

Claudia Carvajal Gómez

©Centro de Memoria, Paz y Reconciliación

Primera edición. Bogotá, diciembre de 2015.

ISBN

Fotografías

Carlos Realpe Mesa

Alejandra Moreno Álvarez

Daniela Romero Álvarez

Archivo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación

Corrector

Fundación Escuela Taller de Bogotá

Diseño de la Portada

Fundación Escuela Taller de Bogotá: Daniel Olarte y

Susana Eslava

Diseño y Diagramación del libro

Fundación Escuela Taller de Bogotá: Daniel Olarte y

Susana Eslava

Impresión y acabados

Fundación Cultural Javeriana de Artes Gráficas -

Javegraf

Este material es el resultado de las actividades realizadas en el marco del convenio de asociación número 1210100-416-2015, suscrito entre la Fundación Escuela Taller de Bogotá y la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C.

El presente libro solo compromete a los autores y no a las instituciones editoras: Fundación Escuela Taller de Bogotá; Alcaldía Mayor de Bogotá; Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá; Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación; Centro de Memoria, Paz y Reconciliación.



ESCUELA
TALLER
DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

**OFICIOS
DE LA MEMORIA**

ÍNDICE

| | |
|------------------------------|-----|
| MEMORIAS CONTADAS Y CANTADAS | 6 |
| AGRADECIMIENTOS | 16 |
| DORIS TEJADA | 22 |
| COSTURERO DE LA MEMORIA | 44 |
| ANYELA GUANGA | 54 |
| TEATRO FORO | 78 |
| VIRGELINA CHARÁ | 88 |
| SABORES Y SABERES | 112 |
| MARCELA OSPINA | 124 |
| CARTONGRAFÍAS | 164 |

MEMORIAS CANTADAS Y CONTADAS

Camilo González Posso¹

No es extraño que en este libro nos entregue memorias contadas por mujeres. Cada una nos presenta un relato distinto de su experiencia de vida que tiene una fractura cuando irrumpe la guerra en su casa y en los caminos de sus familiares y vecinos.

Todas recorren los laberintos del desplazamiento forzado y la llegada a la ciudad para buscar una oportunidad que las libre de la angustia de haberlo perdido todo y ahora ser solo un objeto del recelo en otros lugares invadidos por la desconfianza y el miedo. Otra voz es la de una madre que no encuentra respuesta del Estado y menos de los responsables por el asesinato de su hijo secuestrado por el Ejército y ejecutado para contabilizar un trofeo mal llamado falso positivo de guerra.

Pero tienen en común que resolvieron juntarse con otras y otros para conversar sobre sus historias mientras tejían, cocinaban, cantaban, actuaban, dibujaban o escribían.

Por algo son voces de mujeres: Anyela Guangua, Doris Tejada, Marcela Ospina y Virgelina Chará. Fueron escogidas como protagonistas de lo que se ha denominado "Oficios de la Memoria", pero así como ellas hay decenas de miles, se podría decir millones de mujeres que todos los días cuentan sobre lo que les pasó a ellas, a sus hijas, hijos, esposos, hermanos o nietos. Lo cuentan mientras trabajan o cuando sin dejar de hacer algo se sientan en la sala a conversar para tratar de entender, para espantar la tristeza o simplemente para que no se les borren los recuerdos.

Entender por qué son ellas, sobre todo madres y hermanas, las narradoras de estas historias, es un reto no asumido. Los especialistas dirán que es asunto de género, que las mujeres sobrevivientes de la guerra comparten en voz alta su duelo y buscan respuestas sobre el porqué sucedieron los hechos o sobre la suerte de sus seres queridos.

También dirán que a una madre le duele más y que no puede alejar ni un instante el pensamiento sobre los suyos que han sido arrebatados en crímenes atroces que vuelven como pesadillas diurnas. Tal vez estas interpretaciones sean insuficientes para entender lo que es un hecho notorio: las memorias contadas tienen rostros de mujeres.

Aquí encontramos retazos de la vida de cuatro mujeres que resumen los pedazos de vida de tantas que han hecho el recorrido desde el dolor del destierro y de la muerte

7 OFICIOS DE LA MEMORIA

en su familia hasta convertirse en gestoras de memoria y de paz en sus comunidades y grupos de diálogos y acciones contra la impunidad y la no repetición de esa violencia que ha sido implacable con toda la sociedad. Ellas hablan también por las que no tienen voz o por tantas que han quedado atrapadas, confinadas, silenciadas en sus territorios, sometidas por las dictaduras del miedo. Pero también dialogan con las resistentes, con mujeres como las de Mampuján que siguen luchando por reconstruir sus redes de afecto y de vida y plasman sus dolores y sueños en los Chanchiros. O como las de Suárez y Buenos Aires que, como lo hizo Francia hasta en La Habana, cantan sin cesar sobre la resistencia al despojo.

Ányela Guanga tuvo que salir de Tumaco cuando tenía 24 años para escapar a la violencia que instalaron

los paramilitares en su pueblo. Escapó del régimen de terror y arbitrariedad que impusieron los paras, primero con violaciones a las jóvenes y asesinatos por cualquier razón y después con vinculación forzada de la gente a los negocios turbios del tráfico y la corrupción. Después del asesinato de sus sobrinos tuvo que huir y comenzar la diáspora y el rebusque. Ányela sobrevivió haciendo lo que mejor hacía, vendiendo sabores de su tierra en las calles y plazas de Bogotá y buscando paisanos y amigos del destino para hablar y unir esfuerzos.

Así, sin contar los vericuetos del camino, nació "ASOETNIC, la Asociación de Desplazados, Población vulnerable y Grupos étnicos, a través de varios vendedores ambulantes que nos conocimos del territorio, algunos que nos habíamos conocido o visto allá en el pueblo, o que nos distinguimos por apellidos o por

8 MEMORIAS CANTADAS Y CONTADAS

familias y así no nos conociéramos. No solamente comunidades negras sino comunidades indígenas, y empezamos a ayudarlo a la gente a hacer derechos de petición o una acción de tutela, porque yo me lo investigaba por internet o íbamos a la Unidad de Atención y Orientación UAO de allá de la primera de Mayo".

"Nos hemos encargado de recuperar nuestras creencias y saberes ancestrales para compartirlos con los nuestros y con toda la gente aquí en la ciudad. En nuestro caso es una herramienta muy importante, facilita la comunicación entre nosotros. Esto se hace a través de los Oficios de la Memoria y el grupo que hemos creado, que es Teatro Foro, es un proceso muy bonito, que no debe terminar".

"Teatro Foro es una vitrina que a través del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación hemos explorado para poder hacer visible nuestro trabajo y exigir nuestros derechos,

así podemos decirle al gobierno ¡aquí estamos! a través de una marimba, a través de un tambor, a través de un guasá; por medio de nuestros cantos y de la danza.

Esto facilita el lenguaje entre la institución y nosotros. Son prácticas muy importantes que se han debilitado por el conflicto. Nuestro trabajo en Teatro Foro es una lucha resistiendo y logrando que nuestras prácticas culturales construyan comunidad”.

A Marcela Ospina la sacó corriendo el Frente 49 de las FARC por allá en una vereda del municipio de Florida en Caldas. No pudo cumplir en su tierra el sueño de tener el cartón de bachiller porque el pueblo a donde viajaba horas para validar se volvió un infierno bajo las balas y pipetas de metralla lanzadas por la guerrilla. Como le ocurrió a Anyela, Marcela llegó a Bogotá para enfrentar la hostilidad y añorar la tierra perdida. “Empecé el proceso yendo a la UAO –

Unidad de Atención y Orientación - y allí escuchaba las historias de la gente, empecé a entender la problemática, era muy triste; unos decían que lo perdieron todo, otros que mataron sus familias. Confronté mi corazón y abrí mi mente para recordar todo lo que ocurrió en mi pueblo, con mis amigos, conocidos y las necesidades de mi familia eran muy similares a las de todos en la ciudad. Estábamos dejando de ser campesinos para ser ciudadanos”.

Marcela habla dulcemente, como si leyera poesía en sus recuerdos. “La gente a veces no entiende, dirá que los desplazados y los que hemos pasado todo esto estamos locos, pero la mente de uno no funciona normal, no funciona igual, la mente es una cosa indescriptible. Es como un gran archivador con muchos cajones, los guardas y los abres, hay unos que abres para siempre, hay líneas de tiempo que nunca vas a abrir, que se cerraron, por eso

a veces decimos “no sé qué pasó entre tales años y tales años”, y hay otras que no puedes cerrar y están ahí, y vuelven”. “Eso es lo que siento que hemos vivido, y el proceso del Centro de Memoria con las víctimas confirma esa teoría: que tú no eliges qué quieres contar, solamente dices “quiero contar o no quiero contar”, y el no contar nos hace daño psicológicamente y nos enferma físicamente”.

Marcela ha sido promotora de la Cartografía de la Memoria y con Juan, Carolina, Consuelo, Delfina, Esperanza, Mónica, Daniela, Noris, Hennys, Beto, Argemira, Don José, Darkoth, Carol, Camilo y muchas más han gestado la Editorial, reproduciendo sus crónicas en dibujos, grabados, libretas y libros que llevan de lado a lado, a bibliotecas y colegios, a ferias y a muestras internacionales. Un día le preguntamos a Marcela si era ya bueno el negocio de la

Editorial y no vaciló en decir que lo que ahora le preocupa más es ese encuentro con otros y otras para sanar, “ahora no somos víctimas, somos personas” dice en voz baja y repite “primero la dignidad”, “primero la dignidad”.

Virgelina Chará es otra negra del Pacífico, de esas que hacen vibrar la tierra que pisan. En Suárez, al norte del departamento del Cauca, Virgelina sacaba oro al lado de su familia hasta que llegó la construcción de la represa La Salvajina y todo cambió. En sus ires y venires le tocó desde niña meterse en el tropel; joven participó en el sindicato minero y fue acusada de colaborar con la guerrilla del M19. Ella dice con su infaltable sonrisa y picardía que el ejército que la obligó a salir de su tierra también la protegió para que fuera una desplazada y no otra muerta más en la vereda.

Virgelina habla de su periplo por la rebeldía, de Suárez a Cali y de allí al Tambo para terminar finalmente... por ahora, en Bogotá, militando a veces en el Polo y siempre organizando desplazadas en la asociación que creó desde 1994.

“Nosotros fundamos Asomujer y Trabajo. Pero antes en el 90 íbamos a conformar una cooperativa. Teníamos un proceso en Cali de vendedores de Chontaduro y fruta, el nombre incluso lo alcanzamos a registrar como Cooperativa Administrativa de Fruteros de Colombia, entonces nos recomendaron que no lo hiciéramos así porque las cooperativas iban a sufrir un ataque, pues tenían tanta fuerza financiera que estaban siendo vulneradas” “Comenzamos entonces a trabajar como Asociación y así se funda Asomujer y Trabajo, nosotros somos una asociación, que fundamos desde 1994 pero con cámara de comercio aquí en Bogotá desde el 2003”. “En este proceso es

que llego al Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, al Costurero de la Memoria y Sabores y Saberes, donde trabajamos todo el tema de recuperar los platos y la gastronomía no solo del Pacífico o del Cauca sino de más regiones de Colombia”.

Doris Tejada es una sobreviviente entre 18 hermanos. Ocho de ellos murieron víctimas de la pobreza antes de que toda la familia tuviera que huir de su vereda en Montenegro, Quindío. Tenía diez años ese día de 1960 cuando dejaron todo atrás y ha reconstruido sus recuerdos escuchando el cuento repetido una y otra vez por su mamá y su papá. Después de una década de violencia en toda esta región al sur del viejo Caldas no parecía llegar la paz que prometió el inicio del Frente Nacional. Así comienza el relato de Doris Tejada, tratando de rescatar sus muñecas en medio de la oscuridad. “Me acuerdo tanto de la violencia de 1960, veía

a mi papá muy preocupado. Un día le llegó una boleta por debajo de la puerta, nos teníamos que ir. Él pensó en sus 10 hijos. "No hay forma de trasteo, entonces lo que se lleven puestecito" No pudimos llevar las muñecas. Salimos a las 8 pm. en flota para Bogotá, no se esperó a que amaneciera". Años después comienza la otra historia, la de su regreso al campo con su esposo Darío y sus seis hijos a una finca ubicada en el municipio de Fusagasugá. Allí la volvió a encontrar la violencia cuando le dieron primero la noticia de la desaparición de su hijo Oscar y a los dos años, de desvelo y preguntas, la confirmaron de que su hijo había sido asesinado y se encontraba en una fosa común acusado en muerte de ser un subversivo dado de baja en combate.

"Empieza entonces la lucha por recuperarlo, conocí a las madres de Soacha y les conté mi caso, me dijeron que era un falso

positivo, que el acta de defunción que tenía era igual a la de ellas, "dicen que estaban en un grupo subversivo. Enlodan el nombre de los muchachos, se los llevan con engaños y los asesinan. Los meten a una fosa común para que nunca los encuentren." "Yo no podía creer que fueron los militares, que había todo un plan macabro, esto fue planeado, quisiera saber los autores intelectuales, los que comandaron esta masacre porque fue a lo largo y ancho del país, es demasiado doloroso porque son personas de las instituciones las que nos cuidan, las que nos protegen. Si me llegara a perder y me encontrara un policía, un militar, no tengo odios ni rencores me criaron en un hogar sano, pero no les pediría ayuda. ¿Entonces quién nos protege?". "Quiero demostrar que mi hijo no era ningún delincuente, y también a ver si logro recuperar sus restos porque estoy en un camino muy largo por recorrer, porque con los militares es cosa seria.

No es fácil, un hijo es un pedacito de corazón, de vida, todos los días a cada instante lo recuerdo, debo aprender a vivir con ese dolor”.

Doris Tejada, acompañada siempre de su esposo Darío, también encuentra en los Oficios para la Memoria un espacio para dialogar. “Llegué al Costurero de la Memoria del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación con las madres de Soacha. Me llamó la atención porque se trataba de coser, de unir retazos y a la vez reunir historia, algo de lo que nos ha pasado. Nos sentamos a compartir, a coser, a contar. Me uní a las madres para aprender de ellas, para aprender algo porque yo nunca me preparé para ver morir un hijo. Así es más llevadera la situación”.

Es imposible leer estos relatos y escapar a la emoción y a la conmoción que producen tantas palabras sencillas y de tanta sabiduría. Nos hablan de la ruta del

dolor que no termina pero que se transforma y deja de ser el llanto solitario para ser el relato a muchas voces. Es ese paso del Yo al nosotras y nosotros, de lo que me pasó a lo que nos pasó a todos. Los recuerdos que repetimos y escuchamos y que nos enriquecen la crónica recuperando detalles olvidados, incorporando las palabras de otros duelos o los recorridos de otras luchas contra el olvido, la impunidad o la indiferencia. Así en el diálogo se va tejiendo la memoria, se cocinan los recuerdos, se llenan de nuevos sentidos los relatos y se multiplican las fuerzas para seguir buscando.

Estas cuatro mujeres son también cuarenta que se volvieron maestras y maestros de la memoria, la verdad y la paz a través de los Oficios de la Memoria. Así literalmente, Maestras y maestros de jóvenes y de multitudes a donde llegan sus palabras. También aprendieron que eran pedagogas y pedagogos

inigualables en las aulas cuando llegaron a los colegios de Bogotá, invitadas por la Secretaría de Educación a compartir sus testimonios, la experiencia meditada y las lecciones aprendidas sobre la superación del dolor o del odio, la lectura de las violencias padecidas y los laberintos de la esperanza.

“Yo diría que estamos más que en la pedagogía de la memoria estamos es generando la pedagogía del duelo, la pedagogía de sacar ese dolor que yo todavía no he sanado y empiezo a contar”. (Virgelina)

“Es lindo porque esa labor pedagógica les puede hacer ver a ellos que pueden hacer algo para sanar, que pueden luchar por enfrentarse al mundo con buena actitud, demostrando cariño y amor hacia los demás, dándoles confianza a los demás compañeros, hablando con ellos para que puedan hacer lo mismo. Y cambian, el cambio lo van a notar ellos, porque yo lo noté, yo no sonreía, yo era solo lágrimas, y ahora

pues dije no, yo no soy la misma de hace 4, 5 años”. (Doris)

“Este proceso solo hace que sanemos nuestras heridas y no permitamos que se repitan los hechos que nos cambiaron la vida. Contar es parte de sanar, es parte de construir y dar pasos para entender que el dolor de otros no es aislado del de nosotros, si no que es la realidad del lugar en donde nacimos todos y que seremos cómplices si la verdad sigue oculta”. (Marcela)

“Teatro Foro y mis nuevos proyectos han sido un espacio muy bonito donde me descubro como la gran pedagoga, porque me gusta enseñar y sobre todo porque estamos haciendo visible la verdad, sobre todo ahora que hay una posible firma de la paz. Es evidenciar cómo nosotros nos hacemos presentes en la ciudad a través de este proceso aportando a la verdadera paz, a una verdadera no repetición y una verdadera construcción. Es una paz

que sale de la misma comunidad y de las víctimas". (Anyela)
Estas experiencias de los Oficios de la Memoria muestran lo que se puede construir cuando se encuentran algunos que construyen memoria no solo para contar el dolor sino sus procesos de resistencia y de construcción social a partir de saberes fundamentales para la vida de las comunidades y de las regiones de Colombia . Aquí están los y las imprescindibles, las que están todos los días incondicionalmente llevando este Oficio en el corazón y los pulmones; gente como nuestras Maestras, como Pacho, Claudia, Daniela, Beto, Mónica, Alejandra, Fabiola. Aquí se enlazan espíritus nobles y afloran las virtudes y los valores de la solidaridad.

Este libro es un recorrido por los Oficios de la Memoria, de la mano de mujeres y hombres que se encuentran para dialogar acudiendo a lenguajes del arte y del sentimiento y desde allí ganar más fuerzas para asociarse con otros en las exigencias de verdad y justicia pero también para las otras causas de la paz. Como evoca Doris después de la peregrinación a Copey – César para ver el lugar en el que está la fosa común donde han dicho que podría estar su hijo, desde estos lugares y prácticas nacen arco iris y otros compromisos, aquellos que les permiten entender a muchos porque desde la tragedia, y para que no nos someta y nos vuelva víctimas eternas, salen mensajes de esperanza y razones para seguir luchando sin permitirle a los responsables del desastre borrar en la resistencia la capacidad de sonreír y cantar, contar y soñar.

Bogotá D.C. Diciembre de 2015.

1. Director del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. Presidente del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz – Indepaz.

AGRADECIMIENTOS

La elaboración de este libro ha sido posible gracias a la labor de diversos actores que han participado en la construcción y revisión de los textos y que con su trabajo cotidiano son un ejemplo de Dignidad.

Agradecemos a:

A cada uno de los integrantes de los Oficios de la Memoria, quienes permanecen y quienes ya no están, quienes han posibilitado el aprendizaje y la enseñanza para la construcción de memoria, verdad y paz en Bogotá y Colombia.

Costurero de la Memoria:

Francisco Bustamante
Claudia Girón
Ana Cecilia Arenas Sánchez
Andrés Hernández López
Blanca Grimaldo
Blanca Monroy

Blanca Nubia Díaz
Carmenza Gómez Romero
Clara Inés Hernández Sánchez
Derly Chará
Gloria Mancera
Marina Salazar
Idaly Garcera Valdés
Jaqueline Castillo Peña
Jhoan Sebastián Chará
Luz Marina Navia
María Doris Tejada Castañeda
Mayda Alejandra Espitia Bejarano
Natalia Peláez
Patricia Camacho
Viviana Andrea Vaca Gómez

Teatro Foro:

Olimpia Barreiro
Levinson Ovando
Maribel Obando
Plinio Hurtado
Oscar Neftalí Montaña
Iber Alegría

Gilberto Montaña
María Florez
Genith Valencia
Anyela Viviana Guanga
Clara Sinisterra
Katherine Quiñones

Sabores y Saberes:

Ariel Danilo Ascanio
Patricia Camacho
Tania Camacho
José Yépez
Virgelina Chará
Leidy Johana Perez
Harold Dardely Chará
Carmen Rosa
Marina Salazar
Derly Lisney Chará
Maria Carrillo
Familia Chará

Cartografías:

Marcela Ospina
Delfina Hernández
Juan Rolando Paz
Carolina Ospina
Hennis Marca
Noris Ascanio
Argemira Rayo
Esperanza Nuñez
José Joaquín Arango
Consuelo Paez Parra
Juan Fuentes
Daniela Romero
Alberto Centeno

A cada una de las personas víctimas del conflicto armado que han aportado sus saberes para el ejercicio de la memoria en Bogotá haciendo presencia y convocando diversidad de encuentros por medio de sus organizaciones, de su presencia y trabajo constante en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación.

A las organizaciones de DDHH como Minga, la Fundación Manuel Cepeda, el Centro de Atención Psicosocial, a la Fundación Instituto para la Construcción de la Paz – Ficonpaz, a las universidades y los docentes, a sus estudiantes, a los docentes de los colegios de Bogotá, a docentes universitarios y docentes de escuela que les han abierto sus espacios a los Oficios para desarrollar procesos pedagógicos, a los y las investigadoras, participando como miembros activos y procurando que en sus escenarios de enseñanza sean los integrantes

de los Oficios quienes comuniquen y construyan memoria confrontando imaginarios que se oponen a la paz y permitiendo que el conocimiento se construya desde diversas perspectiva y voces para que ese fluya desde la experiencia viva.

A la ciudadanía en general que se permite conocer la historia y las experiencias de vida en cada una de las visitas que realiza al Centro de Memoria, Paz y Reconciliación convirtiéndose en parte vital y en un puente que empieza a construir una historia colectiva con las víctimas del conflicto armado.

Al equipo de trabajo del Centro de Memoria Paz y Reconciliación que durante su existencia ha procurado espacios pedagógicos, artísticos y académicos, espacios de intercambio de saberes y en los que han sido fundamentales los Oficios de la Memoria, porque nos han permitido comprender que hay muchas formas y lenguajes para hacer memoria y que la paz requiere de la voz de todos y cada uno de sus participantes. Gracias a los Oficios de la Memoria por ser nuestros grandes maestros y maestras.

A Camilo González Posso, incansable promotor y portador de Paz.

Historias de Vida

DORIS TEJADA
costurero de la memoria

ANYELA GUANGA
teatro foro

VIRGELINA CHARÁ
sabores y saberes

MARCELA OSPINA
cartongrafías

Doris Tejada

Nací en Montenegro, Quindío, el 10 de mayo de 1950. Vivía con mi papá y mi mamá y tuve 18 hermanos.

Mis hermanos poco a poco fueron muriendo, de pequeñitos se morían de alguna enfermedad. Quedamos diez hijos, yo era de las últimas.

De los primeros recuerdos de mi infancia fue cuando mi mamá me regaló una gallina que ponía huevos debajo de un árbol de limón; yo la consentía y le daba maíz como premio por poner huevos. Después me los comía tibios.

Mi papá y mi mamá nunca nos maltrataban, nos inculcaban hacer el bien, hablar con amor, permanecer tranquilos. Él trabajaba en los ferrocarriles y ella cogía ruedos, le gustaba mucho la costura. A nosotras nos gustaba jugar con las muñecas, nos queríamos mucho

Me acuerdo tanto de la violencia de 1960, veía a mi papá muy preocupado. Un día le llegó una boleta por debajo de la puerta: nos teníamos que ir.

Él pensó en sus diez hijos. "No hay forma de trasteo, entonces lo que se lleven puestecito" No pudimos llevar las muñecas. Salimos a las 8 de la noche en flota para Bogotá, no se esperó a que amaneciera.

DORIS TEJADA

Llegamos a donde una hermana de mi mamá que vivía en el barrio La Estrada mientras conseguíamos dónde vivir. A los ocho días ya nos fuimos de ahí.

En una casa en Santa Helenita un señor nos arrendó un cuarto, mi papá compró un tapete y ahí dormíamos todos.



OFICIOS DE LA MEMORIA



Mi papá empezó a trabajar en lo que fuera, desde vender hasta asear oficinas. Nosotros nos quedábamos en la casa con mi mamá y le ayudábamos a desgranar arveja y frijol para mantenernos ocupados porque aún no podíamos estudiar.

No es fácil venirse del campo a la ciudad, en el campo se pueden tener gallinas, sembrar algo para el sostenimiento, va uno y compra el hueso, la sal. En cambio en la ciudad es más difícil, si uno no tiene un trabajo, una estabilidad, le toca llegar a arrumarse en una pieza, pagar los servicios; la vida le cambia a uno un 90%.

DORIS TEJADA

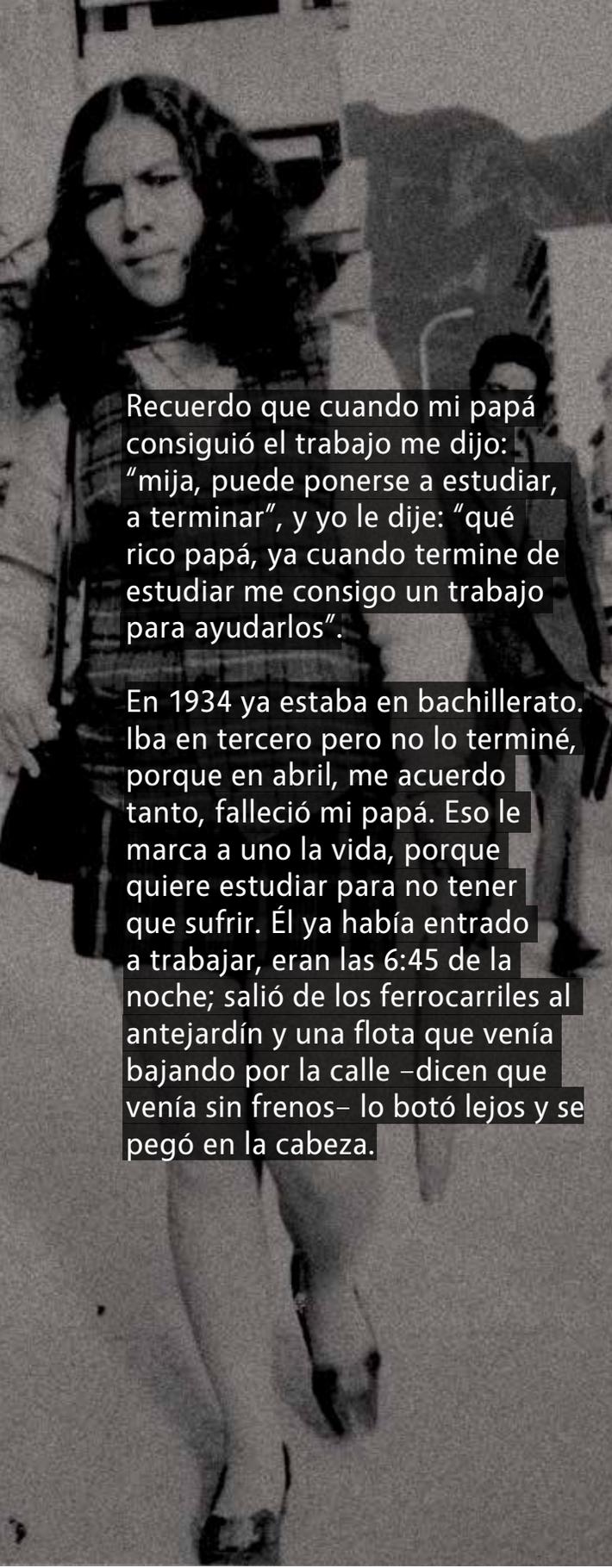


Mi papá nos contaba que en el trabajo le ponían trampas, le dejaban plata por ahí a ver si él se la cogía, pero la recogía y al final la entregaba toda, así se fue ganando la confianza de los jefes por ser una persona honrada y cuidadosa. Hasta que un día lo recomendaron en otro trabajo "porque usted es una persona honorable", le dijeron.

A pesar de vivir una situación crítica, fue una vida hermosa llena de valores, fuimos muy unidos, no veíamos la maldad, así nos hayan sacado de la tierra yo todavía creo en la gente. Mi mamá nos enseñó a creer en Dios, nos dijo que no se debía hacer ninguna maldad porque Él estaba en todos lados y nos estaba viendo.



DORIS TEJADA



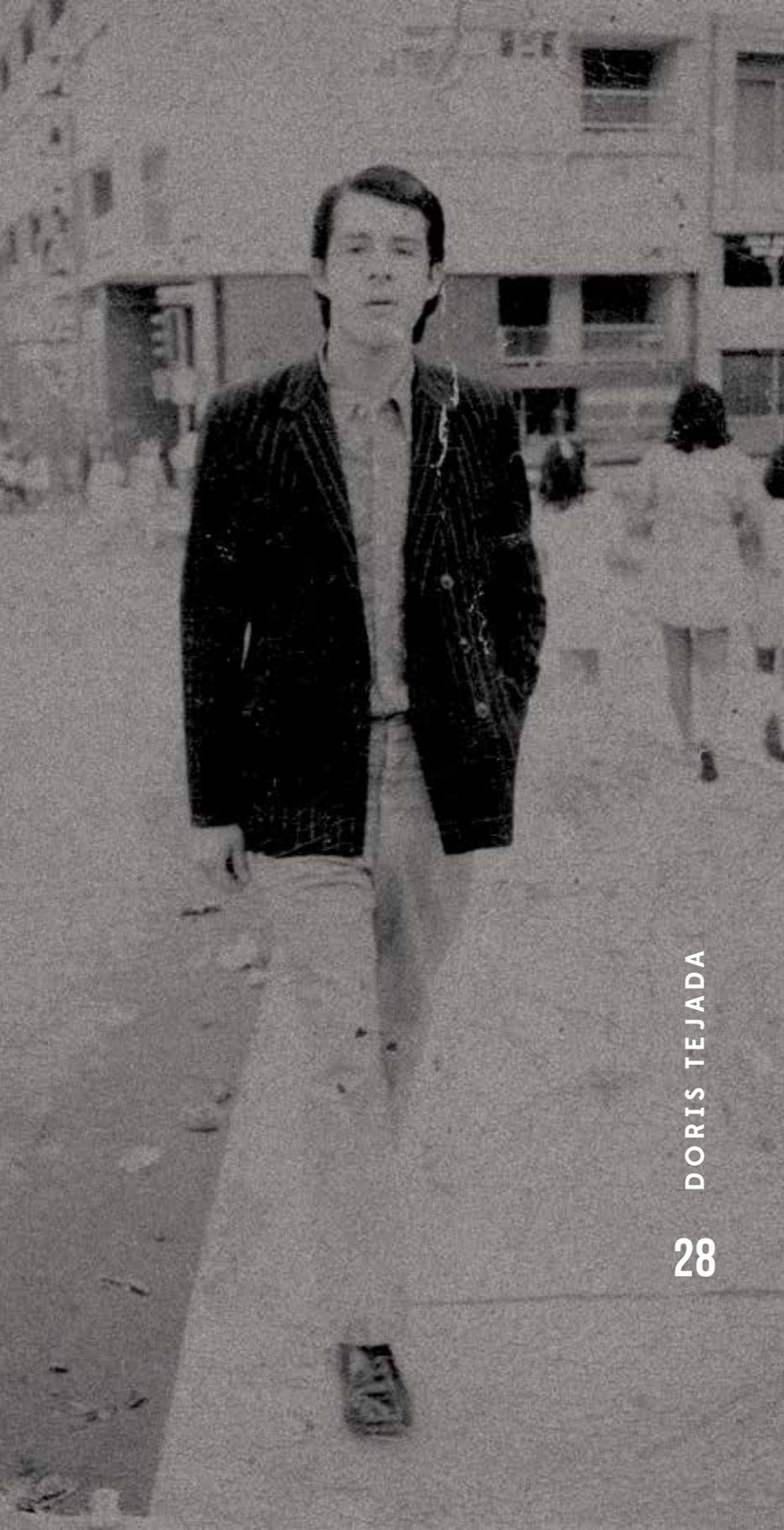
Recuerdo que cuando mi papá consiguió el trabajo me dijo: "mija, puede ponerse a estudiar, a terminar", y yo le dije: "qué rico papá, ya cuando termine de estudiar me consigo un trabajo para ayudarlos".

En 1934 ya estaba en bachillerato. Iba en tercero pero no lo terminé, porque en abril, me acuerdo tanto, falleció mi papá. Eso le marca a uno la vida, porque quiere estudiar para no tener que sufrir. Él ya había entrado a trabajar, eran las 6:45 de la noche; salió de los ferrocarriles al antejardín y una flota que venía bajando por la calle –dicen que venía sin frenos– lo botó lejos y se pegó en la cabeza.

Con el Instituto de Crédito Territorial nos dieron una casa en el barrio Timiza. Se iba pagando por cuotas y la entregaron en obra negra. Él era muy cumplido, pagaba todos los días 5, pero a los seis meses se nos fue.

Cuando mi mamá me dijo que ya no podía seguir estudiando lloré, hice pataleta, pero era de las mayorcitas, había cuatro hermanos menores.

Obligada, me tocó ponerme a trabajar. De manicurista, con mi primer cliente estuve muy nerviosa, pero me decía a mí misma: "Yo puedo, yo puedo, Doris puede porque tiene que trabajar para llevar la plata para la casa". Me dio hasta propina, eso le da a uno seguridad y empuje para seguir luchando.



DORIS TEJADA

28

Cuando tenía 18 o 19 años entré a trabajar como vendedora a una tienda de calzado, era una vendedora muy ágil.

Ahí conocí a Darío, mi esposo, el 31 de diciembre de hace cuarenta y tantos años, bien no recuerdo la fecha.

No creo en agüeros, pero ese 31 de diciembre no me puse a dar feliz año, más bien eché un huevo en un vaso de cristal porque eso me dijeron que hiciera, a ver qué pasaba. Después de poner el huevo me fui con mis hermanos Martha y Gustavo a celebrar el año a la casa de mi tía en La Estrada.

Ya casi llegando a la puerta de la esquina don Darío me dijo: "Negrita, ¿cómo estás? Feliz año". "Gracias, lo mismo", le contesté, pero no le puse mucho cuidado a dónde entró, a dónde fue.

Cuando entramos a la casa de mi tía él estaba ahí. Se me arrimó, bailamos, charlamos, me preguntó si tenía novio, le dije que no, y me preguntó si no quería recibir a este huérfano. Yo le dije: "Pues déjeme pensarlo".

Finalmente me fui con él para mi casa y se lo presenté a mi mamá como un primo. Apenas me acordé del vaso fui y lo saqué. No había nada de huevo, la yema era un barco y la clara, que es la blanquita, es ver un velo totalmente bien hecho con unas pinticas doradas. No entendía nada.



Me fui para donde una vecina y ahí ella me dijo: "Doris, te vas a casar, esto es un barco y un velo, te vas a casar este año". Y yo le dije: "¿Pero con quién?, no tengo novio". Me quedó sonando, y pues era Darío, porque al mes y veinte días nos casamos.

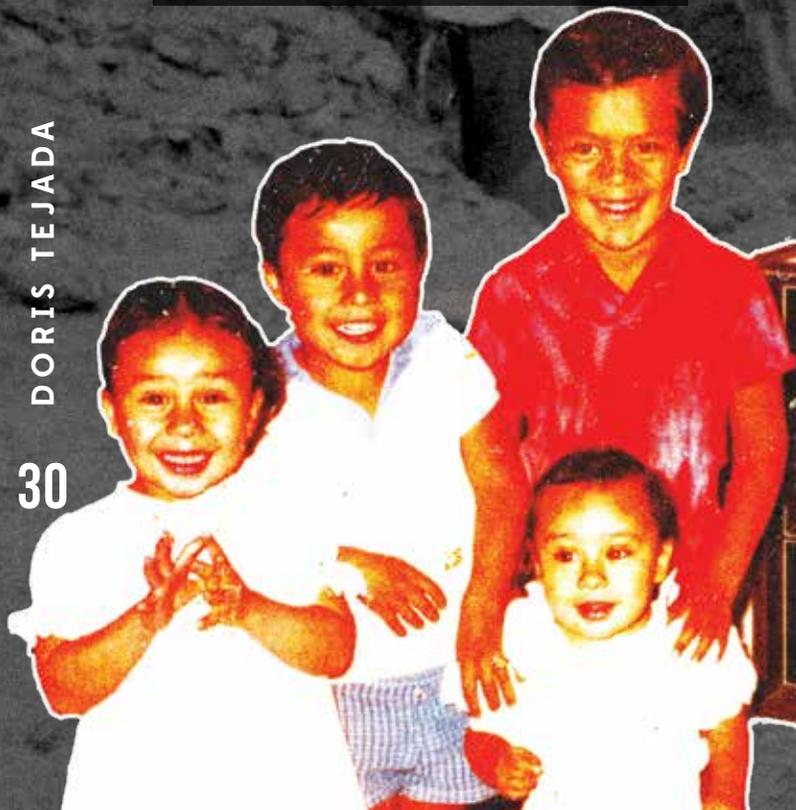
Tuve inconvenientes con la familia de Darío, sus papás me rechazaron, no estaban de acuerdo con nuestro matrimonio. Un día fuimos a visitarlos y nos ofrecieron pasar la noche, pero yo le dije a Darío que no y él se fue conmigo. Me di cuenta de que si él tomaba esa determinación es porque estábamos unidos en las buenas y en las malas.

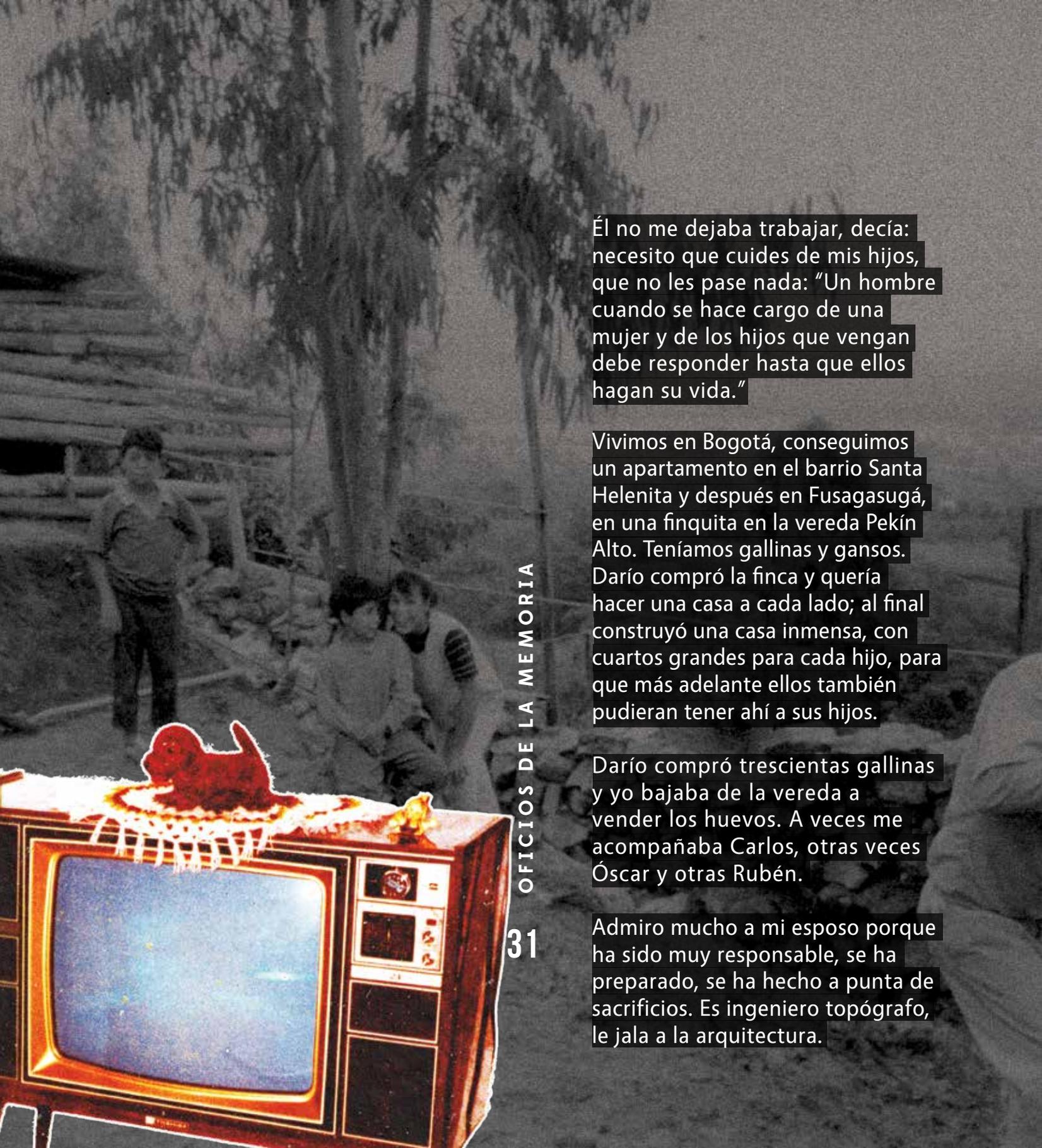
Mi mamá me dijo: ¿Usted está enamorada de él?, le respondí que me gustaba. A él le dije que por qué no nos íbamos a vivir un tiempo juntos primero, y él me dijo: "No, yo la he elegido a usted para ser la madre de mis quince barrigones". Me arriesgué y me ha ido bien. Me ha apoyado mucho.

Yo no me le medí a los quince hijos pero sí tuvimos seis: John Jairo, Rubén, Nancy, Luz Marina, Óscar y Carlos, todos maravillosos.

DORIS TEJADA

30



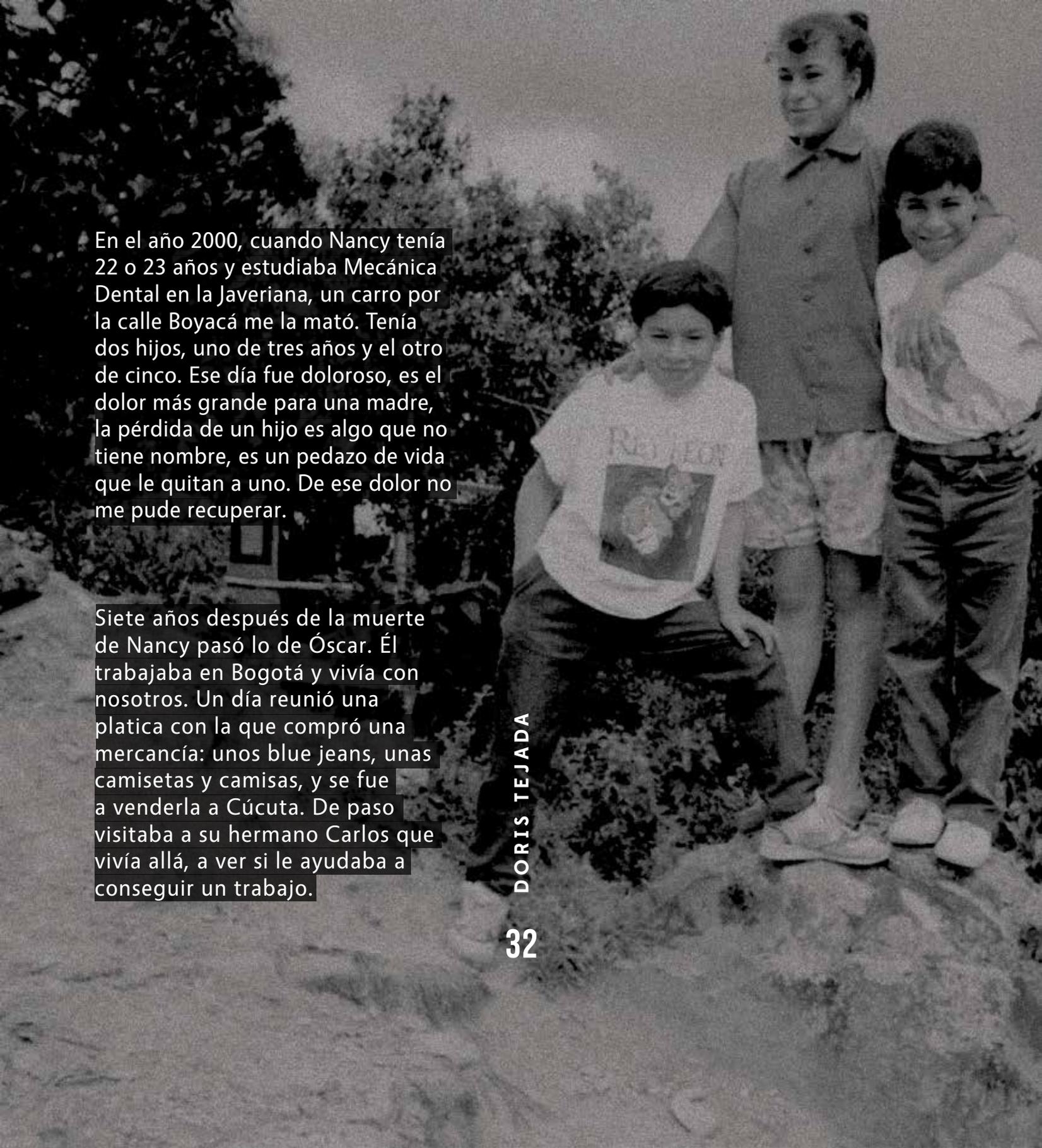


Él no me dejaba trabajar, decía: necesito que cuides de mis hijos, que no les pase nada: “Un hombre cuando se hace cargo de una mujer y de los hijos que vengan debe responder hasta que ellos hagan su vida.”

Vivimos en Bogotá, conseguimos un apartamento en el barrio Santa Helenita y después en Fusagasugá, en una finquita en la vereda Pekín Alto. Teníamos gallinas y gansos. Darío compró la finca y quería hacer una casa a cada lado; al final construyó una casa inmensa, con cuartos grandes para cada hijo, para que más adelante ellos también pudieran tener ahí a sus hijos.

Darío compró trescientas gallinas y yo bajaba de la vereda a vender los huevos. A veces me acompañaba Carlos, otras veces Óscar y otras Rubén.

Admiro mucho a mi esposo porque ha sido muy responsable, se ha preparado, se ha hecho a punta de sacrificios. Es ingeniero topógrafo, le jala a la arquitectura.



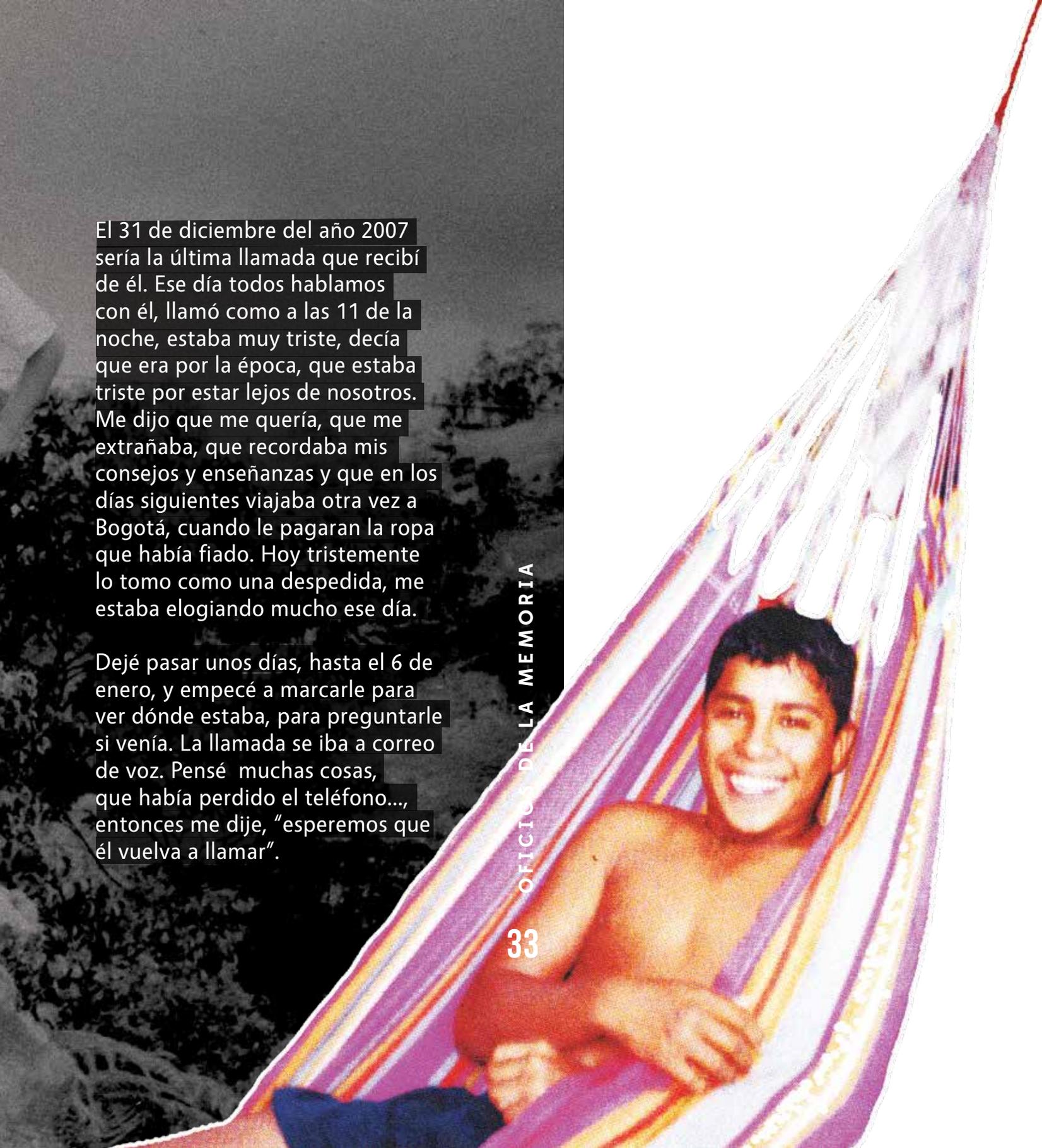
En el año 2000, cuando Nancy tenía 22 o 23 años y estudiaba Mecánica Dental en la Javeriana, un carro por la calle Boyacá me la mató. Tenía dos hijos, uno de tres años y el otro de cinco. Ese día fue doloroso, es el dolor más grande para una madre, la pérdida de un hijo es algo que no tiene nombre, es un pedazo de vida que le quitan a uno. De ese dolor no me pude recuperar.

Siete años después de la muerte de Nancy pasó lo de Óscar. Él trabajaba en Bogotá y vivía con nosotros. Un día reunió una platica con la que compró una mercancía: unos blue jeans, unas camisetas y camisas, y se fue a venderla a Cúcuta. De paso visitaba a su hermano Carlos que vivía allá, a ver si le ayudaba a conseguir un trabajo.

DORIS TEJADA

El 31 de diciembre del año 2007 sería la última llamada que recibí de él. Ese día todos hablamos con él, llamó como a las 11 de la noche, estaba muy triste, decía que era por la época, que estaba triste por estar lejos de nosotros. Me dijo que me quería, que me extrañaba, que recordaba mis consejos y enseñanzas y que en los días siguientes viajaba otra vez a Bogotá, cuando le pagaran la ropa que había fiado. Hoy tristemente lo tomo como una despedida, me estaba elogiando mucho ese día.

Dejé pasar unos días, hasta el 6 de enero, y empecé a marcarle para ver dónde estaba, para preguntarle si venía. La llamada se iba a correo de voz. Pensé muchas cosas, que había perdido el teléfono..., entonces me dije, "esperemos que él vuelva a llamar".





El 16 de enero del año 2007 algo me ocurrió a las 10 de la noche: yo estaba durmiendo y quedé despierta de una vez, sentía un desprendimiento en mi vientre. Hay una conexión madre hijo, y es tan doloroso, uno siente que le están arrancando las entrañas. Asustada le conté a Darío y él me tranquilizó, me dijo que a lo mejor quería decir que Óscar iba a venir.

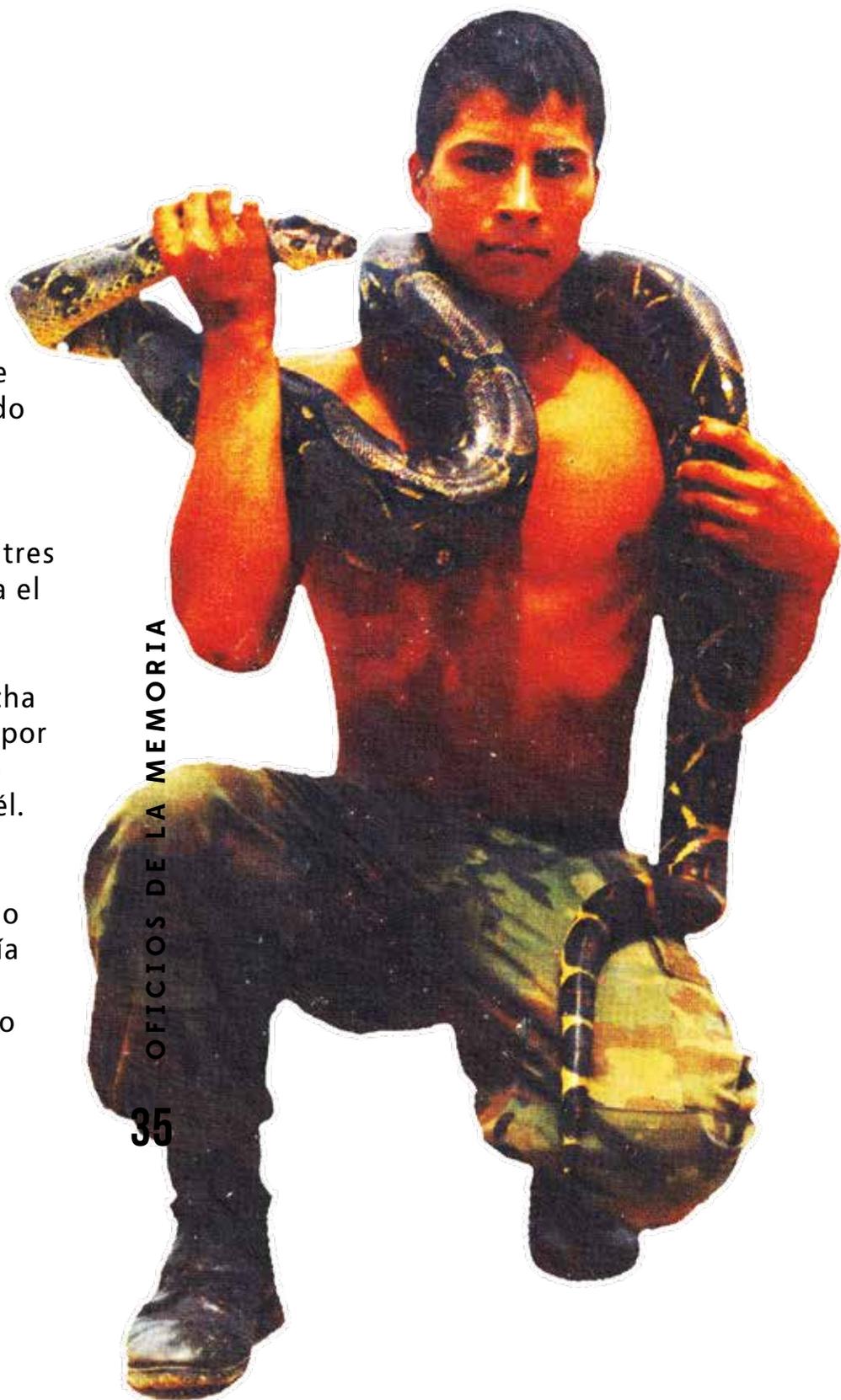
Empezamos a llamar a Carlos, que estaba en Cúcuta, pero él tampoco se había comunicado con Óscar. Carlos sí viajó el 31 de diciembre de 2007 para Bogotá para estar con nosotros, nos contó que se habían visto en Cúcuta y que habían quedado de encontrarse el 29 para viajar juntos, pero Óscar no llegó.

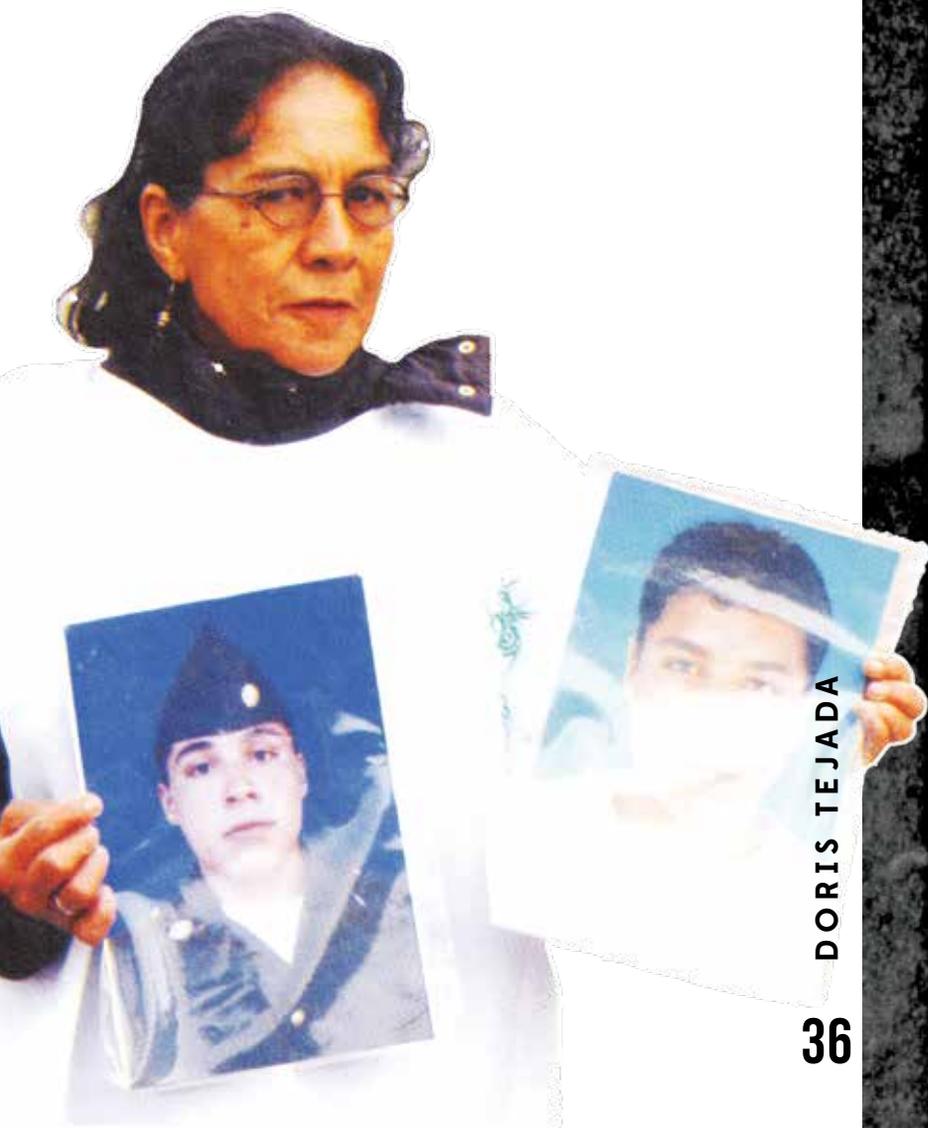
DORIS TEJADA

Yo le pedía a Dios que me mostrara el camino, lo veía, lo sentía; a veces le contaba a mi familia y a veces no porque creían que me estaba volviendo loca. "Él estará bien, relajado, estará trabajando, de pronto se consiguió una mujer y a lo mejor le va a llegar con dos o tres hijos", me decían. Pero pasaba el tiempo y nada.

A partir de ahí empezó una lucha por buscarlo, por encontrarlo, por saber dónde estaba porque no sabía absolutamente nada de él.

En el año 2010 mi hija Luz Marina hizo la denuncia, mucho tiempo después de lo que había pasado, de que Óscar hubiera desaparecido, y durante un año no supimos nada.





DORIS TEJADA

36

El 13 de junio de 2011 fui a la fiscalía de Fusagasugá a poner otra denuncia, mi hijo estaba desaparecido hacía dos años y no sabía qué hacer. Me mandaron al CTI (Cuerpo Técnico de Investigación) y me dijeron que me iban a ayudar, que en dos días me lo iban a localizar.

A los dos días volví a la Fiscalía y me dijeo la funcionaria que me atendió: "Ya, doña Doris, ya lo encontramos". La cantidad de emociones que sentí, no sabía si llorar de la emoción, de la alegría. Tenía muchas preguntas: ¿Estará vivo, estará ...? Me puse mal.

"¿Pero él está muerto?", pregunté. "Sí", me respondió la funcionaria. Me informó que había muerto en combate, que estaba en un grupo subversivo. De ninguna manera mi hijo era ningún delincuente. Es demasiado duro, uno sabe cómo son sus hijos, la base moral con la que los ha levantado de no hacerle mal a nadie. Para uno es fatal, y me fui por toda la vía legal a demostrar que mi hijo no era ningún delincuente.

Ella me dijo que había sido encontrado muerto en Copey, Cesar. Yo le dije que entonces no podía ser él porque él estaba en Cúcuta, que no tenía familia por Copey, que no era él, no era él.

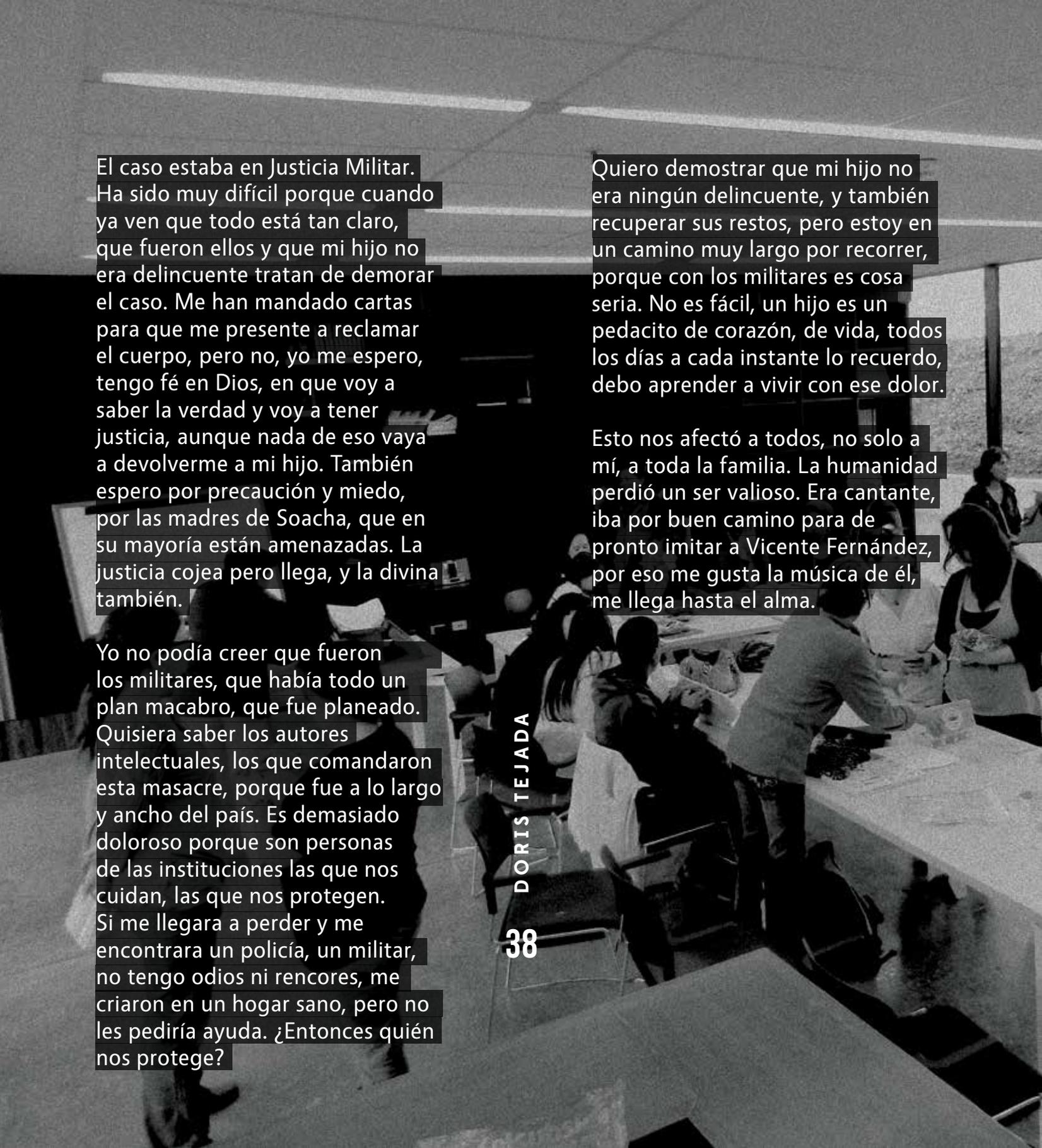
Me dijeron que hubo un enfrentamiento con el ejército pero no entendía, Óscar no estaba pagando servicio militar. Mis hijos todos pagaron servicio militar y Óscar es un héroe de la patria, él no estaba en un grupo subversivo, estaba en Cúcuta vendiendo una ropa. De ahí se llevaron a mi muchacho y me lo asesinaron. Le pedí a Dios que me diera mucha fuerza.

Me entregaron un registro y fue muy doloroso tener que sacar el certificado de defunción. Pero no lo aceptábamos. Rubén y Darío decían que a lo mejor había perdido los papeles y los habían encontrado, o que estaba trabajando en Venezuela. Pasamos tres años esperando a que llamara.

¡Toqué tantas puertas para encontrarlo! A donde me decían que fuera, iba. Un día un señor me dijo que mi caso era parecido al de las madres de Soacha, que fuera a hablar con ellas, y ese mismo día pensé en ir, pero no, el problema era más grandote de lo que yo me imaginaba, era inmensote y yo lo veía así de facilito.

Al ver la magnitud del problema tuvimos que vender la finca de Pekín, esa que construimos con tanto amor. La finalidad que teníamos era tratar de traer sus restos, pero no era fácil, ni lo es aún.

Empezó entonces la lucha por recuperarlo. Conocí a las madres de Soacha y les conté mi caso, me dijeron que era un falso positivo, que el acta de defunción que tenía era igual a la de ellas. "Dicen que estaban en un grupo subversivo. Enlodan el nombre de los muchachos, se los llevan con engaños y los asesinan. Los meten a una fosa común para que nunca los encuentren."



El caso estaba en Justicia Militar. Ha sido muy difícil porque cuando ya ven que todo está tan claro, que fueron ellos y que mi hijo no era delincuente tratan de demorar el caso. Me han mandado cartas para que me presente a reclamar el cuerpo, pero no, yo me espero, tengo fé en Dios, en que voy a saber la verdad y voy a tener justicia, aunque nada de eso vaya a devolverme a mi hijo. También espero por precaución y miedo, por las madres de Soacha, que en su mayoría están amenazadas. La justicia cojea pero llega, y la divina también.

Yo no podía creer que fueron los militares, que había todo un plan macabro, que fue planeado. Quisiera saber los autores intelectuales, los que comandaron esta masacre, porque fue a lo largo y ancho del país. Es demasiado doloroso porque son personas de las instituciones las que nos cuidan, las que nos protegen. Si me llegara a perder y me encontrara un policía, un militar, no tengo odios ni rencores, me criaron en un hogar sano, pero no les pediría ayuda. ¿Entonces quién nos protege?

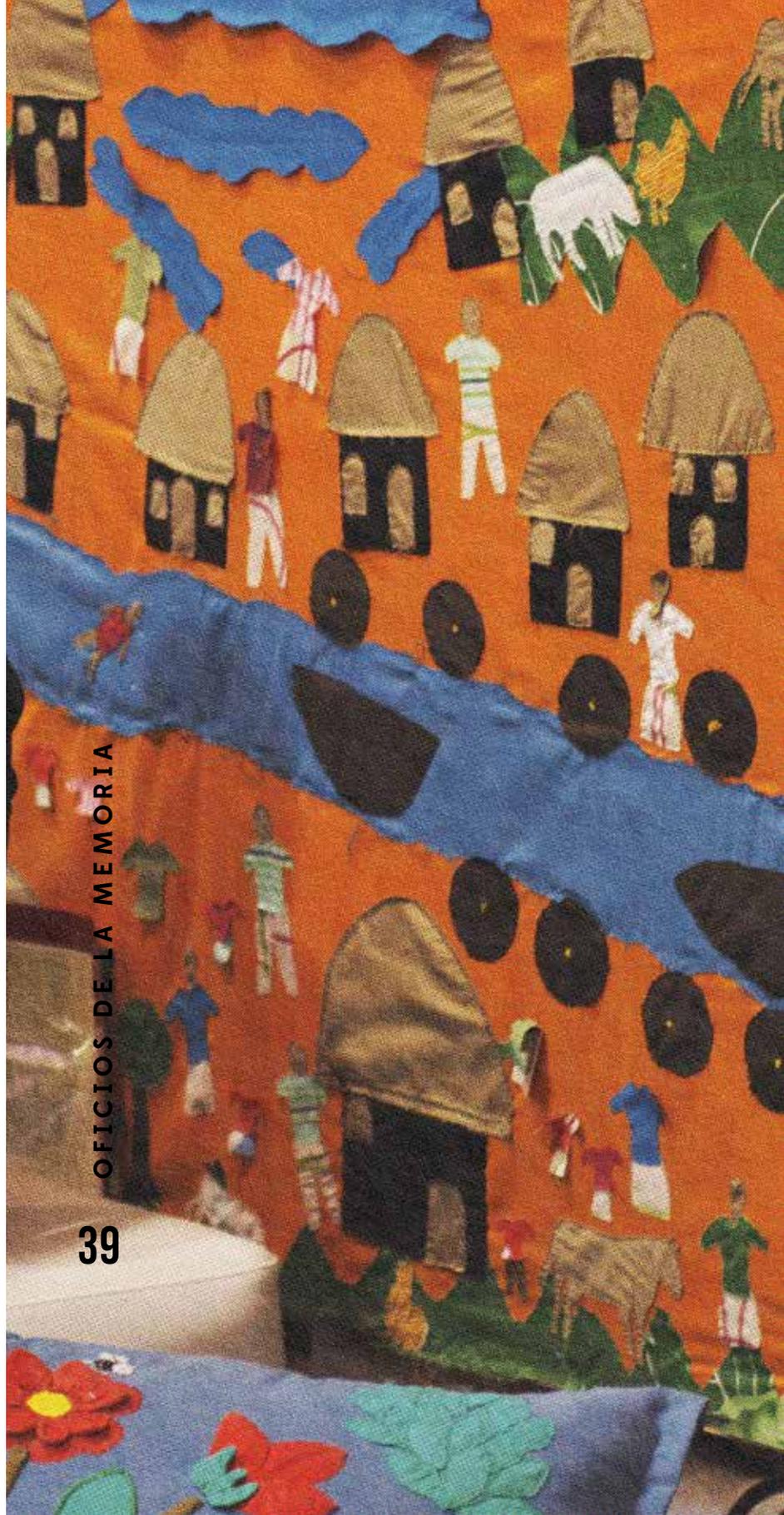
Quiero demostrar que mi hijo no era ningún delincuente, y también recuperar sus restos, pero estoy en un camino muy largo por recorrer, porque con los militares es cosa seria. No es fácil, un hijo es un pedacito de corazón, de vida, todos los días a cada instante lo recuerdo, debo aprender a vivir con ese dolor.

Esto nos afectó a todos, no solo a mí, a toda la familia. La humanidad perdió un ser valioso. Era cantante, iba por buen camino para de pronto imitar a Vicente Fernández, por eso me gusta la música de él, me llega hasta el alma.

Llegué al Costurero de la Memoria del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación con las madres de Soacha. Me llamó la atención porque se trataba de coser, de unir retazos y a la vez reunir historia, algo de lo que nos ha pasado. Nos sentamos a compartir, a coser, a contar. Me uní a las madres para aprender de ellas, para aprender algo porque yo nunca me preparé para ver morir un hijo. Así es más llevadera la situación.

Ha sido una labor muy enriquecedora, me ha enseñado a sobrellevar este dolor, a contarlo una y otra vez, a llevarlo con otras personas que están viviendo lo mismo o peor.

Darío me apoya, me consuela y me ha ayudado a llevar este dolor, me dice que lo que yo quiera hacer él está ahí para ayudarme.



Tengo una conexión con el CMPR y no puedo faltar un día. Ha sido un gran apoyo porque he podido sacar tanto dolor, con las telas he podido narrar todo. Con todas las compañeras siento apoyo, cariño, como que vengo y me desahogo, descargo y vuelvo y recargo.



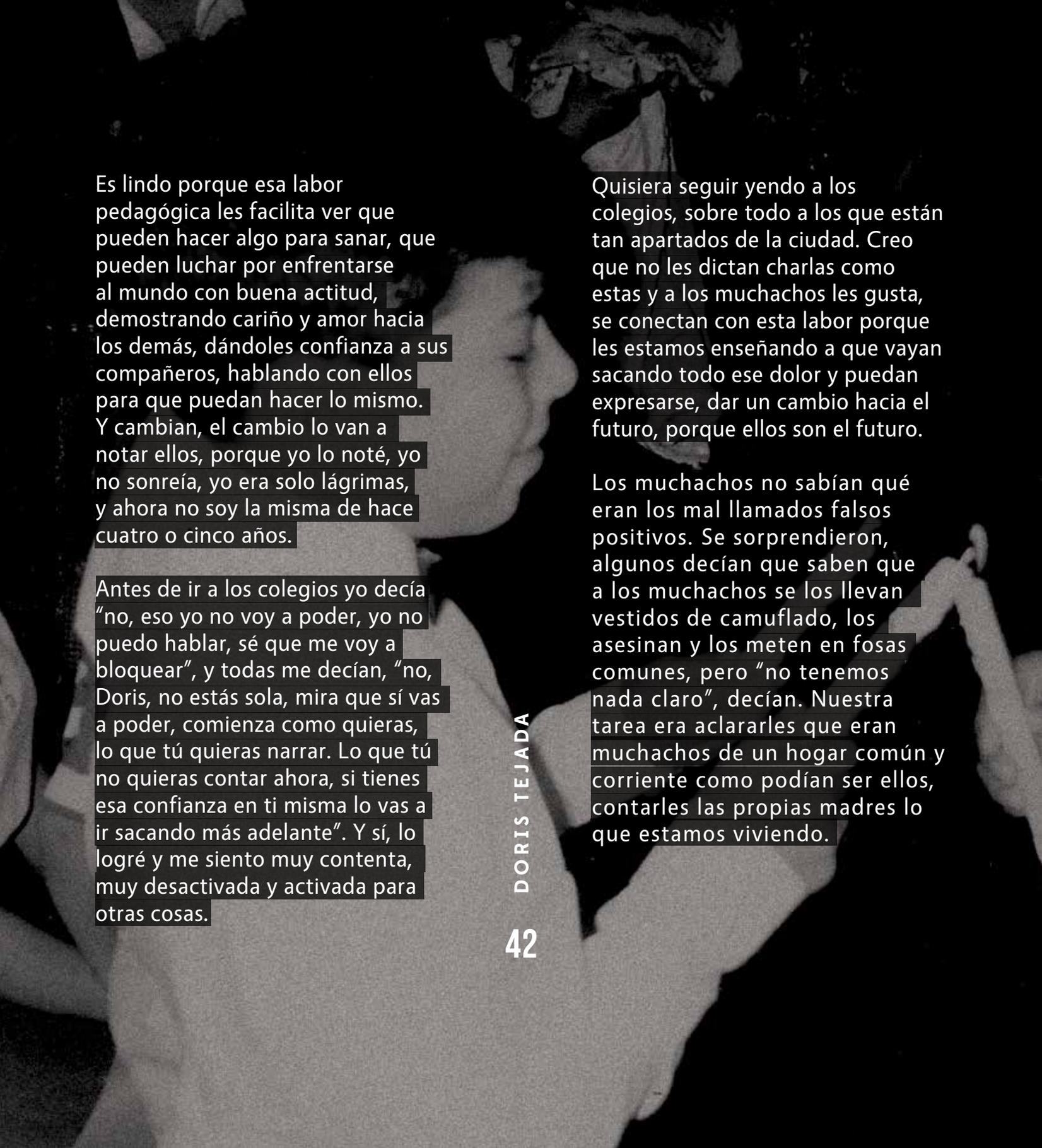
En el año 2014 se hizo una peregrinación a Copey con varias organizaciones, fuimos ocho kilómetros monte adentro a donde se lo habían llevado para asesinarlo, a él y a otros dos muchachos. Pude ir a sacar tanto dolor y saber que mi hijo sí estaba allí, lo digo con tanta seguridad porque allí se me presentó él y salió el arco iris, que es una conexión entre el cielo y la tierra. Eso me dice que sí va a haber justicia, que va a haber tranquilidad para mi esposo, mis hijos, para mí. Siento que él está pidiendo que saquen sus restos de allí. Después de la peregrinación el caso de mi hijo salió de la Justicia Penal Militar y pasó a la justicia ordinaria.

Con el Costurero estuvimos dictando talleres de memoria, con el apoyo de la Secretaría de Educación, en colegios públicos de Bogotá. La idea era ir a mostrar las telas que cosíamos, contar nuestra historia, dar a conocer la realidad del país y seguir tratando de alivianar la herida.

Fueron grupos fuertes, muchachos de noveno y décimo. Al principio era como si ellos se preguntaran qué hacíamos ahí, qué queríamos de ellos.

Los talleres eran de cuatro días, una vez a la semana, y fue en la segunda sesión que se empezaron a conectar, se emocionaron cuando escucharon las narraciones de nosotras, quedaron impactados y empezaron a hacer preguntas: ¿cómo?, ¿dónde?, querían que siguiéramos yendo y nos decían que era maravilloso ver cómo habíamos perdido a nuestros hijos y seguíamos en la lucha. Yo les decía que “querer es poder”.

Me impresionó que les brindamos confianza, sentían que en nosotras podían confiar. Fue una oportunidad para ellos de conocerse, de reconocerse. Varios nos contaron sus problemas, desde la homosexualidad hasta la violación, contaban que tenían rabia. Entonces les explicaba que había que sacar la rabia, que así no pareciera, el dolor construye en uno algo maravilloso, así como lo representamos nosotras en las telas. Coser, escribir, leer me ayudó muchísimo.



Es lindo porque esa labor pedagógica les facilita ver que pueden hacer algo para sanar, que pueden luchar por enfrentarse al mundo con buena actitud, demostrando cariño y amor hacia los demás, dándoles confianza a sus compañeros, hablando con ellos para que puedan hacer lo mismo. Y cambian, el cambio lo van a notar ellos, porque yo lo noté, yo no sonreía, yo era solo lágrimas, y ahora no soy la misma de hace cuatro o cinco años.

Antes de ir a los colegios yo decía "no, eso yo no voy a poder, yo no puedo hablar, sé que me voy a bloquear", y todas me decían, "no, Doris, no estás sola, mira que sí vas a poder, comienza como quieras, lo que tú quieras narrar. Lo que tú no quieras contar ahora, si tienes esa confianza en ti misma lo vas a ir sacando más adelante". Y sí, lo logré y me siento muy contenta, muy desactivada y activada para otras cosas.

Quisiera seguir yendo a los colegios, sobre todo a los que están tan apartados de la ciudad. Creo que no les dictan charlas como estas y a los muchachos les gusta, se conectan con esta labor porque les estamos enseñando a que vayan sacando todo ese dolor y puedan expresarse, dar un cambio hacia el futuro, porque ellos son el futuro.

Los muchachos no sabían qué eran los mal llamados falsos positivos. Se sorprendieron, algunos decían que saben que a los muchachos se los llevan vestidos de camuflado, los asesinan y los meten en fosas comunes, pero "no tenemos nada claro", decían. Nuestra tarea era aclararles que eran muchachos de un hogar común y corriente como podían ser ellos, contarles las propias madres lo que estamos viviendo.

DORIS TEJADA

Eran muchachos que tenían un hogar, un trabajo, hijos, luchaban por un futuro, tenían proyectos de vida. Muchos querían ahorrar para comprarle una casita a la mamá, pagaban un arriendo, le aportaban a la mamá, como el mío que era una elegante persona. No eran delincuentes como lo decían en los medios de comunicación, trastornan todo, todo lo tergiversan y dicen lo que les conviene. Es muy triste.

Hoy en día aún no he recuperado los restos de Óscar, porque como pueden haber cien personas en esa fosa común pueden haber doscientas, es mucha la cantidad que hay allí. Yo le pido mucho a Dios, clamándole con tanta fe como si fuera posible que se levantaran todos los restos de allí para poder localizar a Óscar. Y parece que sí se va a poder, los van a levantar y los van a situar en otro lugar. Eso me tranquiliza un poco y me da fuerza para la espera.

OFICIOS DE LA MEMORIA

43



El Costurero de la Memoria



El Costurero de la Memoria tiene su origen en prácticas y procesos históricos en Colombia.

La costura como una actividad familiar tiene que ver con la forma en que las madres les enseñan a sus hijas e hijos a remendar, a hacer colchas de retazos con las ropas viejas, a coser la ropa para sus hijos e hijas. Este es un saber que se hereda por generaciones. Hasta los años 60 existieron escuelas de artes y oficios en las que se les enseñaba a las mujeres labores de la casa, a tejer y coser. Las mujeres ayudaban de esta manera en la economía familiar. El proceso de industrialización y el nacimiento de fábricas como Coltejer cambió esta costumbre en la sociedad en general.

Por otro lado, y a raíz del conflicto armado, se han generado procesos de memoria a través de la costura como el de las Tejedoras de Mampuján. Mampuján es un corregimiento de María la Baja situado en el departamento de Bolívar. A través de las telas las mujeres cuentan lo sucedido en la región de los Montes de María, donde los paramilitares desplazaron a sus habitantes; sus tapices narran la historia de lo sucedido cuando los paramilitares cometieron masacres, torturas y desplazamientos en esta zona de Colombia. Estas mujeres han desarrollado varios talleres y recorridos por los mismos lugares en los que ocurrieron los hechos y han trabajado, además, en la elaboración de telas sobre las raíces de las comunidades negras que llegaron a Colombia en calidad de esclavas traídas de África.

COSTURERO DE LA MEMORIA



La costura como un lenguaje familiar y propio por medio del cual se transmiten saberes que se heredan, también se convierte en un texto que cuenta lo sucedido y en una herramienta para hacer pedagogía social de la memoria desde la voz y las manos de personas que han sufrido los impactos del conflicto político, social y armado en Colombia, y desde allí, recuperan un rol social.



En el año 2008, a raíz de las denuncias de las Madres de Soacha, el país se enteró de que para mostrar resultados en su lucha contra la guerrilla y el paramilitarismo, integrantes del ejército asesinaron a diecinueve muchachos haciéndolos pasar como actores armados ilegales dados de baja en combate. Estos procesos de denuncia social, política y jurídica apoyados por organizaciones defensoras de DDHH, las madres y familias de los muchachos de Soacha que fueron víctimas de este fenómeno dan a conocer una práctica que se extiende por todo el país.

En el año 2014 se supo de aproximadamente 5.700 casos de lo que en Colombia se ha llamado "falsos positivos"¹, y que en el Derecho Internacional Humanitario se denomina como homicidio con agravante de desaparición y tortura.

COSTURERO DE LA MEMORIA

1. Observatorio de Derechos Humanos de la Coordinación Colombia, Europa y Estados Unidos.





En 2010 las Madres de Soacha recibían apoyos desde muchos lugares y organizaciones de Derechos Humanos. Cada una de estas organizaciones tenía una agenda de trabajo con ellas. Fedes, por ejemplo, acompañaba su fortalecimiento organizativo a través del trabajo con niños y jóvenes, algunos de ellos pertenecientes a las familias. Caps atendía los requerimientos en materia de salud y atención psicosocial. Minga llevaba cinco de los casos jurídicos y el Comité de Solidaridad con Presos Políticos, otros dos casos. Por otro lado, Minga y la Fundación Manuel Cepeda Vargas iniciaron un proceso de reconstrucción de Memoria Histórica y reparación simbólica articulada a la perspectiva psicosocial de elaboración colectiva del duelo y a la pedagogía social de la memoria en relación con los casos de “falsos positivos”.

En esta dinámica de acciones aisladas, cada una de las organizaciones mencionadas generaba agendas de trabajo con las Madres de Soacha, dificultando su convocatoria. Pensando en su beneficio, estas organizaciones resolvieron hacer un fondo común donde se juntaron los recursos técnicos, profesionales y económicos. Camilo Castellanos, que en ese momento era el director de Fedes, comentó que esta modalidad de trabajo era como una colcha de retazos a la que denominó “mesa de chanchiros”, donde cada pedacito se juntaba para construir tejido social con las víctimas de los “falsos positivos” de Soacha.



Iniciaron así un trabajo coordinado de apoyo a las víctimas, donde la pedagogía de la memoria, el acompañamiento psicosocial, la incidencia política y la exigibilidad de derechos eran el eje fundamental de la apuesta conjunta.

Como logros de este trabajo vale la pena rescatar, por un lado, las dos peregrinaciones a Bucaramanga para presionar y exigir justicia por dos casos de procesos penales contra militares acusados de participar en los crímenes de algunos de los jóvenes presentados como “falsos positivos”, que finalmente fueron resueltos de manera condenatoria en primera instancia. Fue la primera condena de los acusados en los casos de Soacha.

El segundo logro importante fue la transformación de la Mesa de Chanchiros –en 2013– en el proyecto del Costurero de la Memoria “Kilómetros de vida y de memoria”, que hasta el día de hoy, junto con los demás oficios de la Memoria que se vienen desarrollando en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, está orientado a reconstruir historias de vida sobre la violencia política y el conflicto armado en Colombia.



Su nombre se refiere, por una parte, al largo camino que han tenido que recorrer las víctimas de la violencia sociopolítica a lo largo y ancho del territorio nacional y del territorio existencial; un camino de recuerdos dolorosos y memorias perdidas en medio de las dinámicas del desarraigo, el olvido y la impunidad. Y, por otra parte, al proceso de costura asociado metafóricamente a la idea de reconstruir el tejido social, a partir del restablecimiento de los lazos de confianza entre las personas, familias, organizaciones y colectividades que participan del espacio.

El Costurero se convierte en un espacio de encuentro no solo de las Madres de Soacha, sino de otros sectores de víctimas, como los y las participantes del Movice (muchos de los cuales son familiares y sobrevivientes del genocidio de la UP); víctimas de la violencia sexual en el marco del conflicto; organizaciones de comunidades y familias desplazadas por los diferentes actores armados legales e ilegales (guerrillas, paramilitares, agentes del Estado) y las dinámicas de despojo que se desprenden de los megaproyectos en los territorios.

El Costurero de la Memoria llega en el año 2013 al Centro de Memoria con los retazos de múltiples colores, con los cantos, la música, la literatura y la danza que acompañan cada una de las sesiones dirigidas por Francisco Bustamante, de la Asociación Minga, y Claudia Girón, de la Fundación Manuel Cepeda. Estas acciones configuran la apuesta transversal de estética de la resiliencia y la dignidad en la que se enmarca el trabajo de acompañamiento psicosocial, que se fortalece en la medida en que genera un espacio de prácticas universitarias y pasantías profesionales, en un principio con estudiantes de Psicología de la Universidad Javeriana, y paulatinamente con estudiantes de diversas disciplinas y universidades públicas y privadas, que llegan al Costurero buscando un nicho de investigación.

La finalidad es generar inicialmente una serie de productos tejidos y cosidos, elaborados por los y las participantes, que al ser colectivizados en un tejido común (a partir de la suma de varios trabajos individuales) lleguen a tener "kilómetros" de largo, al punto de poder llegar a envolver el Palacio de Justicia y otros lugares de la ciudad, en una acción estética de intervención del espacio público.

A través de talleres de arte y costura las mujeres irán uniendo los retazos de tela y de una historia que en un principio se resiste a ser contada, por el profundo dolor, rabia, tristeza y, en muchas ocasiones, por el miedo que encierra. En el Costurero se fabricarán los sueños de esperanza...

El encuentro de las unas y las otras irá construyendo un espacio propicio para que la conversación vaya fluyendo entre puntada y puntada.

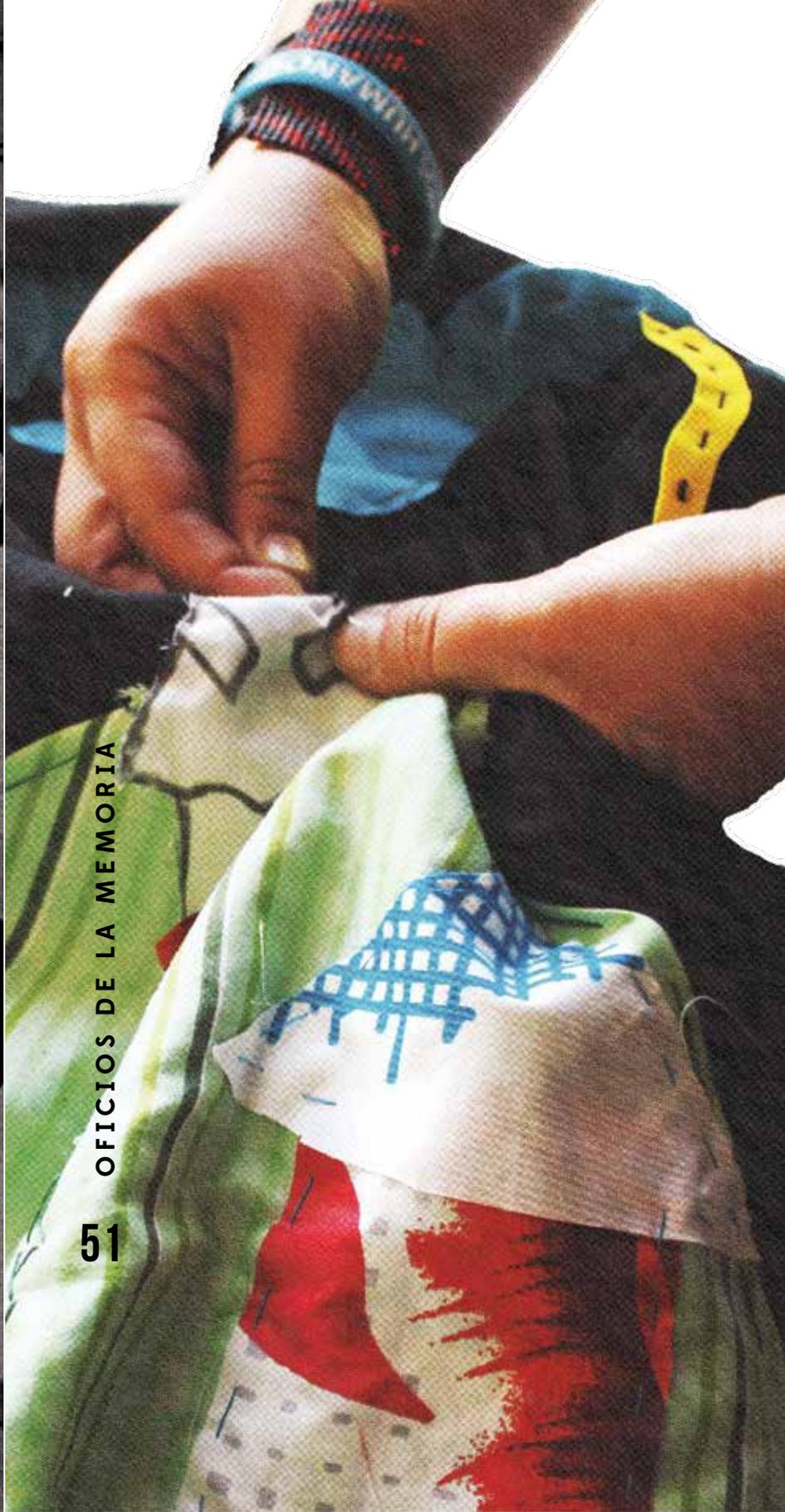
Así mismo, el diálogo con diversos artistas propicia la creación y abona el terreno para que las historias se vayan armando desde un momento y lugar específico o en dos momentos que hablan de "un antes y un después". Esto permite no solo expresar el dolor sino recuperar momentos perdidos.

Las telas se van configurando con las observaciones de Francisco Bustamante y de la profesora de costura, Cruz, así como por el acompañamiento psicosocial de Claudia Girón en coordinación con los y las estudiantes universitarios que llevan a cabo sus prácticas, pasantías y tesis profesionales en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación; pero también con las observaciones que se van haciendo las unas a las otras: *necesito el verde para las montañas; es mejor un color más vivo para que le de contraste; voy a ponerle unos zapaticos tejidos; esta es la primera porque voy a contar la historia de mi pueblo...*

Al Costurero van llegando los y las hijas, hermanas, nietos, esposos; estudiantes y visitantes extranjeros..., todos van a escuchar, a aprender. Al principio algunos vienen a observar, a tomar fotografías, a hacer entrevistas y vídeos, pero luego se les dice que este es un espacio para dar y recibir..., un espacio de trabajo colectivo y participativo, y que es necesario que ayuden con algunas costuras. El Costurero se convierte en una escuela en la que todos y todas aprenden a compartir sus experiencias vitales y conocimientos.



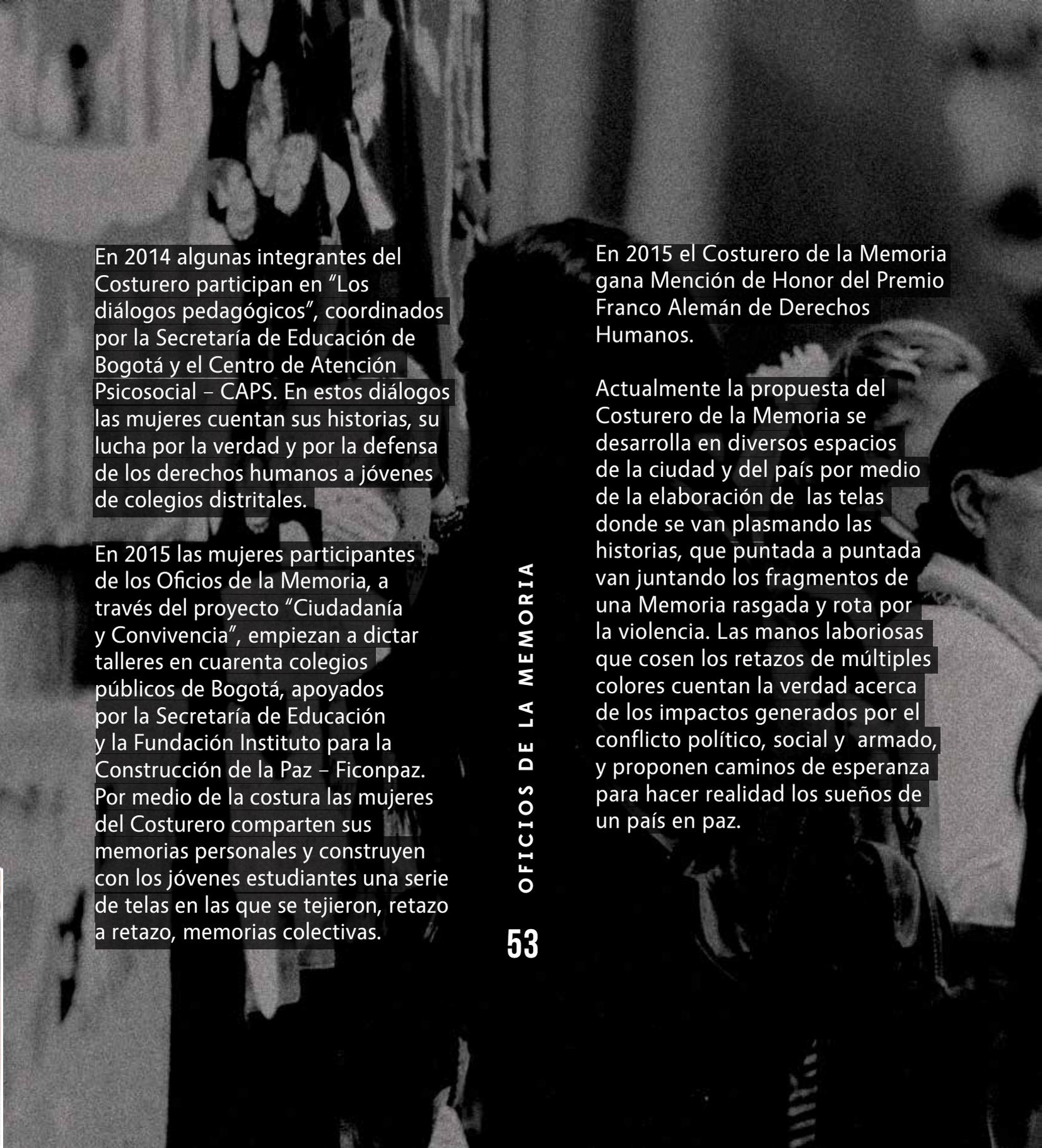
La fuerza que tiene el que sean las protagonistas las que cuenten su historia en sus propios lenguajes dará origen a los Oficios de la Memoria. Los Oficios de la Memoria son una serie de procesos organizativos que se han estructurado a partir de encuentros semanales en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, que ofrece un lugar de trabajo grupal, expresión, diálogo, creación y construcción de Memoria colectiva, de personas pertenecientes a organizaciones sociales que han sufrido el conflicto armado y la violencia política en Colombia. A través de ellos se mostrará esa diversidad de posibilidades por medio de las cuales se pueden contar memorias dolorosas y recuperar memorias ancestrales, sabores, olores, texturas, sonidos, cantos, ritmos, imágenes...





En el año 2013 el Costurero ganó una beca del Ministerio de Cultura, en asocio con el Centro Nacional, para un proyecto museológico de Memoria Histórica asociada al conflicto armado.

El Costurero de la Memoria se convierte en un espacio para hacer pedagogía social de la Memoria, por esta razón sus obras son expuestas en diversos lugares de la ciudad, del país, en Argentina, Holanda y Francia, y sus integrantes participan en talleres, exposiciones y conversatorios en plazas públicas, en la Feria Internacional del Libro de Bogotá, en las universidades de Los Andes, Gran Colombia, Libre, Santo Tomás, Politécnico Gran Colombiano y biblioteca El Tintal, entre otros.



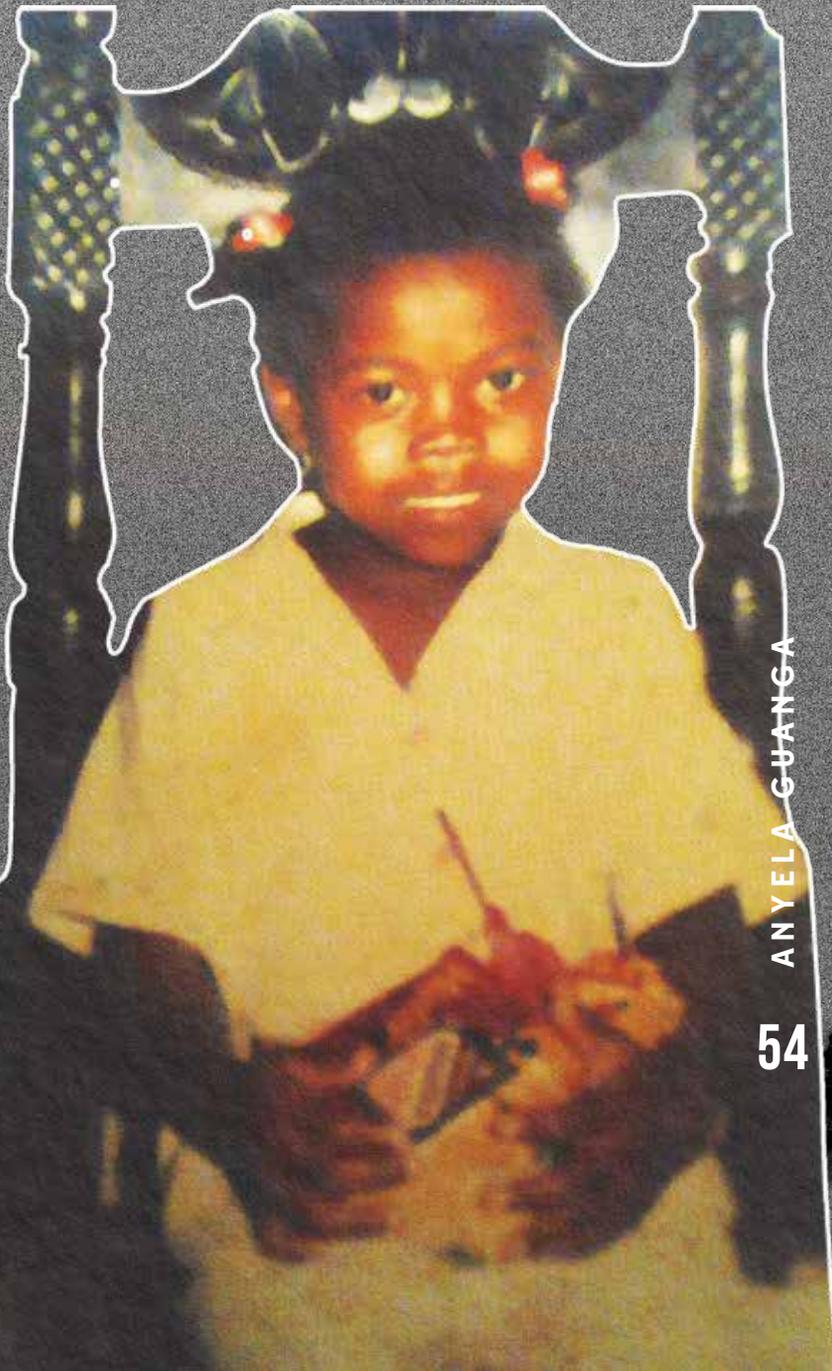
En 2014 algunas integrantes del Costurero participan en “Los diálogos pedagógicos”, coordinados por la Secretaría de Educación de Bogotá y el Centro de Atención Psicosocial – CAPS. En estos diálogos las mujeres cuentan sus historias, su lucha por la verdad y por la defensa de los derechos humanos a jóvenes de colegios distritales.

En 2015 las mujeres participantes de los Oficios de la Memoria, a través del proyecto “Ciudadanía y Convivencia”, empiezan a dictar talleres en cuarenta colegios públicos de Bogotá, apoyados por la Secretaría de Educación y la Fundación Instituto para la Construcción de la Paz – Ficonpaz. Por medio de la costura las mujeres del Costurero comparten sus memorias personales y construyen con los jóvenes estudiantes una serie de telas en las que se tejieron, retazo a retazo, memorias colectivas.

En 2015 el Costurero de la Memoria gana Mención de Honor del Premio Franco Alemán de Derechos Humanos.

Actualmente la propuesta del Costurero de la Memoria se desarrolla en diversos espacios de la ciudad y del país por medio de la elaboración de las telas donde se van plasmando las historias, que puntada a puntada van juntando los fragmentos de una Memoria rasgada y rota por la violencia. Las manos laboriosas que cosen los retazos de múltiples colores cuentan la verdad acerca de los impactos generados por el conflicto político, social y armado, y proponen caminos de esperanza para hacer realidad los sueños de un país en paz.

Anyela Guanga



ANYELA GUANGA

54

Mi nombre es Anyela Guanga, soy de Tumaco, Nariño, de un hermoso pueblo del litoral Pacífico nariñense, que queda al sur del Pacífico colombiano. Nací el 15 de noviembre de 1983, un martes a las 9:30 a.m.

Territorialmente le pertenecemos al departamento de Nariño pero, por costumbre, obviamente al Pacífico, pues somos un pueblo de comunidades negras. Tenemos una relación bella con los hermanos indígenas, con las veredas aledañas y los vecinos; somos todos hermanos y hay una gran familiaridad. Todas las costumbres son muy similares o se intercambian, como el conocimiento.

Mi abuela es Clinger 1 y es de Buenaventura. Los Clinger son bien grandes, muy altos y gordos, pero yo salí bajita porque mi abuelito es descendiente indígena, entonces yo salí gorda y grande pa' donde ella, pero bajita pa' donde él.

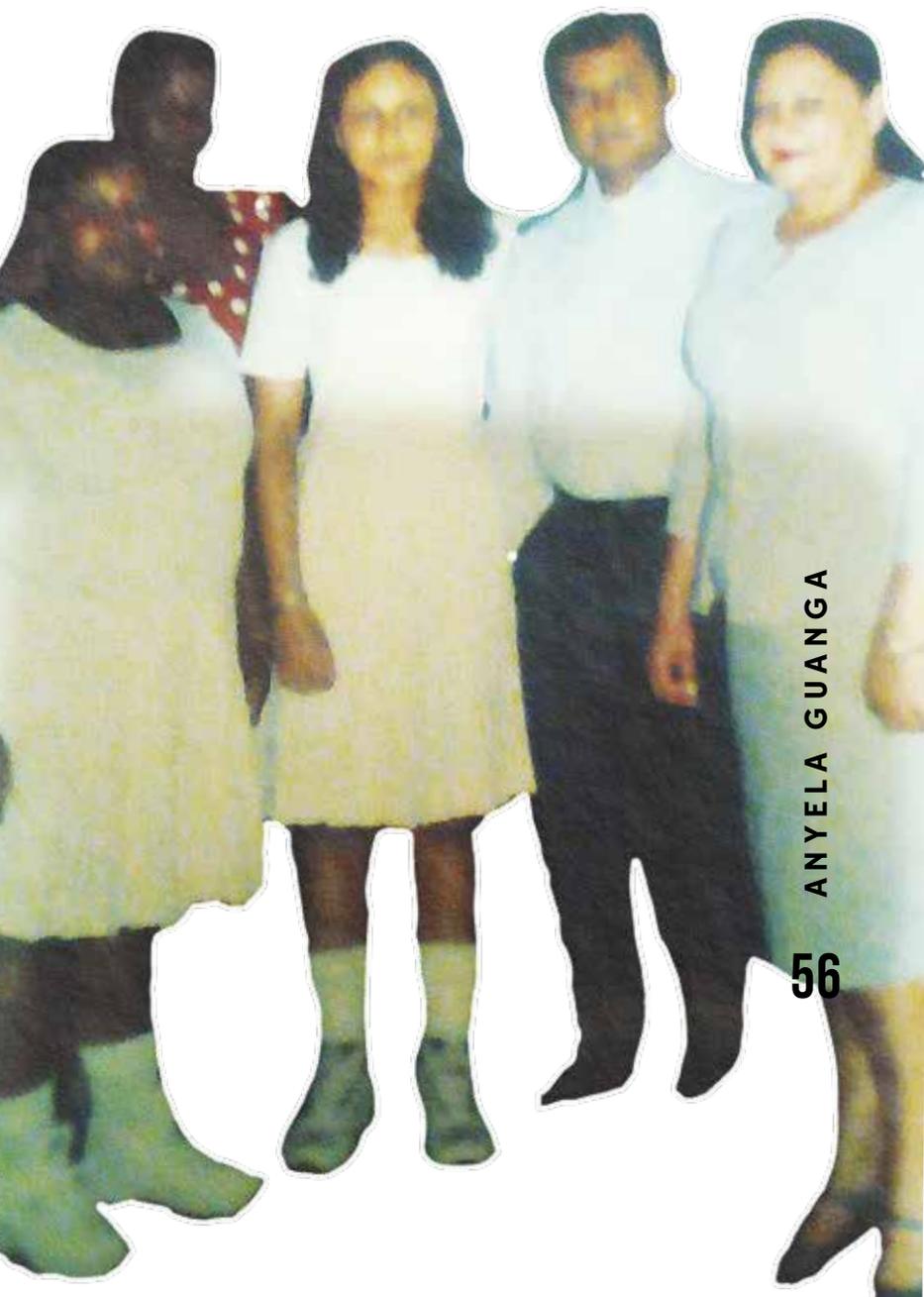
A los 6 años mi madre me dejó con mi tía, la única hermana de mi papá: "De verdad yo no tengo qué ofrecerle, hija", y se me arrodilló y me dijo "no, hija, a mí me va a tocar dejarla con su tía, vamos a ver cómo le va con ella pero yo no tengo qué ofrecerle". Lloraba y lloraba, y yo también. Y bueno, me dejó con mi tía. A mí me dio muy duro, creo que esa conexión que hay dentro de la barriga de la madre con el niño a través del cordón umbilical es muy fuerte, es para toda la vida.

1. Clinger: Apellido de los abuelos de Ányela Guanga.

Mi abuela era la fritanguera más famosa de Tumaco, doña Marina Clinger; todo el mundo la conocía en el Puesto del Medio, en el centro de Tumaco. Los mejores pescados y los mejores patacones los hacía ella, era una tradición de nuestra familia por parte de papá. Empezamos a vender en el Morro 2; y en todos los espacios culturales y festividades que había en el pueblo ahí estábamos nosotros.

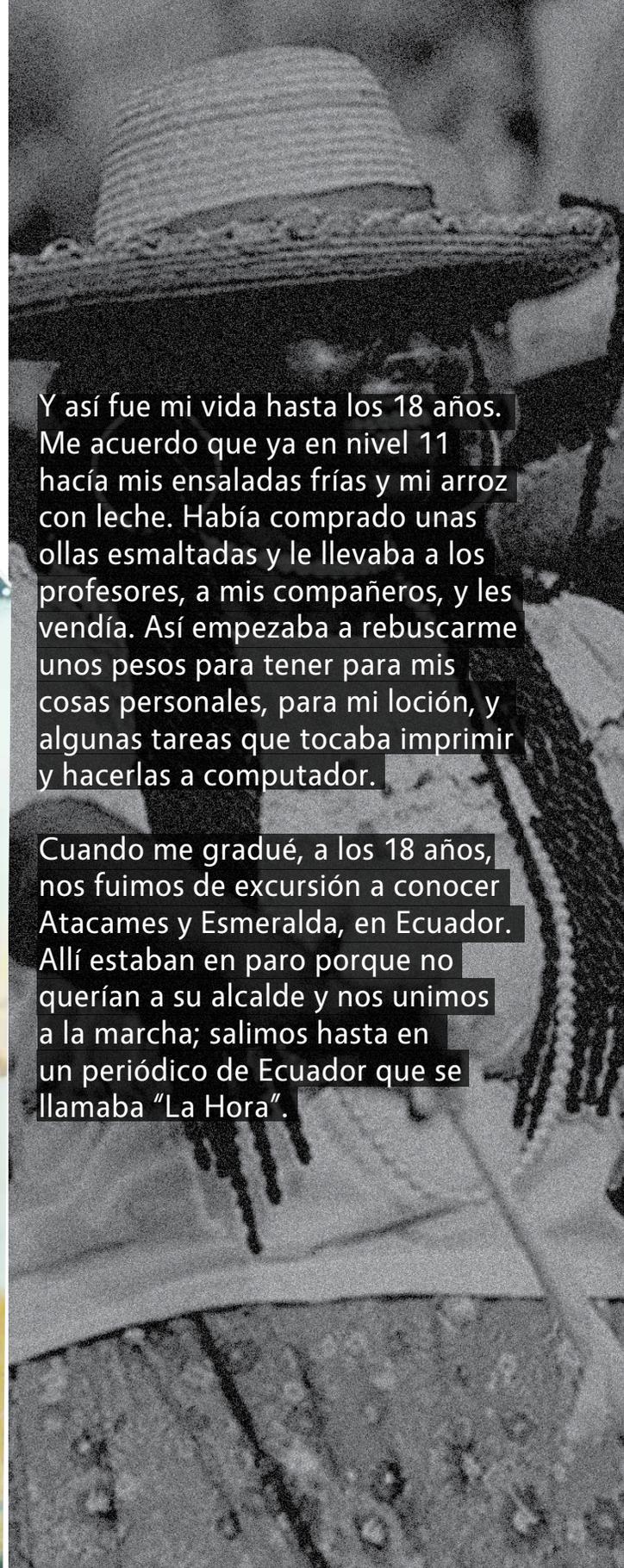
Cuando uno no está con su mamá hay unos pasajes de la vida muy traumáticos, pero yo me fui acostumbrando, fui aprendiendo de mi tía. Le gustaba mucho que la acompañara al Morro porque por mi carisma, ¡o qué se yo!, vendía mucho más que ella.

2. El Morro: Una de las islas más visitadas de Tumaco, ubicada a 10 minutos del centro de la ciudad



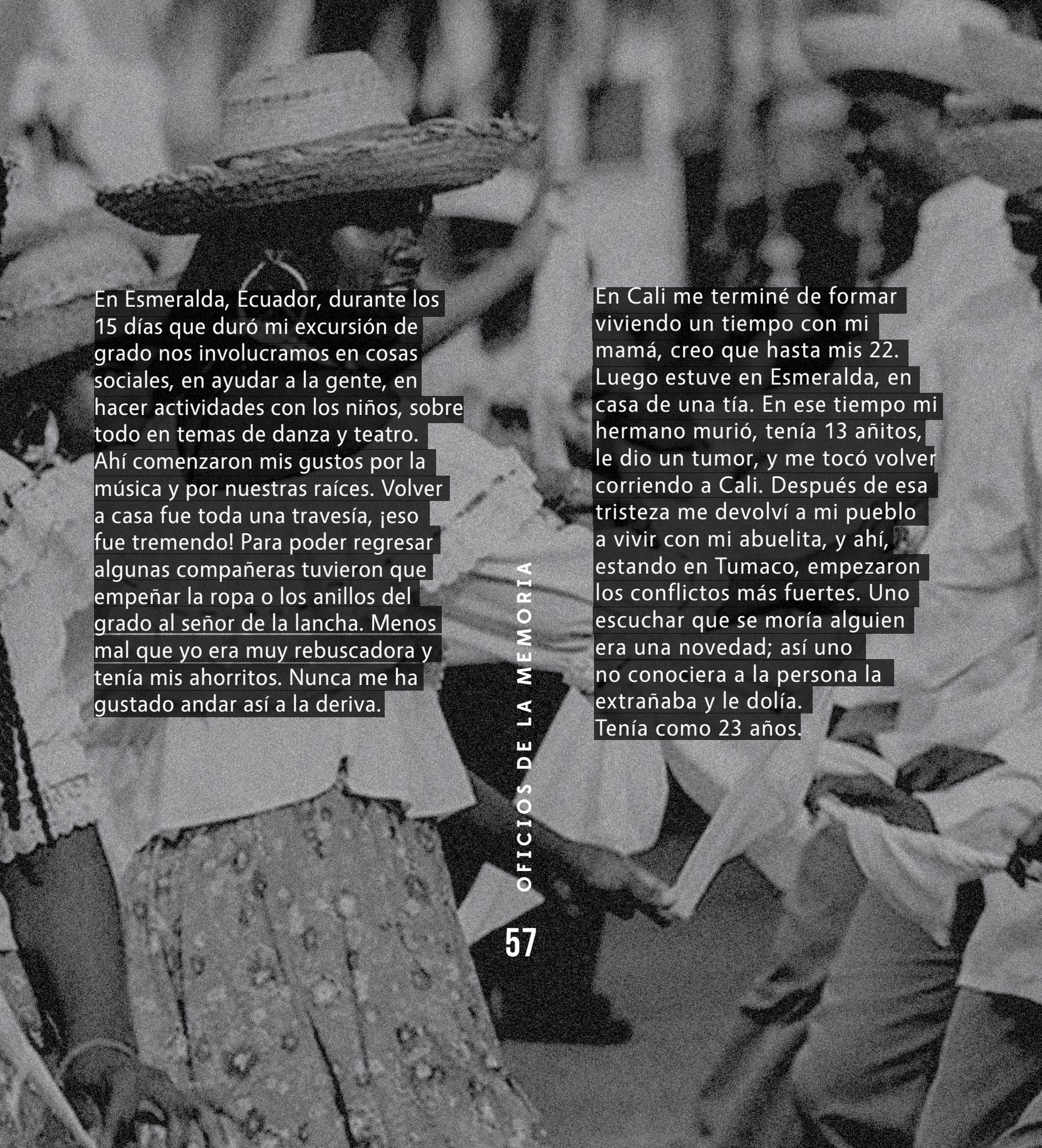
ANYELA GUANGA

56



Y así fue mi vida hasta los 18 años. Me acuerdo que ya en nivel 11 hacía mis ensaladas frías y mi arroz con leche. Había comprado unas ollas esmaltadas y le llevaba a los profesores, a mis compañeros, y les vendía. Así empezaba a rebuscarme unos pesos para tener para mis cosas personales, para mi loción, y algunas tareas que tocaba imprimir y hacerlas a computador.

Cuando me gradué, a los 18 años, nos fuimos de excursión a conocer Atacames y Esmeralda, en Ecuador. Allí estaban en paro porque no querían a su alcalde y nos unimos a la marcha; salimos hasta en un periódico de Ecuador que se llamaba "La Hora".



En Esmeralda, Ecuador, durante los 15 días que duró mi excursión de grado nos involucramos en cosas sociales, en ayudar a la gente, en hacer actividades con los niños, sobre todo en temas de danza y teatro. Ahí comenzaron mis gustos por la música y por nuestras raíces. Volver a casa fue toda una travesía, ¡eso fue tremendo! Para poder regresar algunas compañeras tuvieron que empeñar la ropa o los anillos del grado al señor de la lancha. Menos mal que yo era muy rebuscadora y tenía mis ahorritos. Nunca me ha gustado andar así a la deriva.

En Cali me terminé de formar viviendo un tiempo con mi mamá, creo que hasta mis 22. Luego estuve en Esmeralda, en casa de una tía. En ese tiempo mi hermano murió, tenía 13 añitos, le dio un tumor, y me tocó volver corriendo a Cali. Después de esa tristeza me devolví a mi pueblo a vivir con mi abuelita, y ahí, estando en Tumaco, empezaron los conflictos más fuertes. Uno escuchar que se moría alguien era una novedad; así uno no conociera a la persona la extrañaba y le dolía. Tenía como 23 años.



Lastimosamente en Tumaco nos implementaron la guerra. Empecé a sentir eso antes de graduarme, tenía 15 años, estaba en noveno de bachillerato y empezaron a llegar los paramilitares, empezamos a percibir el peligro cerca de nosotros. Vivíamos a la orilla del mar en el centro de Tumaco, por el lado del hospital. Un proyecto de viviendas que la Unión Europea había construido para favorecer a las personas víctimas del tsunami del 79 nos permitió obtener unas casas a donde nos trasladamos. Otras personas se volvieron a la orilla de la playa.

ANYELA GUANGA

58

Con nuestros vecinos fuimos los primeros en ir a vivir allá. En esas casas pre fabricadas se comparte la misma pared, son dos casitas aquí, dos allí... Entonces llegaron a vivir unos "paisas", altos, de tez bien clara. Había uno que andaba tapado, eso nos parecía muy raro porque con ese calor de Tumaco...

Y nosotros decíamos, ¿este señor qué es? Nos daba mucho miedo porque la gente empezaba a murmurar que eran personas raras, que eran personas escondidas y que de pronto eran de la guerrilla, y que esto y lo otro. Siempre supimos en Tumaco que alrededor estaba la guerrilla, pero la guerrilla nunca llegó a matarnos o hacerle la maldad al pueblo. Lo único que percibíamos de lo que ellos hacían era cuando de pronto tumbaban las torres, eso era lo único que de sus acciones nos afectaba en el pueblo muy directamente.

Cuando llegó esta gente nosotros nos empezamos a sentir muy incómodos, y más cuando empecé a ver que a las niñas las metían allá y las violaban. Yo escuchaba cuando gritaban, para nosotros era muy terrible, ¡eran unas niñas!

Empezaron a invadir el pueblo y a "hacer limpieza". Eso se escuchaba y uno decía, ¿pero limpieza de qué? Y con ese cuento entraron a nuestro territorio. Yo digo que fueron ellos los que dañaron y pudrieron especialmente mi pueblo, Tumaco, los paramilitares.

Antes, siempre que uno escuchaba que alguien moría era de muerte natural, que estaba enfermo o algo así. Esas muertes por la guerra nos aterraba escucharlas. Ahí terminó para mí una niñez deliciosa. Queda un recuerdo de los niños tirándose al mar, la adolescencia, parte de la juventud, los amigos, correr, tocar la arena caliente de la orilla del mar, tirarse del puente de mi casa; esos latigazos que le daban a uno cuando el agua subía y uno se volaba de la casa y se iba a tirar al mar. ¡Y entonces era tan bonito!

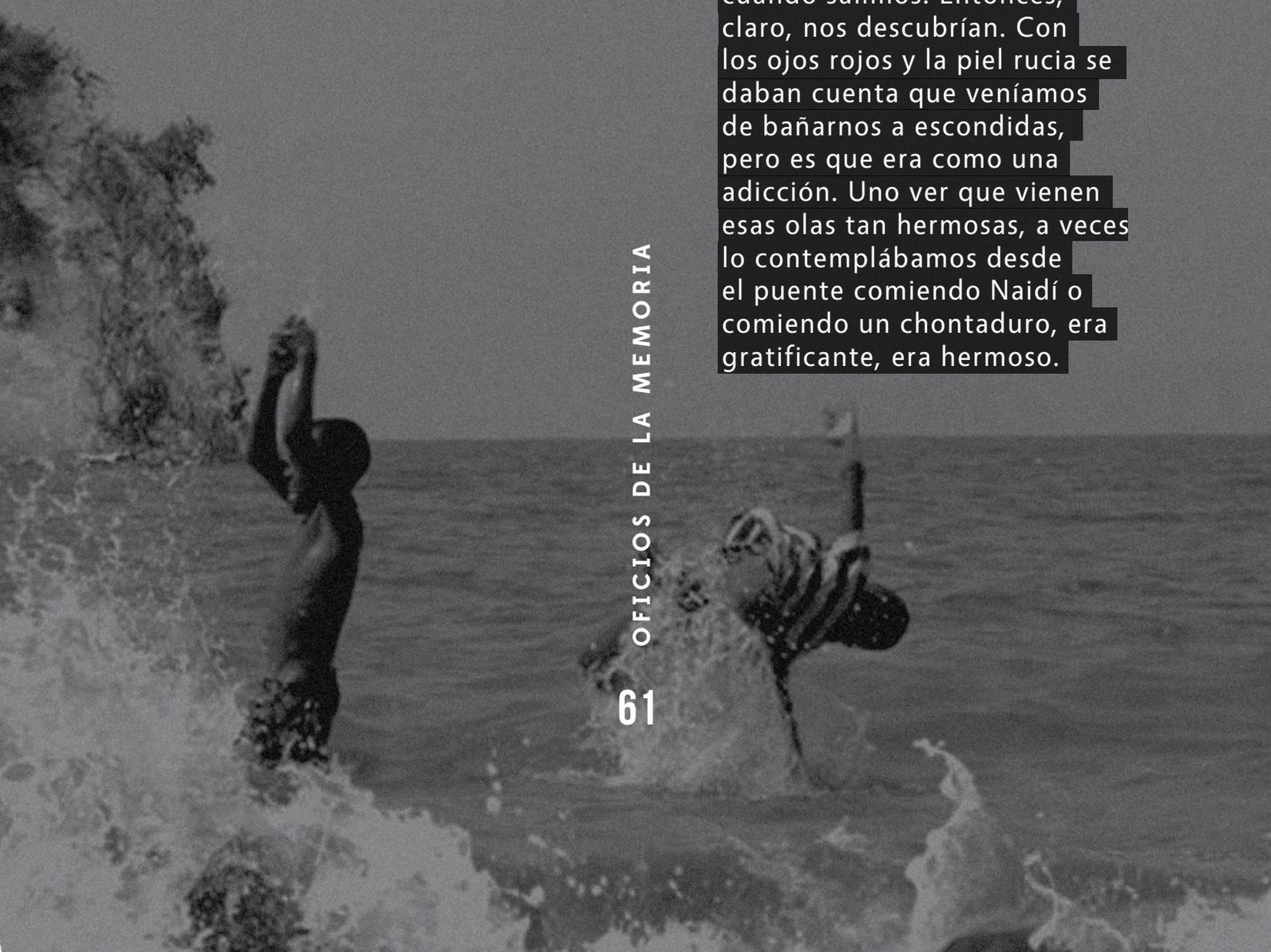


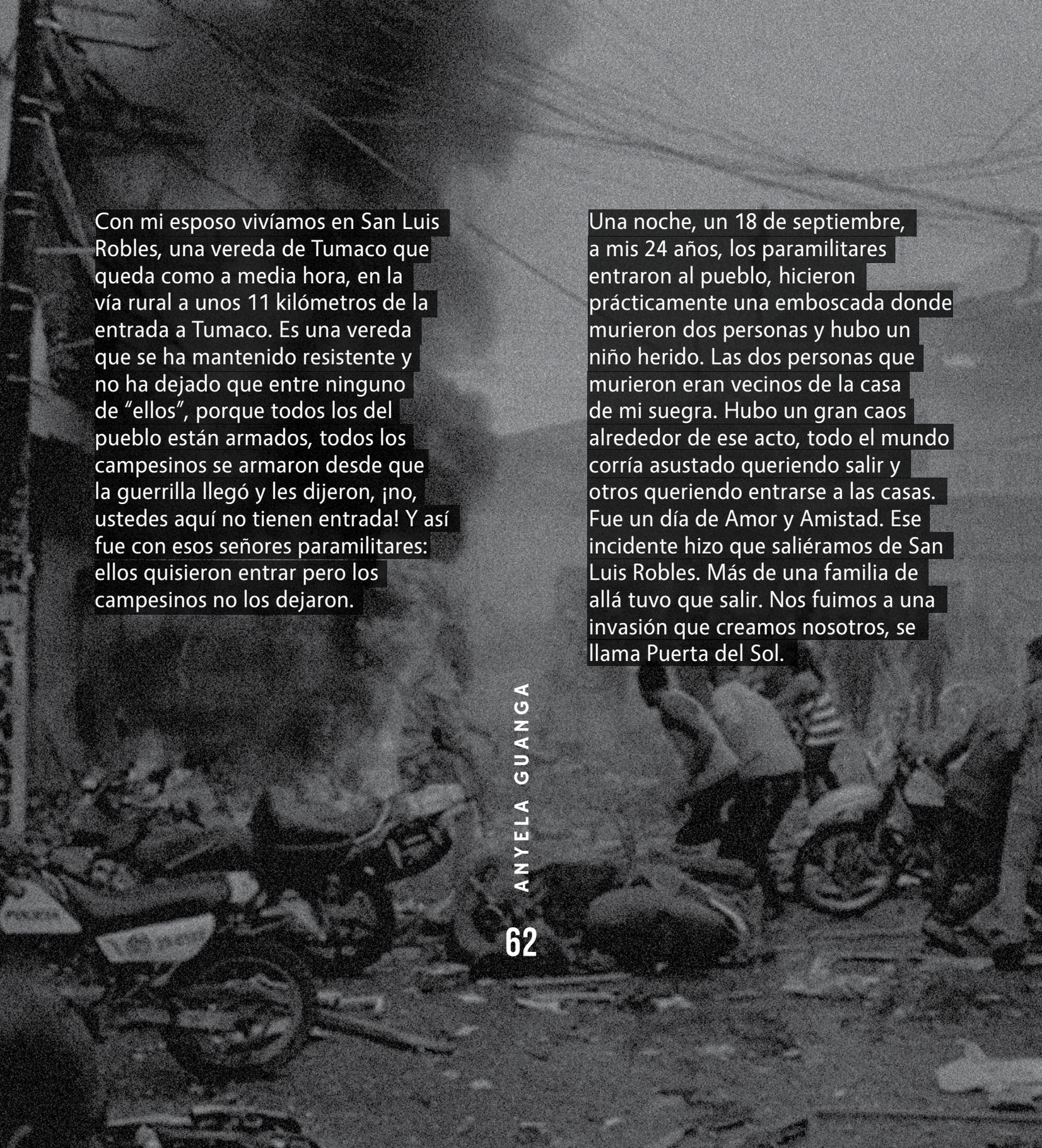
ANYELA CUANCA

60

A veces es bonito recordar esos momentos en familia, cuando a uno de pronto lo castigaban por irse al mar.

Como somos negros, esta cantidad de melanina se nota cuando estamos en el agua salada y nos ponemos rucios cuando salimos. Entonces, claro, nos descubrían. Con los ojos rojos y la piel rucia se daban cuenta que veníamos de bañarnos a escondidas, pero es que era como una adicción. Uno ver que vienen esas olas tan hermosas, a veces lo contemplábamos desde el puente comiendo Naidí o comiendo un chontaduro, era gratificante, era hermoso.





Con mi esposo vivíamos en San Luis Robles, una vereda de Tumaco que queda como a media hora, en la vía rural a unos 11 kilómetros de la entrada a Tumaco. Es una vereda que se ha mantenido resistente y no ha dejado que entre ninguno de "ellos", porque todos los del pueblo están armados, todos los campesinos se armaron desde que la guerrilla llegó y les dijeron, ¡no, ustedes aquí no tienen entrada! Y así fue con esos señores paramilitares: ellos quisieron entrar pero los campesinos no los dejaron.

Una noche, un 18 de septiembre, a mis 24 años, los paramilitares entraron al pueblo, hicieron prácticamente una emboscada donde murieron dos personas y hubo un niño herido. Las dos personas que murieron eran vecinos de la casa de mi suegra. Hubo un gran caos alrededor de ese acto, todo el mundo corría asustado queriendo salir y otros queriendo entrarse a las casas. Fue un día de Amor y Amistad. Ese incidente hizo que saliéramos de San Luis Robles. Más de una familia de allá tuvo que salir. Nos fuimos a una invasión que creamos nosotros, se llama Puerta del Sol.

ANYELA GUANGA



Era como una persecución del mismo diablo, digo yo. En esa misma época los paras empezaron a infiltrarse en toda la zona y en los barrios más pobres de Tumaco.

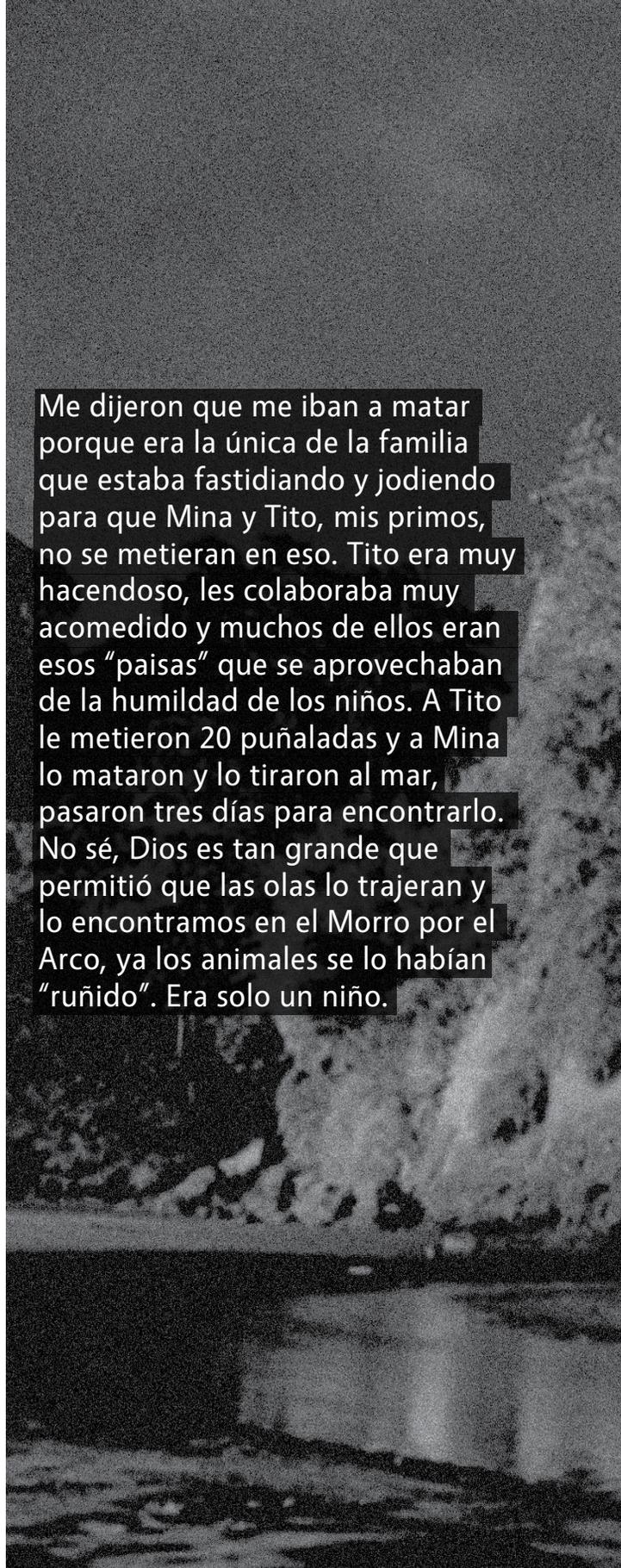
A quitarles las mujeres a los mismos hombres negros de allá. Empezó la gente a involucrarse en esos negocios raros porque era como una competencia. Lastimosamente el Gobierno no ha invertido mucho en nuestro pueblo y eso hizo que el mismo conflicto se acrecentara.

Viviendo en Viento Libre, un barrio muy peligroso de Tumaco, se empezaron a involucrar nuestros primos, nuestros jóvenes, los sobrinos de la familia, en especial Mina, mi primo que tenía 16 años. Pero con mi tío no queríamos permitir eso. Mina era muy noble, muy buen niño. Con mi tío Víctor teníamos ese afán de no querer que ellos se involucraran en esa vida, entonces empezaron a hacernos una persecución por impedirles sus negocios. A Mina lo mandaban a hacer cosas que no debía y él se ponía a llorar cuando llegaba a la casa. Mi tío se fue al Ecuador.

ANYELA GUANGA

64

Me dijeron que me iban a matar porque era la única de la familia que estaba fastidiando y jodiendo para que Mina y Tito, mis primos, no se metieran en eso. Tito era muy hacendoso, les colaboraba muy acomedido y muchos de ellos eran esos "paisas" que se aprovechaban de la humildad de los niños. A Tito le metieron 20 puñaladas y a Mina lo mataron y lo tiraron al mar, pasaron tres días para encontrarlo. No sé, Dios es tan grande que permitió que las olas lo trajeran y lo encontramos en el Morro por el Arco, ya los animales se lo habían "ruñado". Era solo un niño.



A mí me tocó salir primero. Mi esposo me mandó a Cali, allí estuve unos días donde mi mamá y después nos vinimos a Bogotá. Yo no quería venir, no conocía nada de aquí. Mi esposo tenía un primo y llegamos donde él, pero no nos recibió muy bien. Esta ciudad tampoco.

65 OFICIOS DE LA MEMORIA



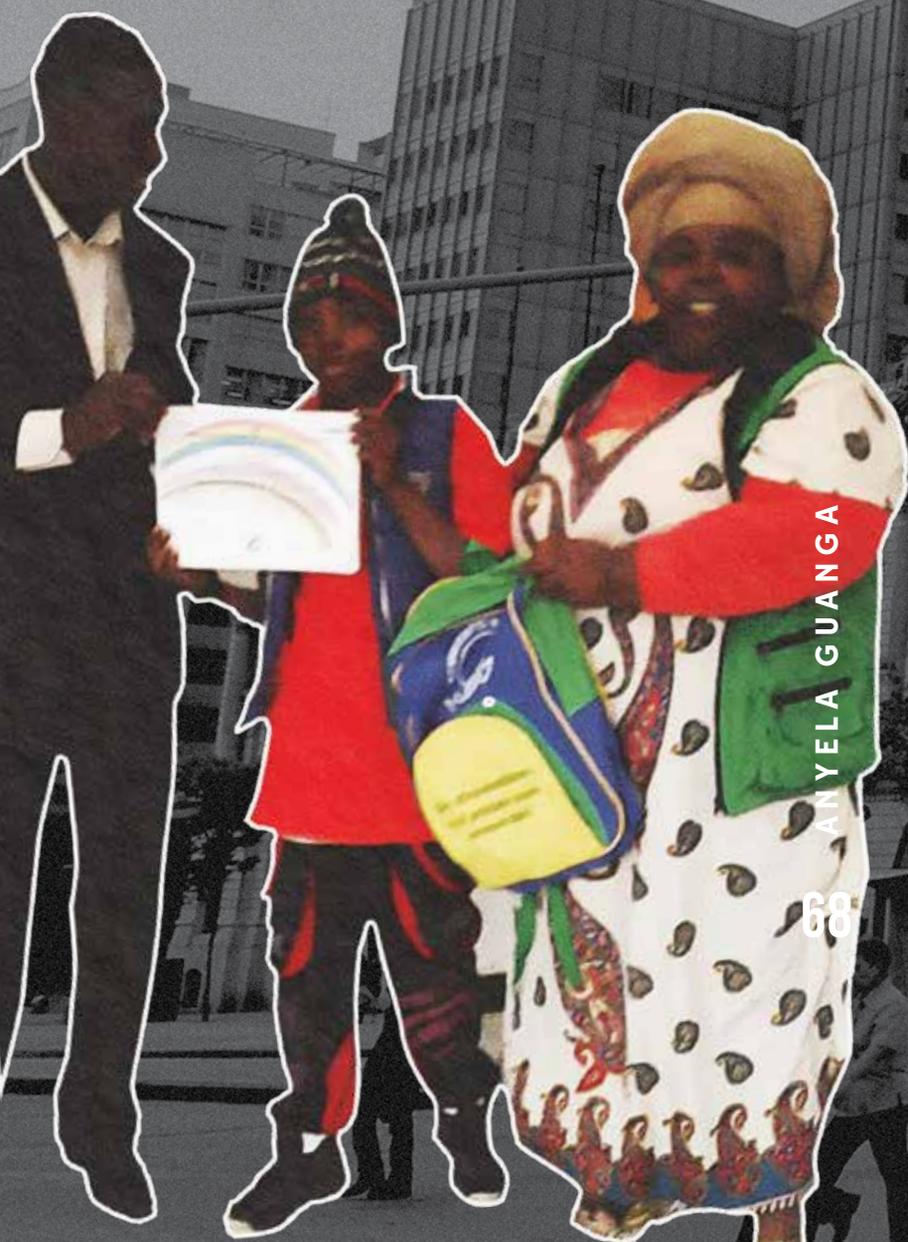
Bogotá nos recibió con indiferencia, de una forma muy abrupta, muy fuerte, con mucha desolación. El territorio se viene en la mente de uno y eso duele mucho, desarraigarse de todo duele mucho. Después entendí y conocí la cara bella de la ciudad y su gente.

Bogotá fue muy hostil con nosotros, inicialmente nos robaron, nos miraban raro, no conseguíamos trabajo. Quería regresar y arriesgarme, pero Rubén no me dejaba; le pedí a Dios que me guardara y me ayudara a sacar fortaleza. Como al mes Rubén consiguió trabajo en el acueducto.

Empecé vendiendo Bon Ice, pero no vendía nada, solo 500 pesos. Luego empecé a trabajar en restaurantes, me explotaban, no me pagaban. Un día me dijo Rubén, mi esposo, "¿por qué no haces unas cocadas? Te ves como una payasa con ese uniforme de Bon Ice, además que no vendes nada". Entonces le dije "sí, no me gusta eso pero me lo tengo que poner porque la empresa lo exige". Pero yo tenía que trabajar para pagar los pasajes del primer mes de él, porque le pagaban mensual. Ese mes se nos hizo largo, una cosa horrible, ¡se nos hizo tan largo!

Y bueno, nos pusimos a hacer las cocadas con maní. Las vendíamos en las Pulgas de la cuarta, en el parque de los Periodistas. Empecé a mirar cómo aplicar ese saber que había aprendido, soy muy buena vendedora. Rubén me enseñó a hacer las cocadas. Empezó la gente a conocerme y a comprarme de a 50 cocadas el domingo. Entre semana era más difícil porque tocaba caminar por la Jiménez y la gente compraba más que todo por antojo.

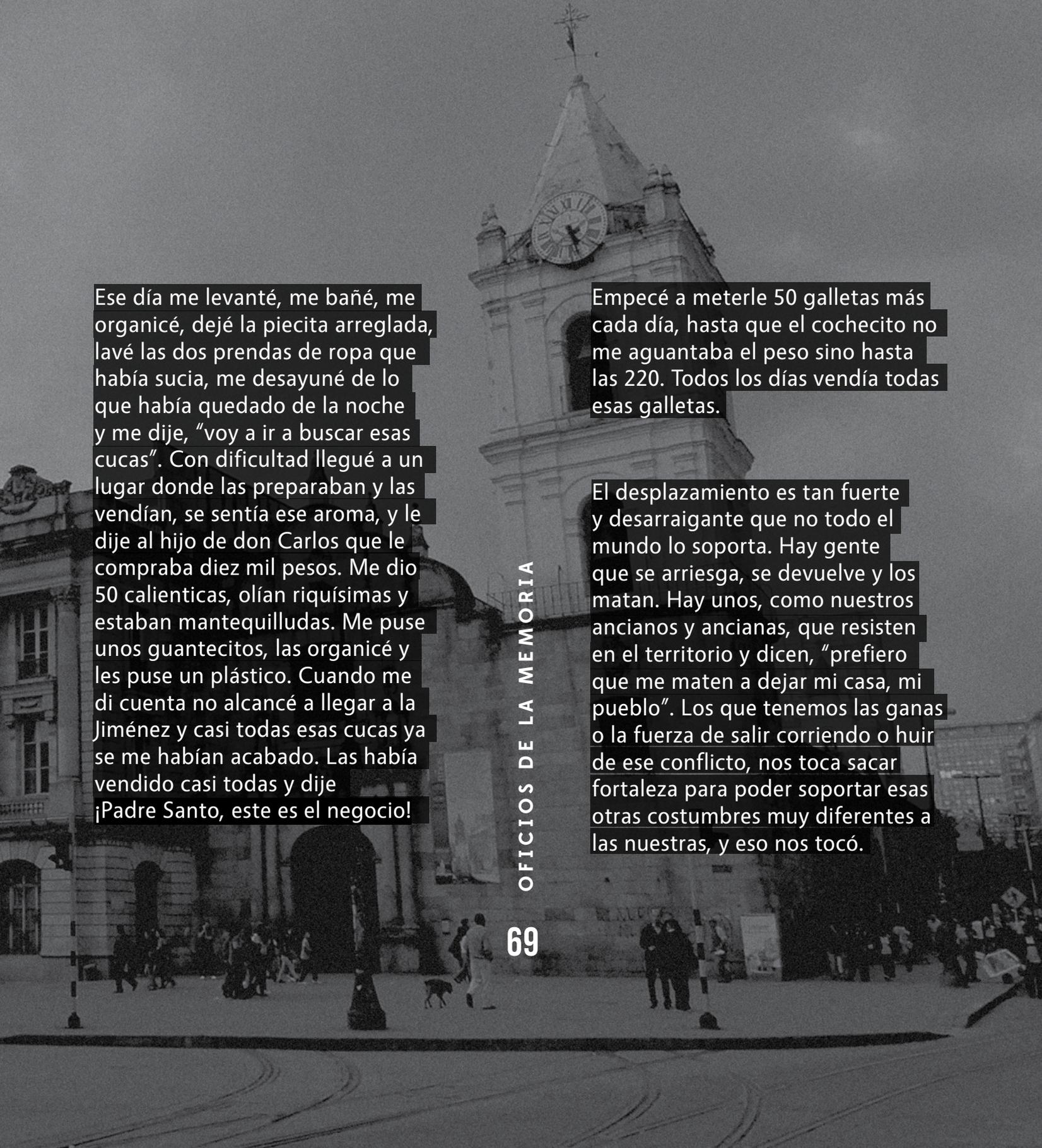




A mi esposo se le acabó el contrato y nos fuimos a vivir a un “paga diario”, en el barrio San Bernardo. Él no era vendedor y se le dificultaba ayudarme. Me ayudaba a llevar el coche al centro y se iba a buscar trabajo. Así por dos meses, hasta que Dios le mostró que debía hacerme caso, debía salir a vender. Así empezamos. Casualmente un día, una compañera, una paisana de Chocó que vendía obleas y cucas por el Museo del Oro, me dijo, “¿por qué no le metés cuquitas ahí?, yo he visto que aquí eso se vende más que en el pueblo de uno”.

ANYELA GUANGA

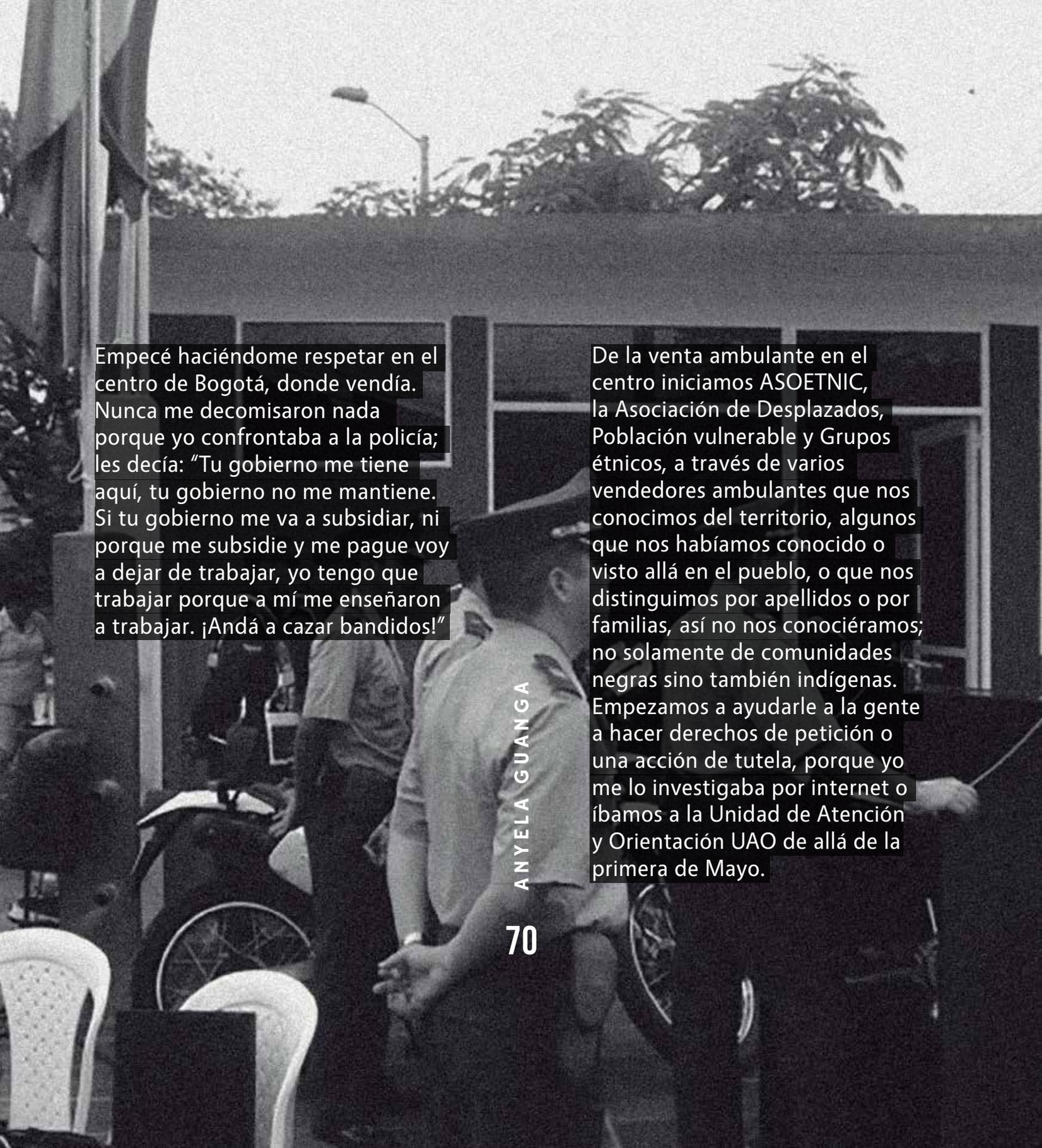
68



Ese día me levanté, me bañé, me organicé, dejé la piecita arreglada, lavé las dos prendas de ropa que había sucia, me desayuné de lo que había quedado de la noche y me dije, "voy a ir a buscar esas cucas". Con dificultad llegué a un lugar donde las preparaban y las vendían, se sentía ese aroma, y le dije al hijo de don Carlos que le compraba diez mil pesos. Me dio 50 calienticas, olían riquísimas y estaban mantequilludas. Me puse unos guantecitos, las organicé y les puse un plástico. Cuando me di cuenta no alcancé a llegar a la Jiménez y casi todas esas cucas ya se me habían acabado. Las había vendido casi todas y dije ¡Padre Santo, este es el negocio!

Empecé a meterle 50 galletas más cada día, hasta que el cochecito no me aguantaba el peso sino hasta las 220. Todos los días vendía todas esas galletas.

El desplazamiento es tan fuerte y desarraigante que no todo el mundo lo soporta. Hay gente que se arriesga, se devuelve y los matan. Hay unos, como nuestros ancianos y ancianas, que resisten en el territorio y dicen, "prefiero que me maten a dejar mi casa, mi pueblo". Los que tenemos las ganas o la fuerza de salir corriendo o huir de ese conflicto, nos toca sacar fortaleza para poder soportar esas otras costumbres muy diferentes a las nuestras, y eso nos tocó.



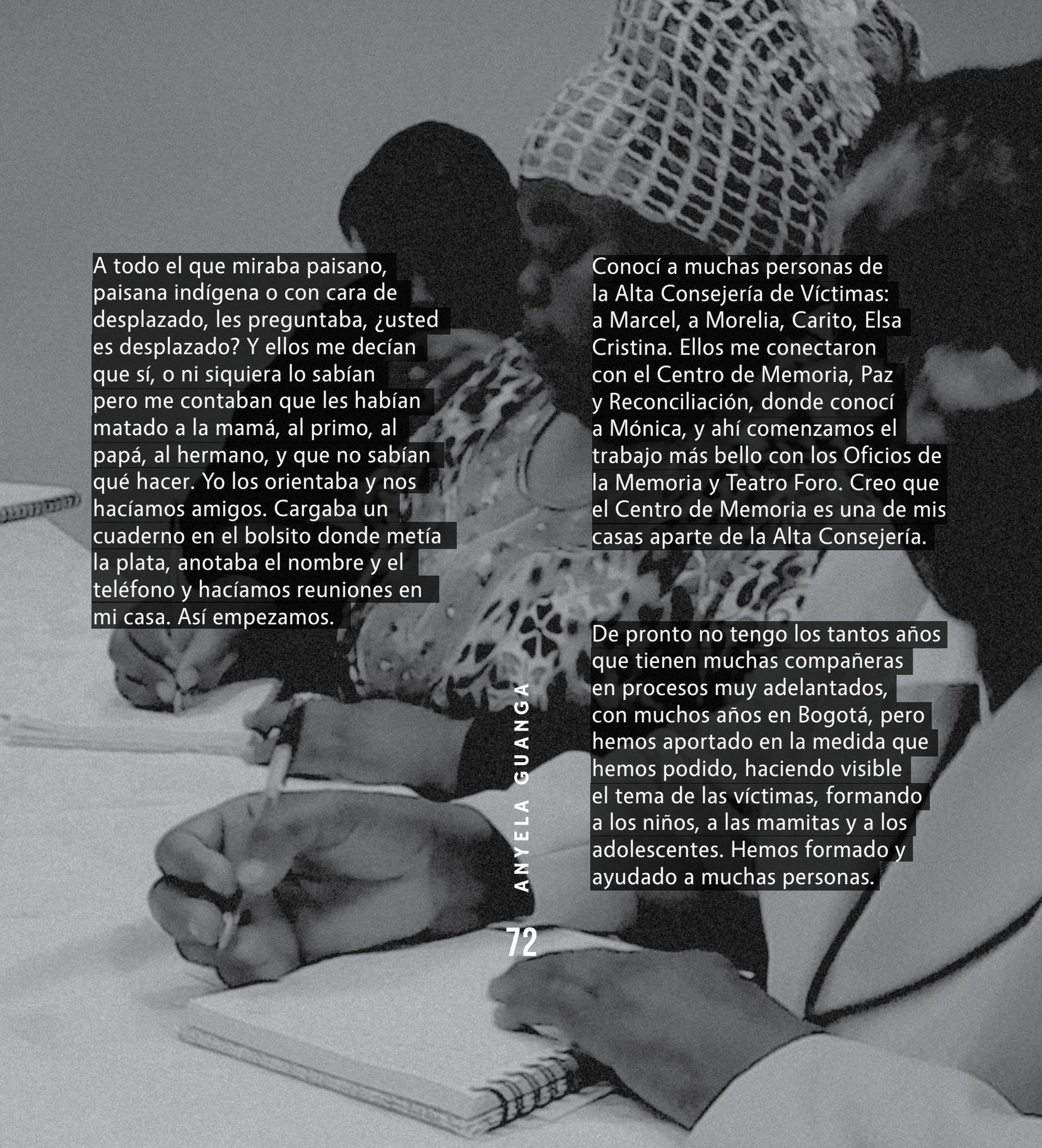
Empecé haciéndome respetar en el centro de Bogotá, donde vendía. Nunca me decomisaron nada porque yo confrontaba a la policía; les decía: "Tu gobierno me tiene aquí, tu gobierno no me mantiene. Si tu gobierno me va a subsidiar, ni porque me subsidie y me pague voy a dejar de trabajar, yo tengo que trabajar porque a mí me enseñaron a trabajar. ¡Andá a cazar bandidos!"

ANYELA GUANGA

De la venta ambulante en el centro iniciamos ASOETNIC, la Asociación de Desplazados, Población vulnerable y Grupos étnicos, a través de varios vendedores ambulantes que nos conocimos del territorio, algunos que nos habíamos conocido o visto allá en el pueblo, o que nos distinguimos por apellidos o por familias, así no nos conociéramos; no solamente de comunidades negras sino también indígenas. Empezamos a ayudarle a la gente a hacer derechos de petición o una acción de tutela, porque yo me lo investigaba por internet o íbamos a la Unidad de Atención y Orientación UAO de allá de la primera de Mayo.



71 OFICIOS DE LA MEMORIA



A todo el que miraba paisano, paisana indígena o con cara de desplazado, les preguntaba, ¿usted es desplazado? Y ellos me decían que sí, o ni siquiera lo sabían pero me contaban que les habían matado a la mamá, al primo, al papá, al hermano, y que no sabían qué hacer. Yo los orientaba y nos hacíamos amigos. Cargaba un cuaderno en el bolsito donde metía la plata, anotaba el nombre y el teléfono y hacíamos reuniones en mi casa. Así empezamos.

Conocí a muchas personas de la Alta Consejería de Víctimas: a Marcel, a Morelia, Carito, Elsa Cristina. Ellos me conectaron con el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, donde conocí a Mónica, y ahí comenzamos el trabajo más bello con los Oficinos de la Memoria y Teatro Foro. Creo que el Centro de Memoria es una de mis casas aparte de la Alta Consejería.

De pronto no tengo los tantos años que tienen muchas compañeras en procesos muy adelantados, con muchos años en Bogotá, pero hemos aportado en la medida que hemos podido, haciendo visible el tema de las víctimas, formando a los niños, a las mamitas y a los adolescentes. Hemos formado y ayudado a muchas personas.

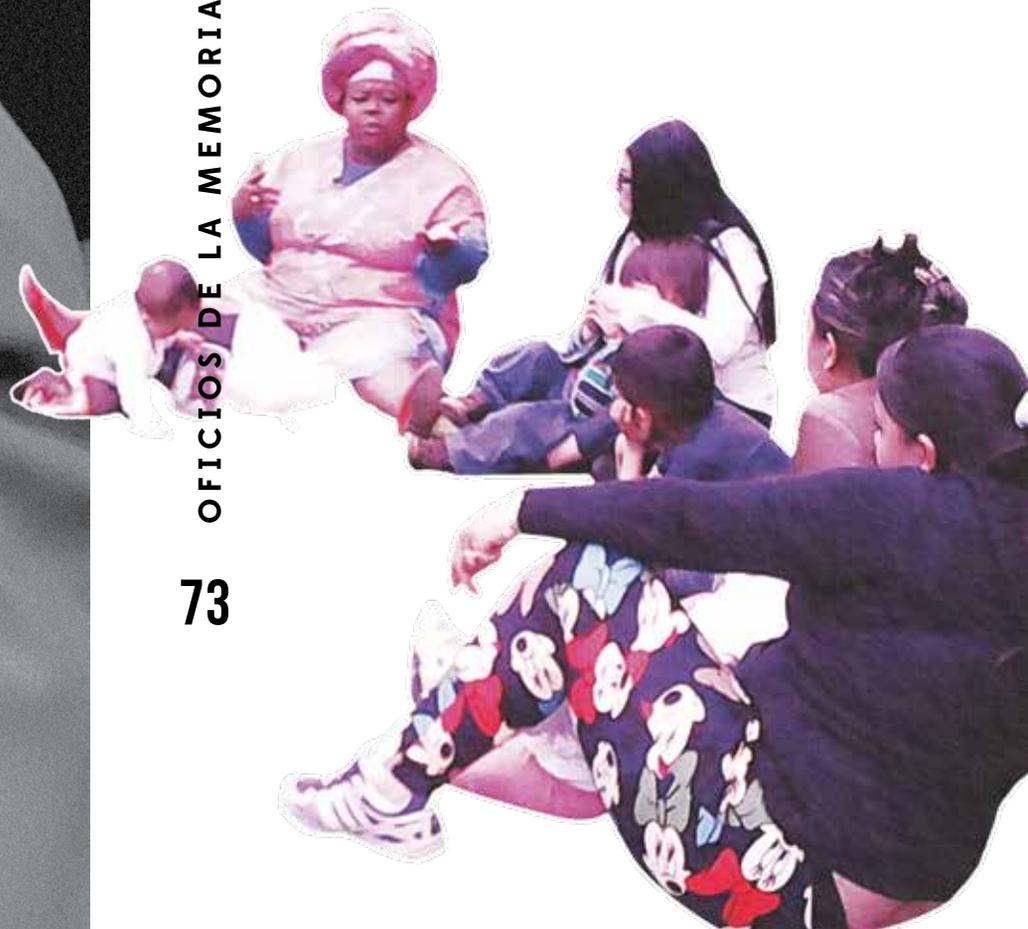
ANYELA GUANGA



Nos hemos encargado de recuperar nuestras creencias y saberes ancestrales para compartirlos con los nuestros y con toda la gente aquí en la ciudad. En nuestro caso es una herramienta muy importante, facilita la comunicación entre nosotros. Esto se hace a través de los Oficios de la Memoria y el grupo que hemos creado, que es Teatro Foro. Es un proceso muy bonito, que no debe terminar.

OFICIOS DE LA MEMORIA

73



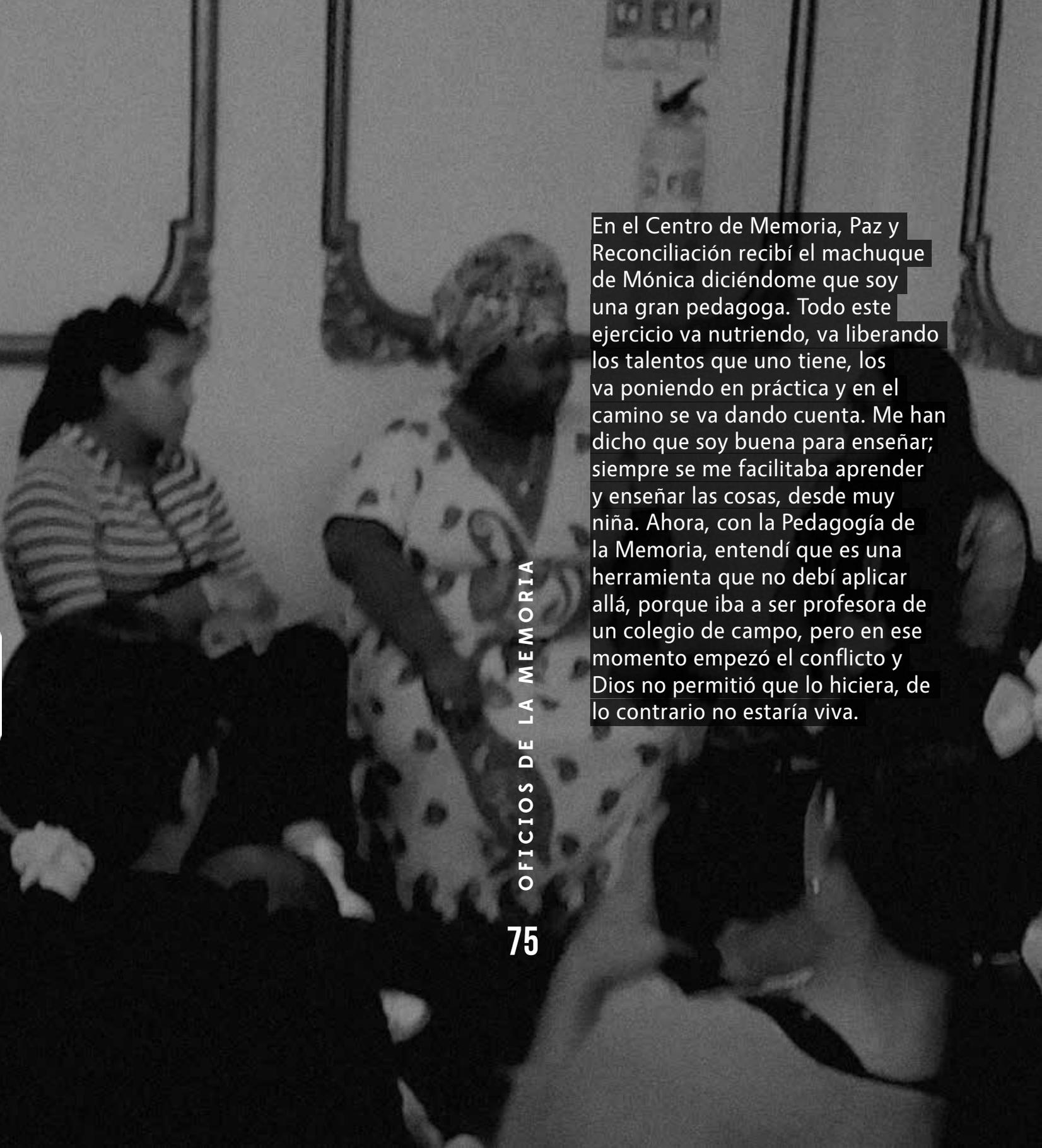
Teatro Foro es una vitrina que, a través del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, hemos explorado para poder hacer visible nuestro trabajo y exigir nuestros derechos. Así podemos decirle al Gobierno, ¡aquí estamos!, a través de una marimba, un tambor, un guasá; por medio de nuestros cantos y de la danza. Esto facilita el lenguaje entre la institución y nosotros. Son prácticas muy importantes que se han debilitado por el conflicto. Nuestro trabajo en Teatro Foro es una lucha para resistir y lograr que nuestras prácticas culturales construyan comunidad.

El trabajo de Teatro Foro ha sido un espacio para que podamos conectarnos con otras organizaciones, con nuestras comunidades, con nuestras tradiciones. También se nos ha permitido compartir con las personas de los otros oficios: Cartografías, Costurero, Sabores y Saberes, donde creamos y jugamos.

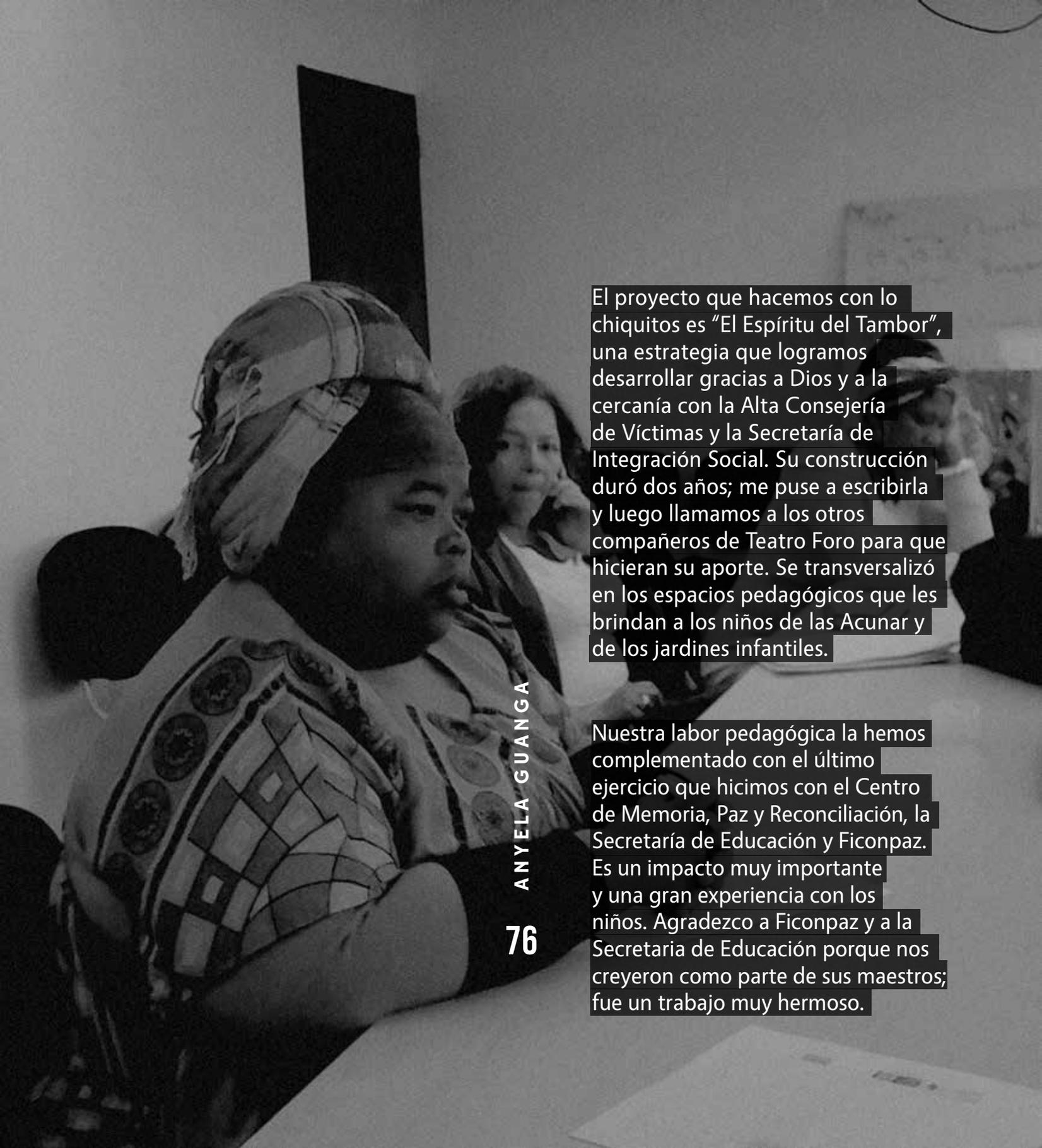
ANYELA GUANGA

74





En el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación recibí el machuque de Mónica diciéndome que soy una gran pedagoga. Todo este ejercicio va nutriendo, va liberando los talentos que uno tiene, los va poniendo en práctica y en el camino se va dando cuenta. Me han dicho que soy buena para enseñar; siempre se me facilitaba aprender y enseñar las cosas, desde muy niña. Ahora, con la Pedagogía de la Memoria, entendí que es una herramienta que no debí aplicar allá, porque iba a ser profesora de un colegio de campo, pero en ese momento empezó el conflicto y Dios no permitió que lo hiciera, de lo contrario no estaría viva.

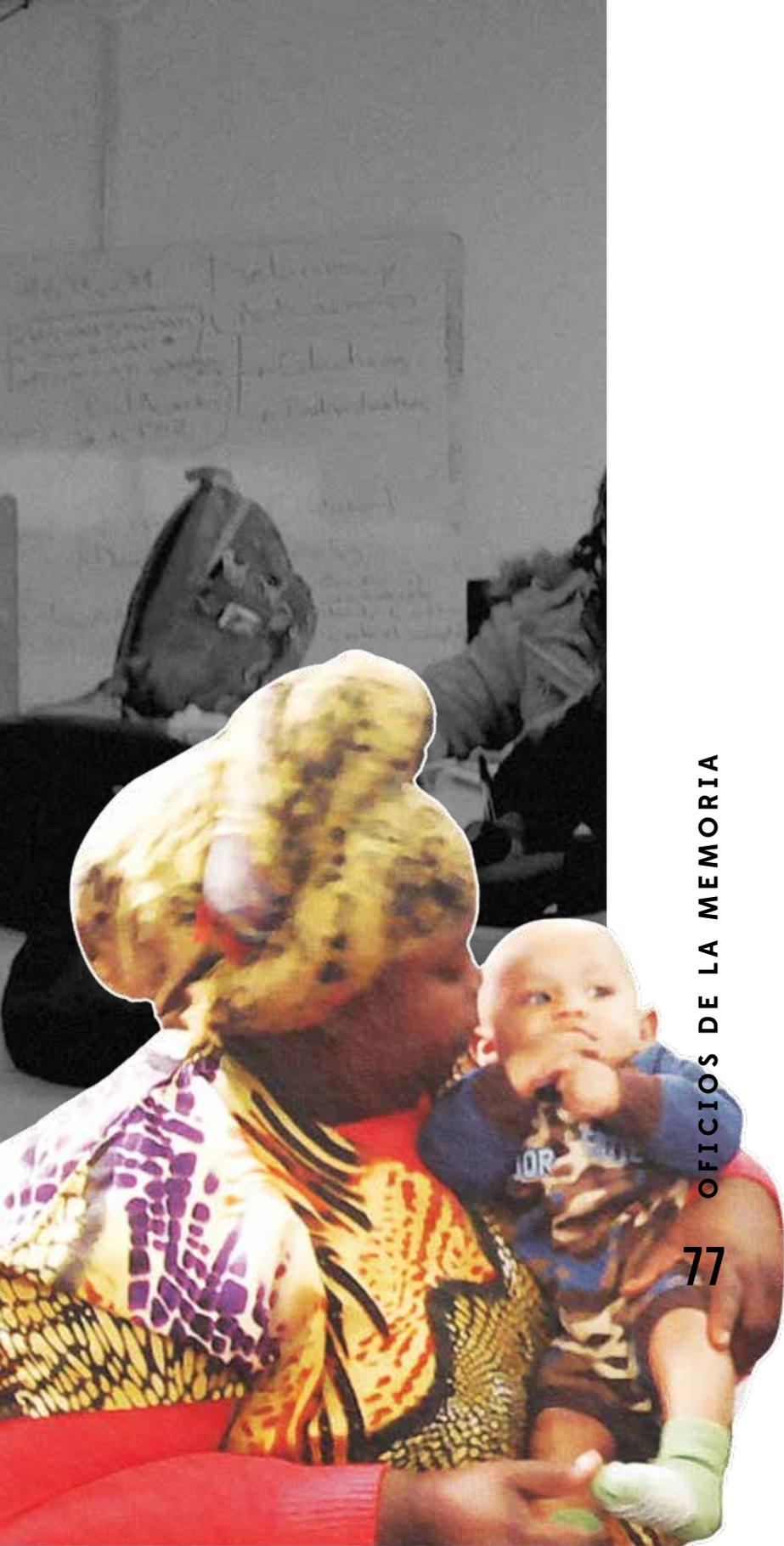


El proyecto que hacemos con los chiquitos es "El Espíritu del Tambor", una estrategia que logramos desarrollar gracias a Dios y a la cercanía con la Alta Consejería de Víctimas y la Secretaría de Integración Social. Su construcción duró dos años; me puse a escribirla y luego llamamos a los otros compañeros de Teatro Foro para que hicieran su aporte. Se transversalizó en los espacios pedagógicos que les brindan a los niños de las Acunar y de los jardines infantiles.

ANYELA GUANGA

76

Nuestra labor pedagógica la hemos complementado con el último ejercicio que hicimos con el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, la Secretaría de Educación y Ficonpaz. Es un impacto muy importante y una gran experiencia con los niños. Agradezco a Ficonpaz y a la Secretaría de Educación porque nos creyeron como parte de sus maestros; fue un trabajo muy hermoso.



Hemos recuperado la colectividad de gran parte de nuestro territorio, los lazos de hermandad y de equidad. Siempre tratamos de hacer actividades que involucren a niños y niñas, pues muchas veces están excluidos de los procesos de organización.

Teatro Foro y mis nuevos proyectos han sido un espacio muy bonito donde me descubro como la gran pedagoga, porque me gusta enseñar y estamos haciendo visible la verdad, sobre todo ahora que hay una posible firma de la paz. Es evidenciar cómo nos hacemos presentes en la ciudad a través de este proceso que aporta a la construcción verdadera de la paz, a una construcción que evita la repetición de conflictos. Una paz que sale de la misma comunidad y de las víctimas.

Teatro Foro



El teatro nace de la fiesta, de lo sagrado, del juego. A través de él los seres humanos han podido representar su relación con el poder, con lo divino, con los rituales asociados a la vida y a la muerte. Por otro lado, el juego y la fiesta permiten transgredir órdenes establecidos, volver risa, sátira, parodia lo que se ha establecido como ley, hacer visible lo que se quiere mantener oculto, silenciado, negado.

El teatro posibilita realizar un trabajo sobre sí mismo para desarticular conductas automáticas, bloqueos que condicionan a las personas en el nivel corporal, emotivo, intelectual y que las llevan más que a actuar a ser actuadas. La dimensión de rito-juego-fiesta se hace posible en el gesto, la palabra, los sonidos y el montaje.

El teatro es un elemento fundamental en la construcción de una cultura porque crea espacios en los que es posible re-crear en el triple sentido de volver a crear, representar y jugar. Las fiestas tradicionales de las comunidades, como espacios de encuentro, de ritual colectivo y de celebración están colmadas de elementos teatrales.

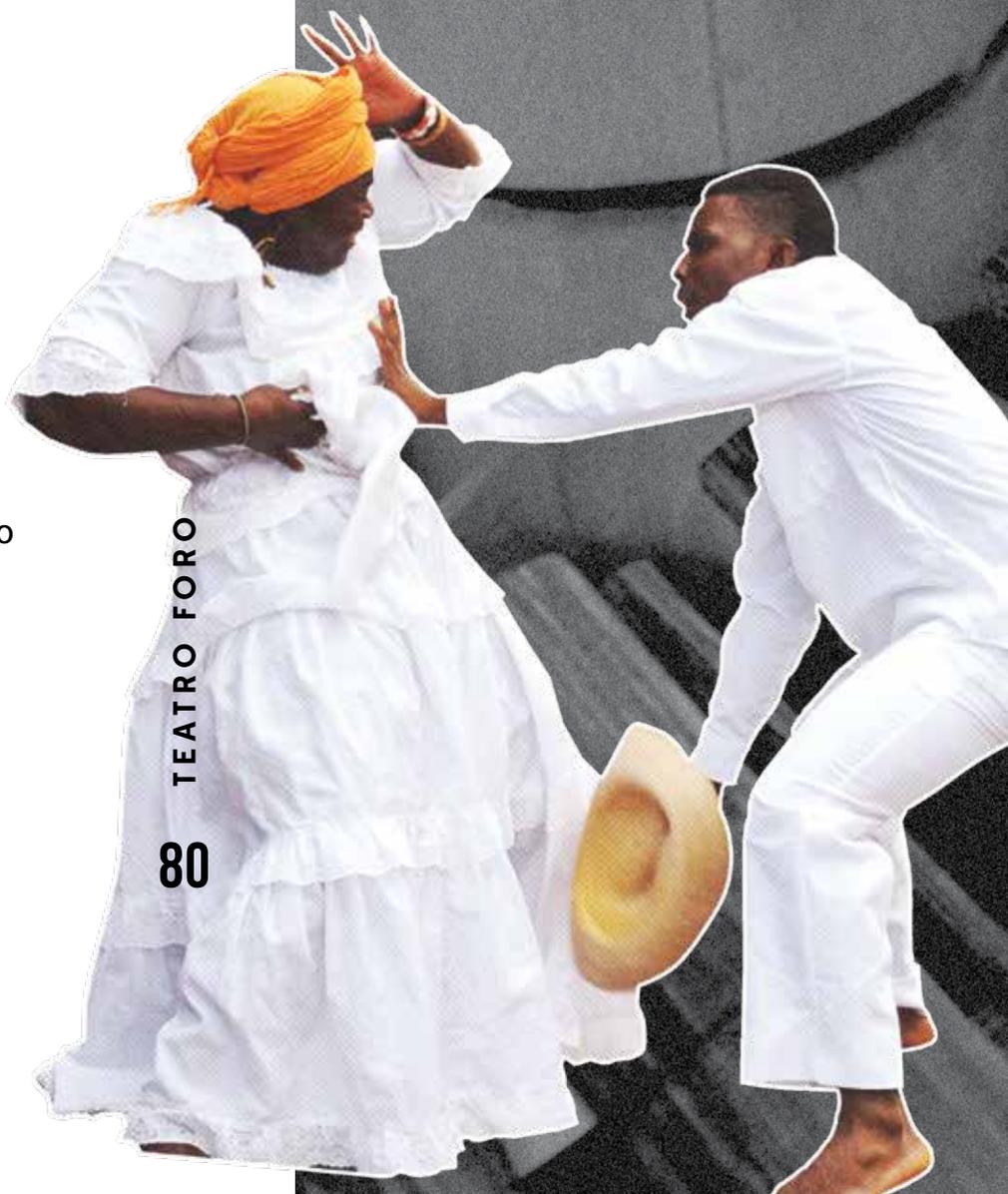
En 2014 el Teatro Experimental de Fontibón - TEF en unión con el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación realizaron talleres de Teatro del Oprimido en diez localidades de Bogotá. En estos talleres participaron jóvenes, mujeres, integrantes de organizaciones de víctimas.

Augusto Boal, creador del Teatro del Oprimido, conjuga en su método las apuestas pedagógicas de Freire con el arte y el juego como herramientas para abordar procesos de formación y educación. Consiste en realizar la puesta en escena de un conflicto u opresión que se manifiesta en una comunidad o en un individuo.

La propuesta del Teatro del Oprimido surge a partir de entender al oprimido como alguien que es sometido a una presión que limita su libertad, impide su desarrollo y la plena satisfacción de sus anhelos y necesidades dentro de la sociedad. En este sentido la estética del oprimido es la expresión política de individuos y comunidades que reclaman sus derechos.



Una de las modalidades del Teatro del Oprimido es el Teatro Foro, en el que por medio de una obra o escena se recrean las contradicciones en el contexto de los valores, los imaginarios y costumbres de la cultura reinante. A través de la intervención de un moderador las personas del público se convierten en "espectadores", es decir, observan primero y luego intervienen en la obra de teatro escogiendo la situación o escena que les interesa y, una vez allí, toman el papel del personaje oprimido enfrentando activamente al opresor o la situación opresora.





Uno de los procesos más interesantes de los talleres fue la unión de dos grupos del Pacífico, el primero integrado por músicos y pescadores y el segundo por cantaoras, bailarines y parteras. Poner en escena las opresiones que han sufrido sus integrantes, que han padecido el desplazamiento forzado a raíz del conflicto armado y la violencia socio política, llevó a construir un relato en el que el vivir diario y las expresiones propias del lenguaje de la comunidad, entre las cuales están la música, el canto y el baile, fueron los instrumentos esenciales para mostrar su oposición a una guerra que ha lastimado lo más profundo de sus memorias.

La música permitió generar una conexión inmediata de los integrantes con el territorio, ella los llevó a recorrer las raíces ancestrales de su cultura, las calles de sus barrios, los juegos al lado del mar, las fiestas; a recordar a familiares, vecinos y amigos que ya no estaban o que se habían quedado en la región. Se produjo un reencuentro con las prácticas culturales de la comunidad.

Por esta razón, en el montaje que se iba construyendo en los ensayos, se tenían que contar las opresiones históricas de las comunidades negras en el Pacífico colombiano, una región rica en recursos naturales y que ha sufrido la confrontación de diversos grupos armados.

Había que relatar la historia de los palenques que albergan gentes de diversos orígenes africanos, de los ancestros que huyeron con las herramientas de labranza y las armas de fuego y fundaron pueblos en las ciénagas inaccesibles de la región. Sociedades que buscaban y buscan articular a la colectividad para defender la libertad y el territorio.

Los saberes, cantos, juegos, ritmos..., fueron constituyendo una forma de poner en diálogo las diversas memorias de personas que provenían de distintos lugares del Pacífico y cuyo deseo era volver a los lugares abandonados, por esta razón decidieron que el montaje sería de memoria y paz.



TEATRO FORO
82



La Mina fue la canción que eligieron para empezar a narrar la historia de los ancestros que fueron sacados de África para ser esclavizados en las colonias europeas. *La Mina* abre un relato en el que empiezan a mostrarse las contradicciones de una cultura en la que los seres humanos se convierten en una mercancía que el dueño podía vender, comprar, regalar o cambiar por una deuda, sin que el esclavo pudiera ejercer ningún derecho u objeción personal o legal.

El territorio empieza a ser narrado en las conversaciones de las comadres, en los encuentros en la plaza, en las fiestas. Sin embargo, la canción *A Tumaco lo quemaron* reitera por medio de los coros de las mujeres, del cununo, el bombo, la marimba, el guasá, las constantes agresiones que han sufrido sus habitantes.

La canción *Gallito blanco*, compuesta por Olimpia Barreiro, cantaora principal del grupo, conecta la siguiente parte del relato en la que se muestra la salida del territorio. Mientras el gallo canta, los pobladores salen en la madrugada para no ser vistos.

Monchillá, una composición del grupo Naidi que ha contribuido en el trabajo colectivo, evidencia las preguntas sobre cómo reparar esa memoria fundamental para explicar el sentido de vida de los seres humanos; el reclamo por los espacios, sabores, sonidos, paisajes, amaneceres abandonados y que difícilmente se pueden volver a recuperar: "¿Dónde está mi monchillá, el camarón de agua dulce del río Guapi?".



Es lo que algunas de las víctimas llaman lo intangible de la memoria, saberes que fueron transmitidos de generación en generación, que se hacían visibles en el compartir con la familia, vecinos, amigos, en un territorio que el conflicto ha transformado profundamente y que no solo tiene que ver con sus habitantes sino con el patrimonio inmaterial de los colombianos.

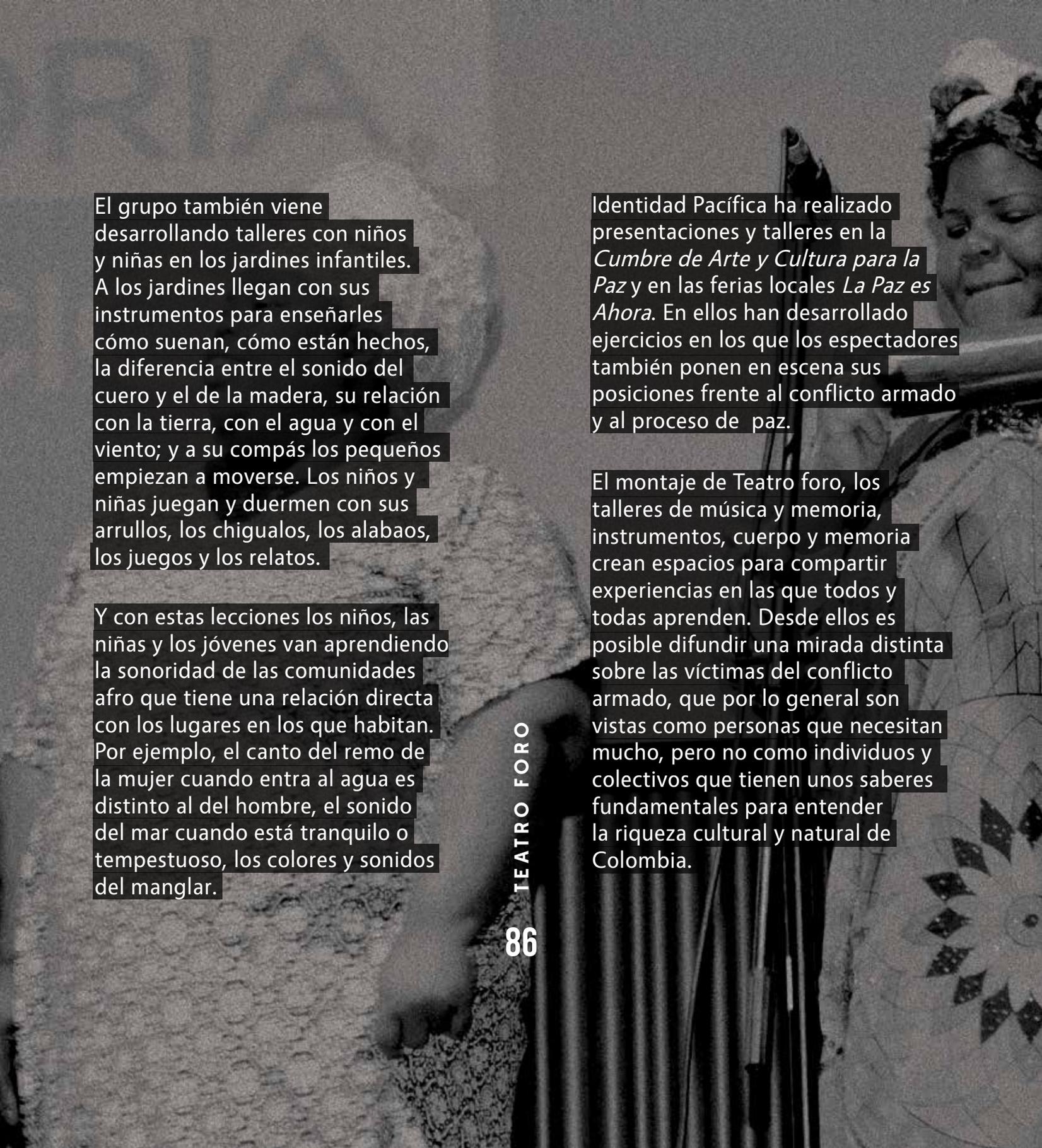
Kilele será la canción del reencuentro de la comunidad en la ciudad a partir de lo que los une: sus memorias marcadas por el dolor pero también cargadas de los saberes que trajeron de sus regiones, de los caseríos en los que nacieron. Y al ritmo de los instrumentos, de los cantos y del baile volver a celebrar la vida.

La obra cierra con la canción *Voy para Colombia, la paz*, compuesta por Olimpia Barreiro. En ella se invita a participar a propios y extranjeros del proceso de paz.

El Teatro del Oprimido es la herramienta que utilizan estos grupos para mostrarle a los bogotanos y a los colombianos sus opresiones y opresores y reclamar su derecho a contar en sus propios lenguajes.

El teatro hace posible un trabajo sobre cada uno de los participantes y del colectivo para desarticular los bloqueos generados por el conflicto, por el desplazamiento. La juga, el bambuco, el arrullo, el currulao, el bunde, la chirimía, los cantos y el baile transformaron el dolor en arte.

El montaje teatral de Identidad Pacífica, nombre que lleva hoy el grupo, ha empezado una labor de pedagogía de la memoria por medio de los cantos, de los instrumentos y de la danza. A diez colegios públicos de Bogotá llegaron en 2015 para enseñar la historia de los instrumentos, los materiales con los que están hechos, la forma de elaborarlos y de interpretarlos. Los cantos específicos para sus rituales y fiestas, los pasos básicos para diferentes ritmos y el sentido que tiene cada uno de ellos en su cultura. Los juegos tradicionales ambientados con las rondas, y los cantos que armonizan las cantoras con versos, tiranías y anécdotas que ellas mismas componen. Con estos aprendizajes también vinieron las historias de las comunidades en el territorio, los contrastes con habitar en la ciudad, la importancia de mantener vivos sus saberes ancestrales en un país que se reconoce multicultural.



El grupo también viene desarrollando talleres con niños y niñas en los jardines infantiles. A los jardines llegan con sus instrumentos para enseñarles cómo suenan, cómo están hechos, la diferencia entre el sonido del cuero y el de la madera, su relación con la tierra, con el agua y con el viento; y a su compás los pequeños empiezan a moverse. Los niños y niñas juegan y duermen con sus arrullos, los chigualos, los alabaos, los juegos y los relatos.

Y con estas lecciones los niños, las niñas y los jóvenes van aprendiendo la sonoridad de las comunidades afro que tiene una relación directa con los lugares en los que habitan. Por ejemplo, el canto del remo de la mujer cuando entra al agua es distinto al del hombre, el sonido del mar cuando está tranquilo o tempestuoso, los colores y sonidos del manglar.

Identidad Pacífica ha realizado presentaciones y talleres en la *Cumbre de Arte y Cultura para la Paz* y en las ferias locales *La Paz es Ahora*. En ellos han desarrollado ejercicios en los que los espectadores también ponen en escena sus posiciones frente al conflicto armado y al proceso de paz.

El montaje de Teatro foro, los talleres de música y memoria, instrumentos, cuerpo y memoria crean espacios para compartir experiencias en las que todos y todas aprenden. Desde ellos es posible difundir una mirada distinta sobre las víctimas del conflicto armado, que por lo general son vistas como personas que necesitan mucho, pero no como individuos y colectivos que tienen unos saberes fundamentales para entender la riqueza cultural y natural de Colombia.



El Teatro Foro es un espacio en el que se conjugan el rito, el juego y la fiesta, en él los espectadores se transforman en *espectadores* porque se hacen partícipes de las diversas formas y lenguajes en los que se construye y cuenta la memoria personal y colectiva de las comunidades que han sufrido el conflicto armado, la lucha por mantener sus saberes y construir la paz en Colombia.

OFICIOS DE LA MEMORIA

Virgelina Chará

Nací el 19 de marzo de 1955, el día de los irresponsables, de los casados, en Suárez (Cauca), corregimiento étnico, minero, agrícola y maderero.

Vivía con mi mamá, mi abuela, mi madrina Josefina, Carmelo, Carlos y el finado Leopoldino. Siempre estuvimos alrededor de esa familia. Las otras casas cercanas eran de la familia de la mamá y el papá de mi mamá. Vivíamos en un entorno de los Chará, Viveros y Lucumí en una vereda de ciento cincuenta casas donde había doscientas o trescientas familias. En una casa podían vivir cuatro familias.

Tuve quince hermanos: por parte de mi mamá somos tres y por parte de mi papá, doce.

Por lo general toda la comunidad negra es familia; mientras se va mezclando el uno con el otro se va convirtiendo el entorno en una sola familia, por eso la familia de nosotros no es papá y mamá, todo el entorno lo es, lo que le duele al uno le duele a todos: si hay un enfermo todas las mujeres de esa comunidad están al frente de ese enfermo; si hay que sacarlo todos los hombres están al frente para mirar qué se hace, hay una solidaridad muy fuerte en el tema del calor humano.

Toda la población tenía su propiedad y dentro de la propiedad tenía su mina, ya fuera de aluvión o de filón. El oro en polvillo se saca del filón y el de aluvión es un oro grueso; se puede encontrar un pedazo de un gramo, de un castellano o un cuarto de libra. Por mi tierra hay minas de plomo, bauxita y uranio.

VIRGELINA CHARÁ

Mi familia no hacía explotación minera, hacía minería artesanal. La explotación de la mina es ahora a través de la minería industrial, en cambio allá ha sido minería artesanal, con una batea, un amocafre y una barra.

ORIA





Cuando tenía como ocho años me tocaba atender la fritanga, que es una tienda de pueblo. Vendíamos pescado, aborrajao, patacón, papa rellena y empanadas. Desde que tengo uso de razón estoy trabajando.

90 VIRGELINA CHARÁ



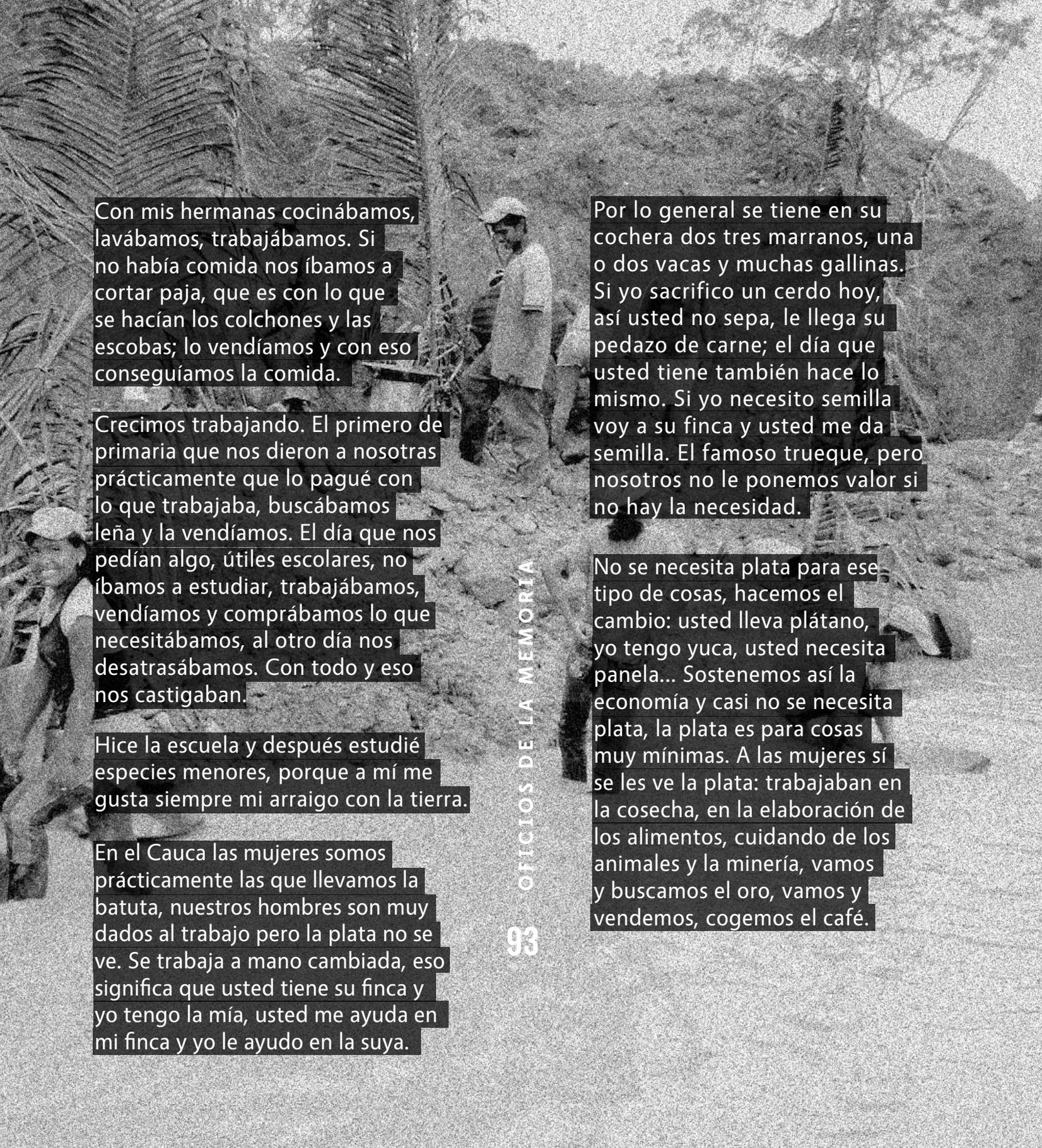
Hice primero y segundo de primaria en la escuela municipal de Suárez y eso para mí fue haga de cuenta un semestre de cualquier carrera. Me gustó estudiar toda la vida, rogué que me hubieran dado un quinto de primaria. Nos enseñaban geografía, religión..., y era obligatorio exponer delante de profesores y alumnos, y si no te lo sabías todos los profesores te castigaban y los papás también, entonces uno estudiaba porque estudiaba.

A mí me daban madera a la lata, me daban con rejo de tres piernas, con zurriago, y el rejo con el que me pegaban lo metía en un hueco. Me daban otra pela y yo volvía y echaba al hueco con lo que me pegaban; dos veces no me pegaban con el mismo rejo. Fui rebelde toda la vida y todos los castigos eran duros. No me gustó nunca que me pegaran. Ahora pasa diferente. Mis nietos son muy consentidos y por eso también me han dado dolores de cabeza.

En la vereda Cabuyal, donde nos criamos, había unos árboles de mango, de guama, y unas matas de banano. Nos subíamos a los árboles, les quitábamos los plátanos y los cocinábamos con sal, y por eso nos castigaban. Como ellos ya sabían que salíamos a correr se subían por el árbol para que no pudiéramos bajar, entonces nos bajábamos por las hojas. Teníamos que ir directo a donde nos defendieran porque la pela era terrible, a mí me defendía mi tía Berta.



92 VIRGELINA CHARÁ



Con mis hermanas cocinábamos, lavábamos, trabajábamos. Si no había comida nos íbamos a cortar paja, que es con lo que se hacían los colchones y las escobas; lo vendíamos y con eso conseguíamos la comida.

Crecimos trabajando. El primero de primaria que nos dieron a nosotras prácticamente que lo pagué con lo que trabajaba, buscábamos leña y la vendíamos. El día que nos pedían algo, útiles escolares, no íbamos a estudiar, trabajábamos, vendíamos y comprábamos lo que necesitábamos, al otro día nos desatrasábamos. Con todo y eso nos castigaban.

Hice la escuela y después estudié especies menores, porque a mí me gusta siempre mi arraigo con la tierra.

En el Cauca las mujeres somos prácticamente las que llevamos la batuta, nuestros hombres son muy dados al trabajo pero la plata no se ve. Se trabaja a mano cambiada, eso significa que usted tiene su finca y yo tengo la mía, usted me ayuda en mi finca y yo le ayudo en la suya.

Por lo general se tiene en su cochera dos tres marranos, una o dos vacas y muchas gallinas. Si yo sacrifico un cerdo hoy, así usted no sepa, le llega su pedazo de carne; el día que usted tiene también hace lo mismo. Si yo necesito semilla voy a su finca y usted me da semilla. El famoso trueque, pero nosotros no le ponemos valor si no hay la necesidad.

No se necesita plata para ese tipo de cosas, hacemos el cambio: usted lleva plátano, yo tengo yuca, usted necesita panela... Sostenemos así la economía y casi no se necesita plata, la plata es para cosas muy mínimas. A las mujeres sí se les ve la plata: trabajaban en la cosecha, en la elaboración de los alimentos, cuidando de los animales y la minería, vamos y buscamos el oro, vamos y vendemos, cogemos el café.

ELEGUA

CHANGO



He cantado toda la vida, cantábamos en las novenas, en los velorios, en las Jugas, en los Bundes –que es cuando moría un niño–, y empecé a componer en el 90.

La cultura afro es muy arraigada a su conocimiento africano, fue pasando de generación en generación, por eso seguimos diciendo que esa cultura hay que recuperarla. El golpe que le da la religión católica es fuerte porque lo pone a creer en un Dios, así los africanos hayan tenido su Dios. Y les rompen todo el contexto de conocimiento.

VIRGELINA CHARÁ

94

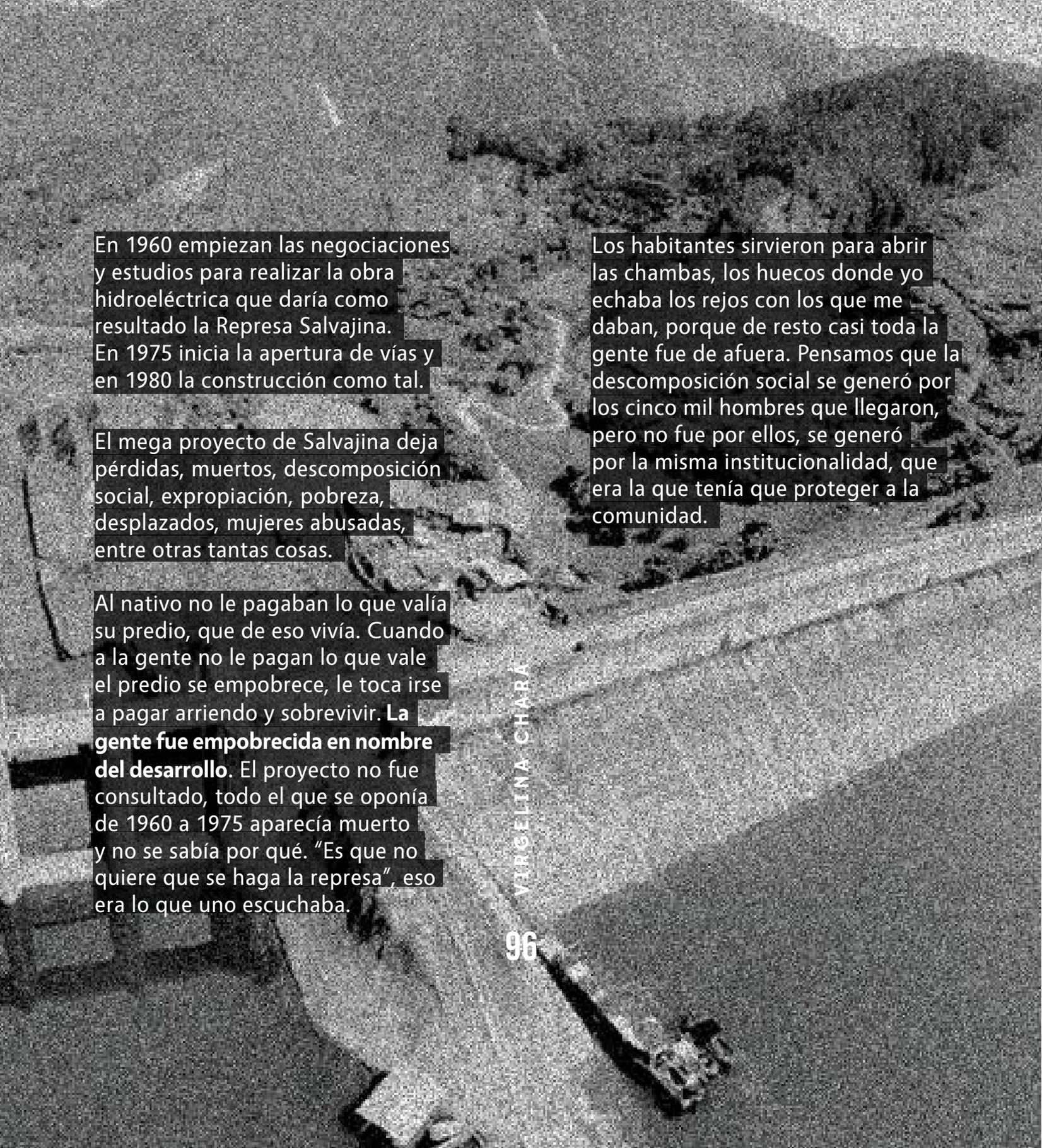
OGUN

La religión católica te quita el resto de conocimiento, porque la cultura negra cree mucho y adora a sus santos, cada uno tiene un compromiso con la comunidad: San Antonio, San Francisco, San Martín de Porres. La iglesia quiere quitar estas creencias que la gente tiene.

Yo soy cristiana pero no me dejé quitar mis creencias, mi arraigo cultural, y he tenido discusiones con los pastores de mi congregación porque no tengo la necesidad de dejar de creer en lo mío, lo que creo lo hago con respeto. La iglesia católica se generó unos mitos de desarraigo de todas las culturas en el nombre de Dios y ha cometido grandes genocidios, grandes violaciones de DDHH.

De Suárez salí en el 67, a los doce años fui a trabajar a una casa de familia en Cali, iba y venía hasta 1978, que regresé definitivamente. Las condiciones económicas en mi casa no eran las mejores, entonces siempre tuve aspiraciones de ser independiente; a los quince años pagaba mi propio arrendamiento, ayudaba a mi mamá y a mi abuela. Siempre me gustó tener independencia.

Tengo a Derly a los veintiún años en Cali, después vuelvo a Suárez, tengo a Harold y monto mi negocio de comida.



En 1960 empiezan las negociaciones y estudios para realizar la obra hidroeléctrica que daría como resultado la Represa Salvajina. En 1975 inicia la apertura de vías y en 1980 la construcción como tal.

El mega proyecto de Salvajina deja pérdidas, muertos, descomposición social, expropiación, pobreza, desplazados, mujeres abusadas, entre otras tantas cosas.

Al nativo no le pagaban lo que valía su predio, que de eso vivía. Cuando a la gente no le pagan lo que vale el predio se empobrece, le toca irse a pagar arriendo y sobrevivir. **La gente fue empobrecida en nombre del desarrollo.** El proyecto no fue consultado, todo el que se oponía de 1960 a 1975 aparecía muerto y no se sabía por qué. "Es que no quiere que se haga la represa", eso era lo que uno escuchaba.

Los habitantes sirvieron para abrir las chambas, los huecos donde yo echaba los rejos con los que me daban, porque de resto casi toda la gente fue de afuera. Pensamos que la descomposición social se generó por los cinco mil hombres que llegaron, pero no fue por ellos, se generó por la misma institucionalidad, que era la que tenía que proteger a la comunidad.

VIRGELINA CHARÁ

La represa la construye una empresa que ni siquiera era de aquí, la obra civil vino desde afuera. Vivían en el pueblo, hicieron sus campamentos en la vereda San Miguel, ahí estaban todos los ingenieros.

Las casas se utilizaron para la venta de droga por parte del ejército, obligaban a la gente a vender droga, era un tema de denuncia muy grave y a nosotros nos tocó vivirla. Mi casa la convirtieron en olla, a mí me obligaron a vender droga, se la quitaban a los campesinos y ellos la consumían. Fuimos muchas las personas obligadas a venderla.

¿Qué se puede hacer si ese es el ejército que se supone tiene que proteger a la gente? Ese es el papel por el que entra a jugar el M19.

OFICIOS DE LA MEMORIA

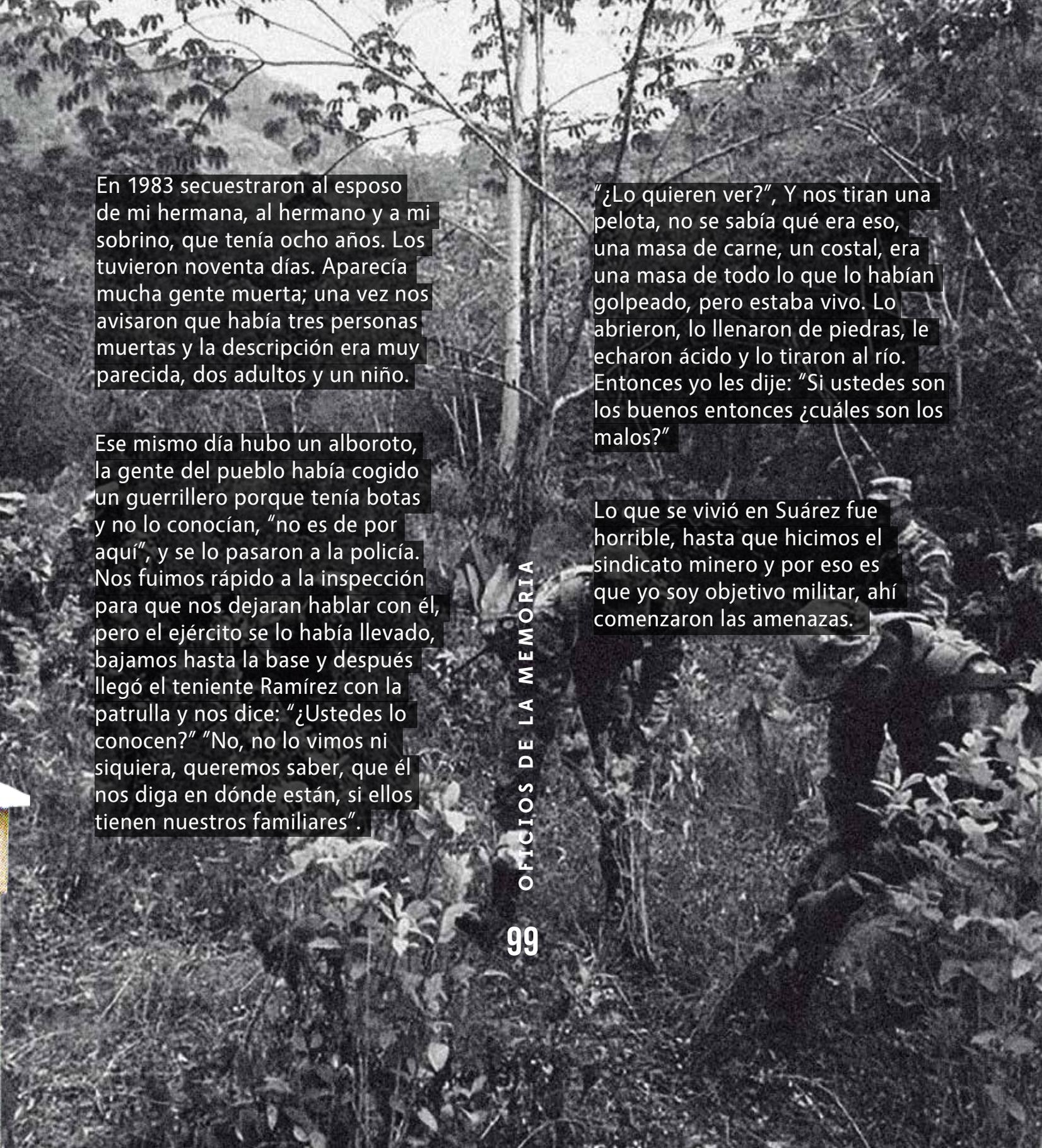
97



Para obtener información los del M19 se hacían pasar por viciosos y llegaban a hacerle a uno lavado de cerebro, "¿por qué vendes droga?", y respondíamos: "Yo no la vendo, ellos son los que la venden". El M19 sabía lo que el ejército estaba haciendo con todo el pueblo y nos decían que teníamos que generar una forma para que eso no siguiera pasando.

El teniente (del ejército) drogado y borracho contaba todo lo que estaban haciendo, los del ejército que cuidaban la obra se la pasaban borrachos. Entonces el M19 quería secuestrar al gerente de la obra para poner en claro lo que estaba sucediendo en el pueblo, el gerente era español.



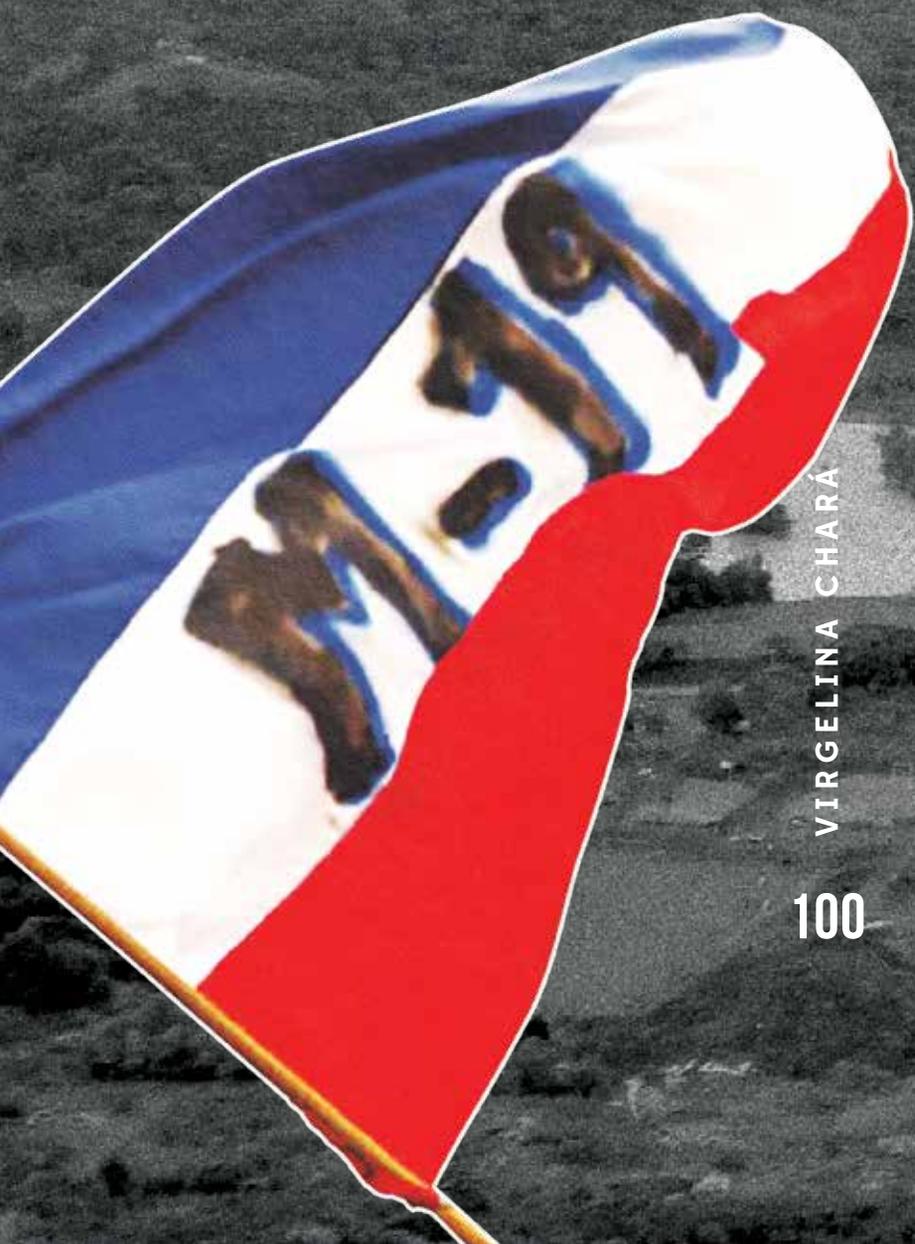


En 1983 secuestraron al esposo de mi hermana, al hermano y a mi sobrino, que tenía ocho años. Los tuvieron noventa días. Aparecía mucha gente muerta; una vez nos avisaron que había tres personas muertas y la descripción era muy parecida, dos adultos y un niño.

Ese mismo día hubo un alboroto, la gente del pueblo había cogido un guerrillero porque tenía botas y no lo conocían, "no es de por aquí", y se lo pasaron a la policía. Nos fuimos rápido a la inspección para que nos dejaran hablar con él, pero el ejército se lo había llevado, bajamos hasta la base y después llegó el teniente Ramírez con la patrulla y nos dice: "¿Ustedes lo conocen?" "No, no lo vimos ni siquiera, queremos saber, que él nos diga en dónde están, si ellos tienen nuestros familiares".

"¿Lo quieren ver?", Y nos tiran una pelota, no se sabía qué era eso, una masa de carne, un costal, era una masa de todo lo que lo habían golpeado, pero estaba vivo. Lo abrieron, lo llenaron de piedras, le echaron ácido y lo tiraron al río. Entonces yo les dije: "Si ustedes son los buenos entonces ¿cuáles son los malos?"

Lo que se vivió en Suárez fue horrible, hasta que hicimos el sindicato minero y por eso es que yo soy objetivo militar, ahí comenzaron las amenazas.



Todo lo que pasó en Suárez está denunciado, pero la inspección no podía hacer nada. Se denunció ante la Comunidad Internacional, lo documentó el comité de solidaridad con presos políticos; Minga hizo gran parte la documentación.

Yo salgo de Suárez en 1985 después del 20 de julio, del último paro nacional que hizo el M19 por el mismo tema: se estaban violando los derechos de la población, a la gente no le estaban pagando lo que era. Salí el 20 de septiembre de 1985 porque se generó el rumor que yo era del M19.

VIRGELINA CHARÁ

Me di cuenta que era del M19 cuando estaba en Cali, cuando me encontré con Chucho, con el finado Iván Darío, ellos decían "¡No, es que ella es compañera nuestra!", "¿Cómo así? ¿Y ustedes quiénes son?" "Nosotros somos del M19", y lo que pasaba era que ellos habían guardado armas en mi casa. Llevaba dos años y medio y no sabía que estaba en el M19, ¡lo único que me faltaba era que me dijeran comandante máxima!

OFICIOS DE LA MEMORIA

A mí me tocó salir "*corriendo*", me sacó el teniente Ramírez. Me dijo que esa noche llegaba el Mayor de la tercera brigada de Cali por mí, porque le habían dicho que yo era del M19. Me dijo: "Como yo no le he visto absolutamente nada, nosotros mantenemos dentro de su casa, lo único que puedo hacer es que usted se vaya, saque los niños y se va con lo que tiene". A mí el ejército me ha perseguido y me ha protegido, el mismo que ha generado la descomposición me ha protegido.

Me sacó a las 7 pm. y el Mayor llegó a las 11 pm. A Ramírez lo tuvieron quince días en el cepo a pan y agua, porque el único que sabía que iban por mí era él. Perdí el negocio completo en Suárez.



VIRGELINA CHARÁ

102

Llegué a Cali a pasar trabajo. Llegué a la casa de mi hermana, a la que había apoyado durante el tiempo del secuestro del esposo, cuñado e hijo. A ellos no los mataron finalmente. Al sobrino lo asesinaron en el 2005 cuando yo fui de visita a la casa, ese es uno de los dolores que mantengo. Lo hicieron aparecer como un accidente en el trabajo, trabajaba en un montallantas, pero sabemos que no. El dueño del negocio dijo que no podía hablar.

Nosotros fundamos Asomujer y Trabajo. Pero antes, en el 90, íbamos a conformar una cooperativa. Teníamos un proceso en Cali de vendedores de Chontaduro y fruta, el nombre incluso lo alcanzamos a registrar como Cooperativa Administrativa de Fruteros de Colombia, entonces nos recomendaron que no lo hiciéramos así porque las cooperativas iban a sufrir un ataque, pues tenían tanta fuerza financiera que estaban siendo vulneradas.

Comenzamos entonces a trabajar como Asociación y así se funda Asomujer y Trabajo. Nosotros somos una asociación, que fundamos desde 1994 pero con Cámara de Comercio aquí en Bogotá desde el año 2003.

De Cali vuelvo al Cauca y de allí voy al Tambo, donde duro seis meses, porque no podía ir a Suárez. Retorno a Cali y empezamos a trabajar en todo el tema del desarme del M19, toda esa campaña política. Mi desplazamiento se genera casualmente porque por este proceso y anteriores me tildan de simpatizante del M19, y la persecución que se da en el Distrito de Agua Blanca se da casualmente porque a toda la gente que vive en el distrito de Agua Blanca, la institucionalidad la tacha de guerrillera.

A Bogotá llego en el 2003. Yo salí el 21 de febrero y el 22 se metieron a mi casa, y duré casi un mes suelta mientras me ubiqué. Luego algunos conocidos me presentaron en la dirección del Polo; yo hacía parte del frente social y político. En ese tiempo ese frente no estaba en el Polo sino que apenas se estaban empezando fusionar todos los partidos pequeños simpatizantes al Polo.

Ahí empiezo mi proceso con Clara López y con Gloria Cuartas. Con Gloria nos conocíamos de antes, pero ya me involucré directamente con la asamblea permanente de mujeres y me metí a todo el tema de mujeres. En el 2004 la Fiscalía me llama a ampliar la declaración, cuando yo salgo de la Fiscalía soy golpeada camino a mi casa. Me dijeron que si yo seguía jodiendo me mataban.

Luego generaron unos ataques directamente a mis hijos y nietos, aquí en Bogotá y en Belén; dos veces se llevaron a Sebastián y a Marlom, los dos hijos mayores de Derly, que por ser negros los iban matar allá en la Virgen, varias veces los dejaron allá en pantaloncillos. Han sido muchos los problemas que hemos tenido a raíz de la denuncia que hemos hecho.

En el año 2004 me integro en el proceso de La Alianza, que fue conformada en el 2003. Colombia es clasificada como el segundo país donde más se violentan los derechos humanos. Ahí comenzamos a trabajar todo el tema de política pública, y fue donde yo aprendí de política pública porque antes no sabía eso con qué se comía.

VIRGELINA CHARÁ

Todo lo relacionado con mujeres es la Alianza, todo lo que se hablará de derechos humanos, incluso algunos sectores privados también hacían parte de la Alianza; bueno, no hacían parte propiamente pero nos reuníamos con ellos para las discusiones de política pública.

En todo ese proceso he estado involucrada y trabajando especialmente en el tema de política pública. De ahí creamos políticas de derechos humanos. En todo eso hemos estado involucrados con Asomujer Y Trabajo. En este proceso es que llego al Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, al Costurero de la Memoria y Sabores y Saberes, donde trabajamos todo el tema de recuperar los platos y la gastronomía no solo del Pacífico o del Cauca sino de más regiones de Colombia.

OFICIOS DE LA MEMORIA

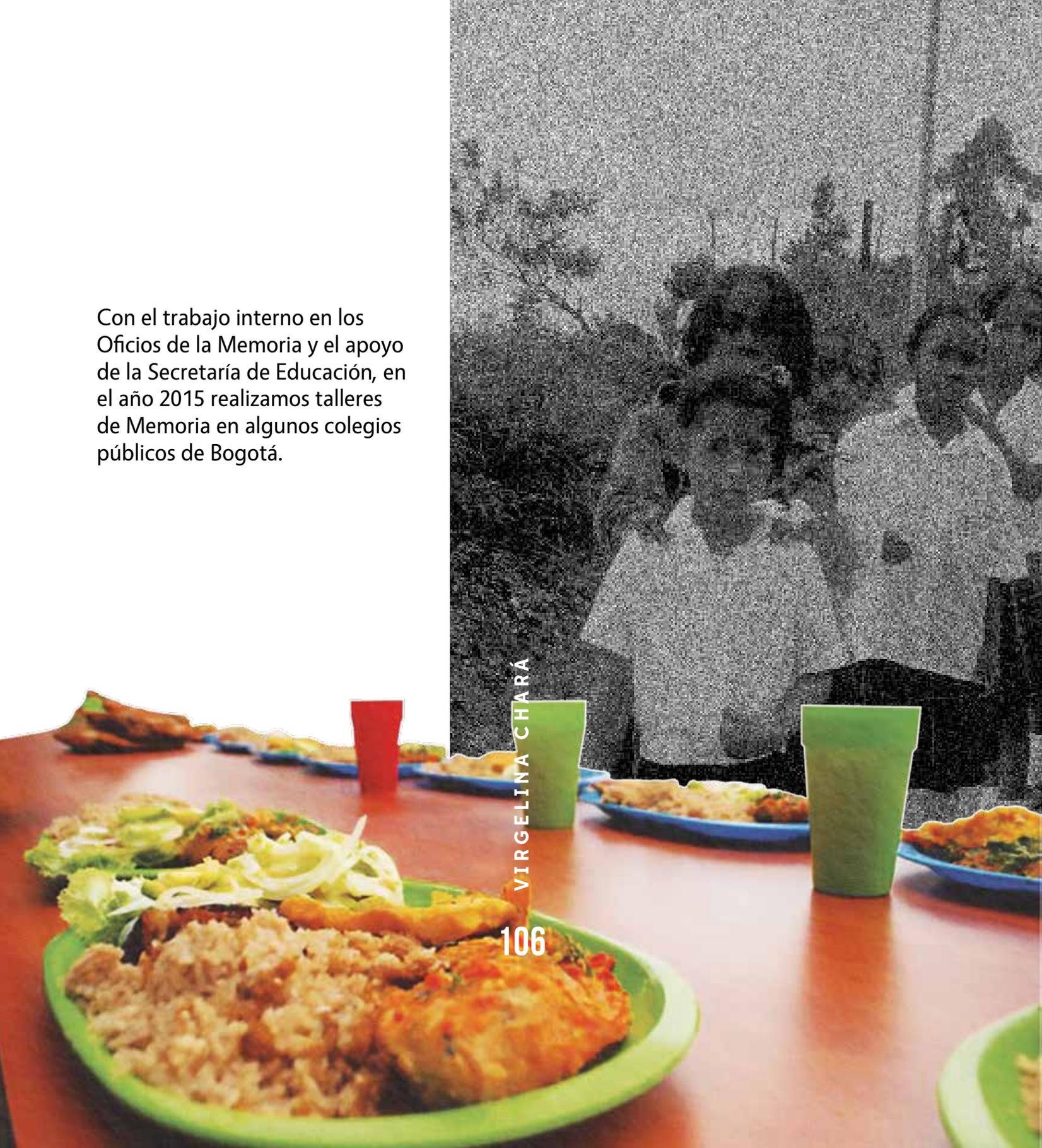
105

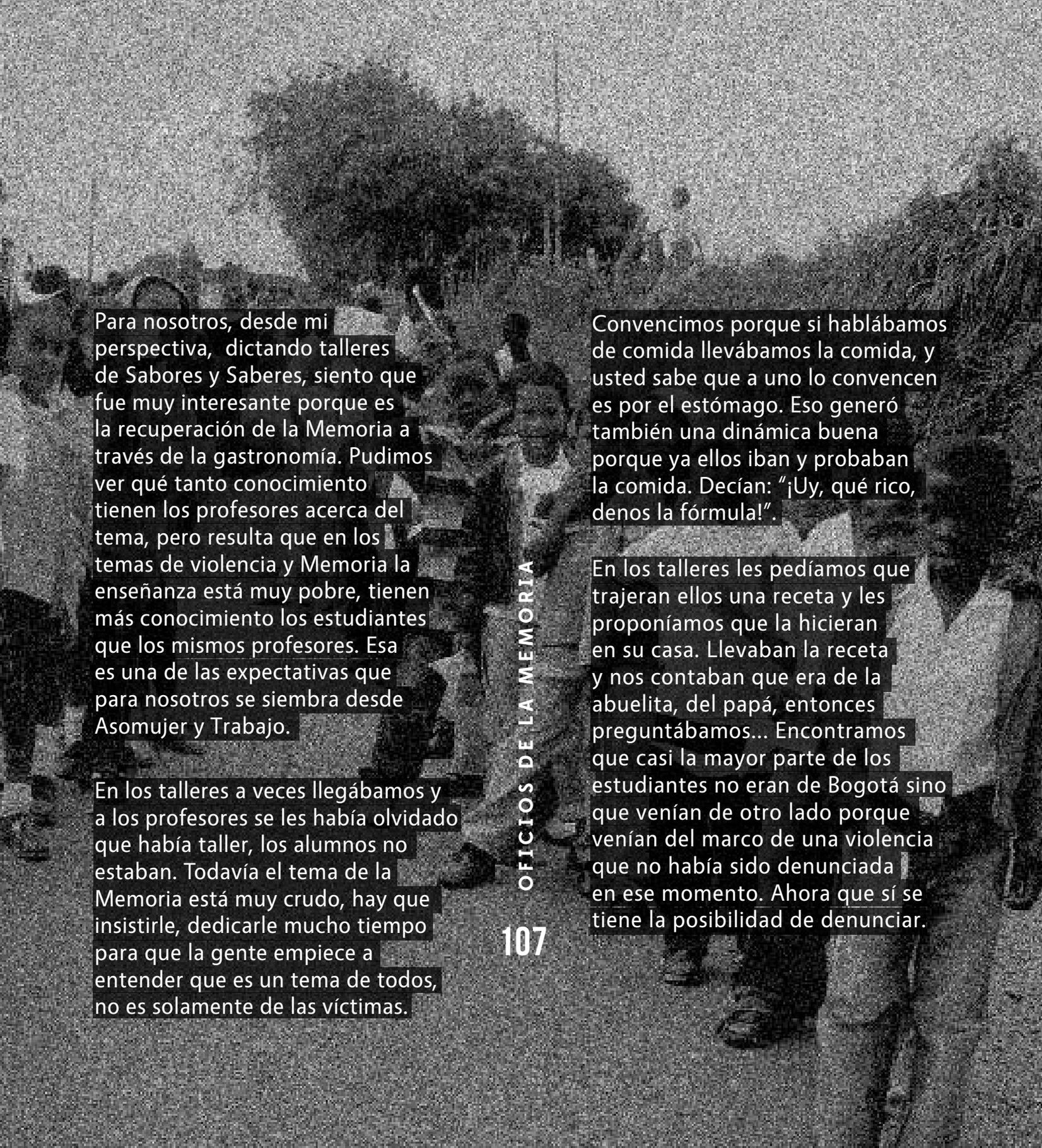


Con el trabajo interno en los
Oficios de la Memoria y el apoyo
de la Secretaría de Educación, en
el año 2015 realizamos talleres
de Memoria en algunos colegios
públicos de Bogotá.

VIRGELINA CHARÁ

106





Para nosotros, desde mi perspectiva, dictando talleres de Sabores y Saberes, siento que fue muy interesante porque es la recuperación de la Memoria a través de la gastronomía. Pudimos ver qué tanto conocimiento tienen los profesores acerca del tema, pero resulta que en los temas de violencia y Memoria la enseñanza está muy pobre, tienen más conocimiento los estudiantes que los mismos profesores. Esa es una de las expectativas que para nosotros se siembra desde Asomujer y Trabajo.

En los talleres a veces llegábamos y a los profesores se les había olvidado que había taller, los alumnos no estaban. Todavía el tema de la Memoria está muy crudo, hay que insistirle, dedicarle mucho tiempo para que la gente empiece a entender que es un tema de todos, no es solamente de las víctimas.

Convencimos porque si hablábamos de comida llevábamos la comida, y usted sabe que a uno lo convencen es por el estómago. Eso generó también una dinámica buena porque ya ellos iban y probaban la comida. Decían: "¡Uy, qué rico, denos la fórmula!".

En los talleres les pedíamos que trajeran ellos una receta y les proponíamos que la hicieran en su casa. Llevaban la receta y nos contaban que era de la abuelita, del papá, entonces preguntábamos... Encontramos que casi la mayor parte de los estudiantes no eran de Bogotá sino que venían de otro lado porque venían del marco de una violencia que no había sido denunciada en ese momento. Ahora que sí se tiene la posibilidad de denunciar.



Para mí fue productiva la experiencia, yo vuelvo e insisto: no fui a enseñar, fui a aprender. En el tema de la educación hay que jugar un papel muy importante porque la educación de hoy no es la que necesita el ciudadano colombiano.

El país y los gobiernos de turno necesitan un pueblo ignorante, por eso cada día la educación es más pobre e intentan que sea de muy mala calidad.

La educación tiene que llegar a un momento distinto, a un plano diferente porque así como está planteada ahora, no le va a servir a nadie en el futuro, cada día forman más ignorantes.

VIRGELINA CHARÁ

He realizado procesos en la Uniminuto, me han invitado varias veces y yo los he invitado a ellos al Centro de Memoria. Una vez que estábamos prestando el servicio de alimentos de Sabores y Saberes una profe de esa universidad me dijo que iba a traer a sus estudiantes. Los traje y les hice el "Enterrado", un plato que se cocina bajo la tierra. Desde ahí quedaron estudiantes y profesores enganchados con Sabores y Saberes.

En septiembre de 2015 hicieron un evento internacional de paz, derechos humanos y género del cual fui ponente, pero no lo hice como expositora en un panel sino que pedí que me consiguieran un salón con materiales e hice el ejercicio pedagógico. Tenía que hablar de los Oficios de la Memoria del Centro de Memoria. Entonces les dije. "vamos a hablar de la pedagogía de la Memoria"

El ejercicio con la Academia, con profesores, para mí ha sido de todo lo que he hecho lo más interesante. El educador sabe la historia del país, y va uno y dice: "Mire, yo soy profesor en ciudad Bolívar, yo no soy víctima, yo no he vivido la violencia pero a mí me asesinaron veinticinco alumnos".

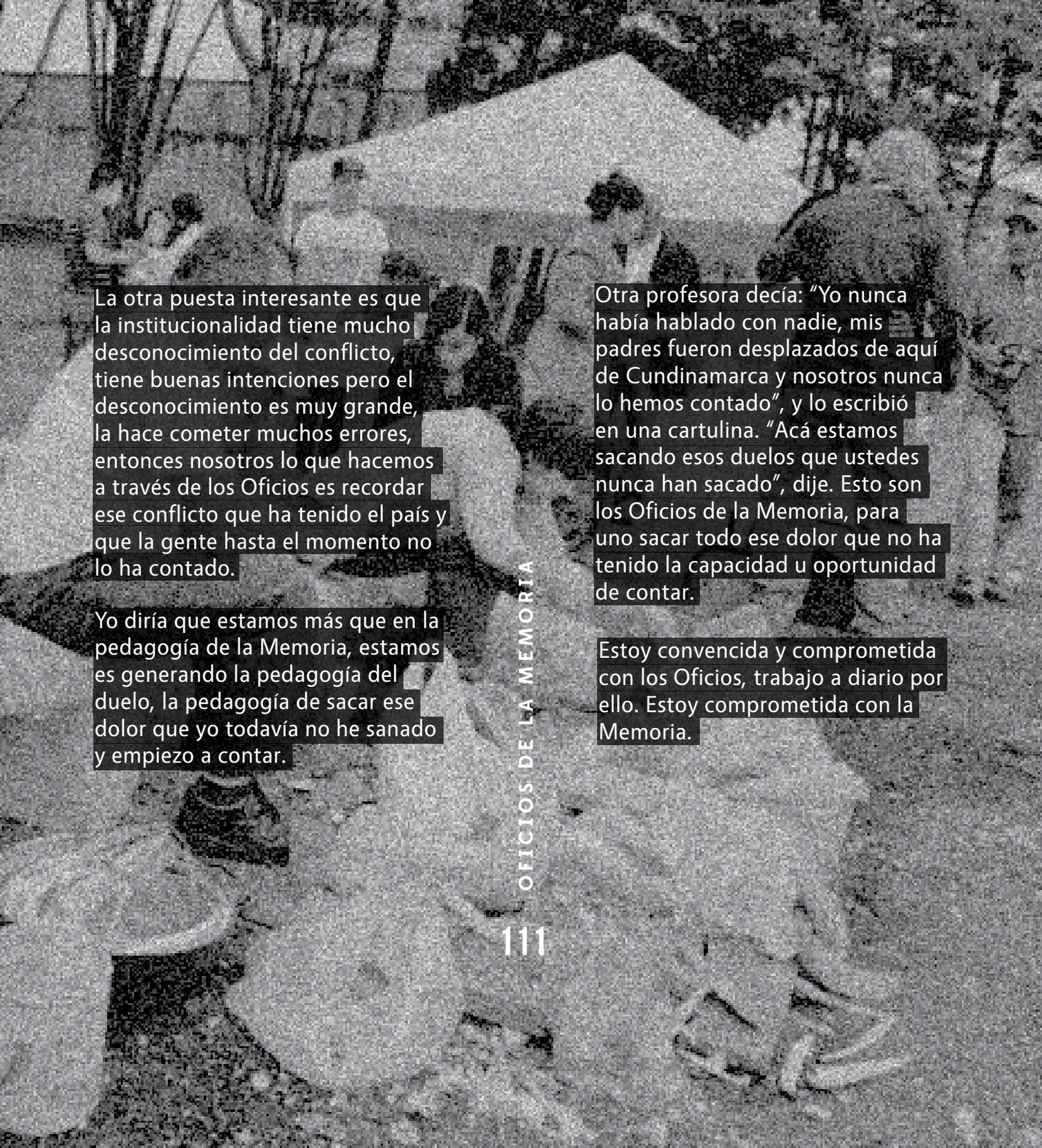
Entonces, dígame: "¿No ha vivido la violencia? ¿Le asesinaron veinticinco estudiantes y nunca le ha tocado?" Entonces ahí es a donde yo voy, ¿cómo puede ser que yo estoy en ese medio y no me toca la violencia? O sea porque no me asesinaron el hijo mío, no era mi hermano, no era mi familia, entonces no me tocó la violencia.

Para mí sí ha sido interesante llevar los Oficios a las instituciones, pero planteándolo desde la perspectiva desde la que habla la otra persona que dice que no es víctima. No solamente yo, que ella me conozca el discurso, ya sé que a mí me tocó la violencia, sino también el que dice que no lo ha tocado la violencia, esa es una puesta interesante.

VIRGELINA CHARÁ

110





La otra puesta interesante es que la institucionalidad tiene mucho desconocimiento del conflicto, tiene buenas intenciones pero el desconocimiento es muy grande, la hace cometer muchos errores, entonces nosotros lo que hacemos a través de los Oficios es recordar ese conflicto que ha tenido el país y que la gente hasta el momento no lo ha contado.

Yo diría que estamos más que en la pedagogía de la Memoria, estamos es generando la pedagogía del duelo, la pedagogía de sacar ese dolor que yo todavía no he sanado y empiezo a contar.

Otra profesora decía: "Yo nunca había hablado con nadie, mis padres fueron desplazados de aquí de Cundinamarca y nosotros nunca lo hemos contado", y lo escribió en una cartulina. "Acá estamos sacando esos duelos que ustedes nunca han sacado", dije. Esto son los Oficios de la Memoria, para uno sacar todo ese dolor que no ha tenido la capacidad u oportunidad de contar.

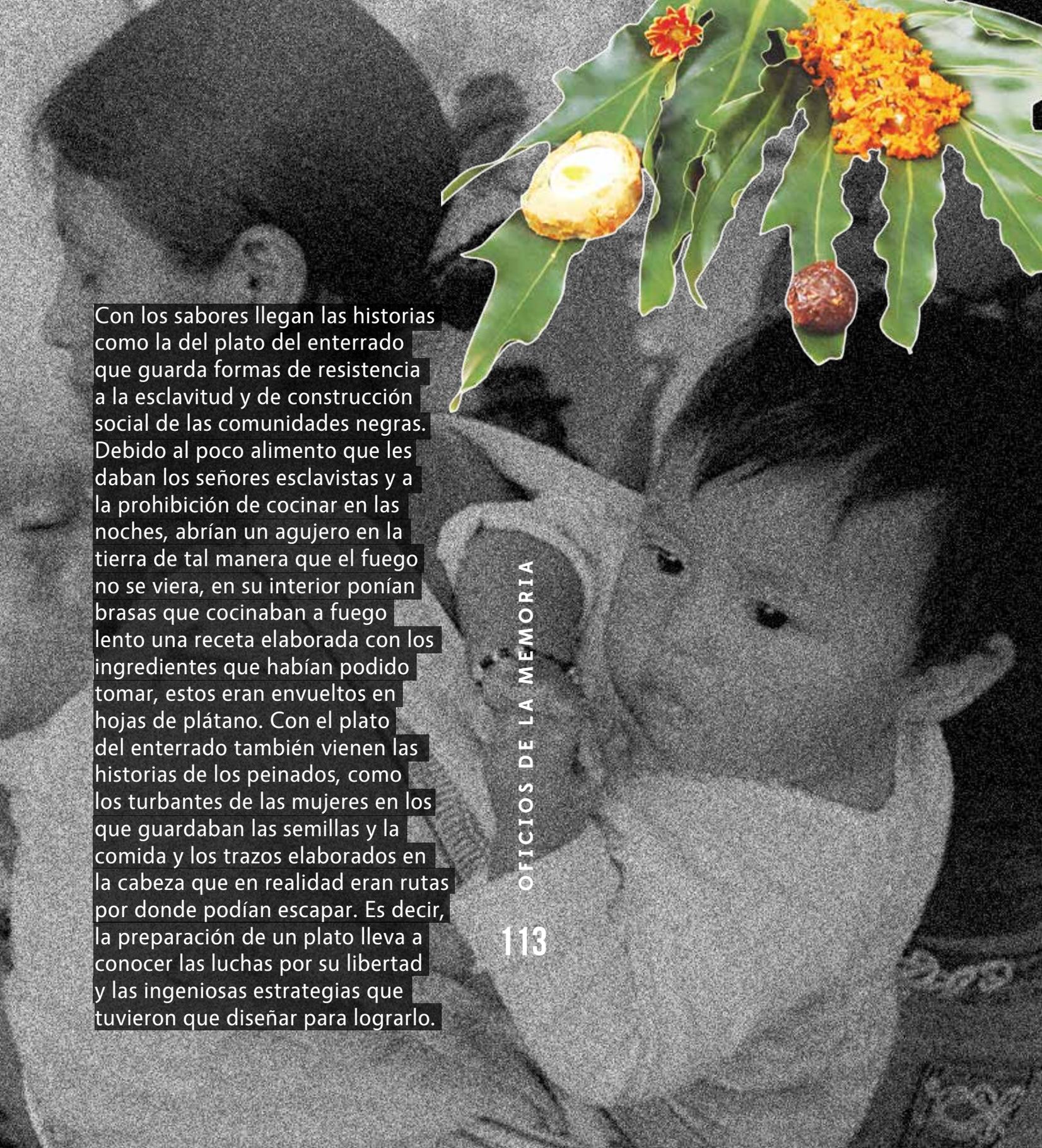
Estoy convencida y comprometida con los Oficios, trabajo a diario por ello. Estoy comprometida con la Memoria.

Sabores y Saberes

Hogar remite al lugar donde se vive porque el punto central es el espacio en el que se enciende el fuego en una vivienda y que sirve de cocina, comedor y estancia. Por ejemplo, para la comunidad Nasa por lo general el fogón está ubicado en el centro de la casa, y está conformado por tres piedras en medio de las cuales se instalan los pedazos de madera seca. Alrededor de éste se une la familia para conversar sobre las experiencias cotidianas, para aprender de los relatos de los mayores y entender la comunicación del fuego a través de sus señales. El fuego es considerado un espíritu sabio, el alma de la madre tierra.

El fogón es muy importante para mantener la unidad, la sabiduría y la cultura, se aprende al lado de él, por esta razón las horas de las comidas son las más importantes para compartir y hacer circular el conocimiento.

En las comunidades afro, con los recuerdos del fogón se traen los cuentos e historias de los ancestros que desde la preparación de los alimentos y el compartir de la comida han enseñado sus tristezas, sus alegrías, sus triunfos y la razón de ser de sus culturas, sus tradiciones y la permanencia y defensa de sus territorios. Está en los pueblos el conservarla y que permanezcan vivas sus prácticas culturales en el compartir de platos entre vecinos en ferias, bazares y fiestas especiales y que dejan ver la diversidad que los enriquece.



Con los sabores llegan las historias como la del plato del enterrado que guarda formas de resistencia a la esclavitud y de construcción social de las comunidades negras. Debido al poco alimento que les daban los señores esclavistas y a la prohibición de cocinar en las noches, abrían un agujero en la tierra de tal manera que el fuego no se viera, en su interior ponían brasas que cocinaban a fuego lento una receta elaborada con los ingredientes que habían podido tomar, estos eran envueltos en hojas de plátano. Con el plato del enterrado también vienen las historias de los peinados, como los turbantes de las mujeres en los que guardaban las semillas y la comida y los trazos elaborados en la cabeza que en realidad eran rutas por donde podían escapar. Es decir, la preparación de un plato lleva a conocer las luchas por su libertad y las ingeniosas estrategias que tuvieron que diseñar para lograrlo.



En el fogón tienen lugar los primeros conocimientos enseñados a los niños y niñas desde el seno familiar. El sentido de la infancia, para los pueblos ancestrales, está ligado a la siembra de la semilla, continuando con el ligamento de la semilla al territorio mediante la siembra del ombligo al lado de las tulpas o en un árbol de su casa.

Los encuentros de *Sabores y Saberes* tienen como principio prácticas y costumbres ancestrales y cotidianas en las que las personas se encuentran y conversan a partir del compartir una comida y su preparación. Los paseos de olla al río, a la quebrada, las conversaciones en la cocina, las ollas comunitarias que se hacen en los barrios, los platos para las celebraciones especiales, son espacios en los que la comida cumple un papel fundamental en la conservación y transmisión de la memoria personal y colectiva.

La comida se convierte en un lenguaje en el que se manifiesta la cultura. Es como escribir con los ingredientes, el fogón, los utensilios y los sabores; la preparación de un plato permite el trabajo en equipo, interactuar, obtener conocimiento, compartir secretos ancestrales que están presentes en la memoria y que se recuerdan cada vez que se reúnen alrededor del fogón para preparar un plato.

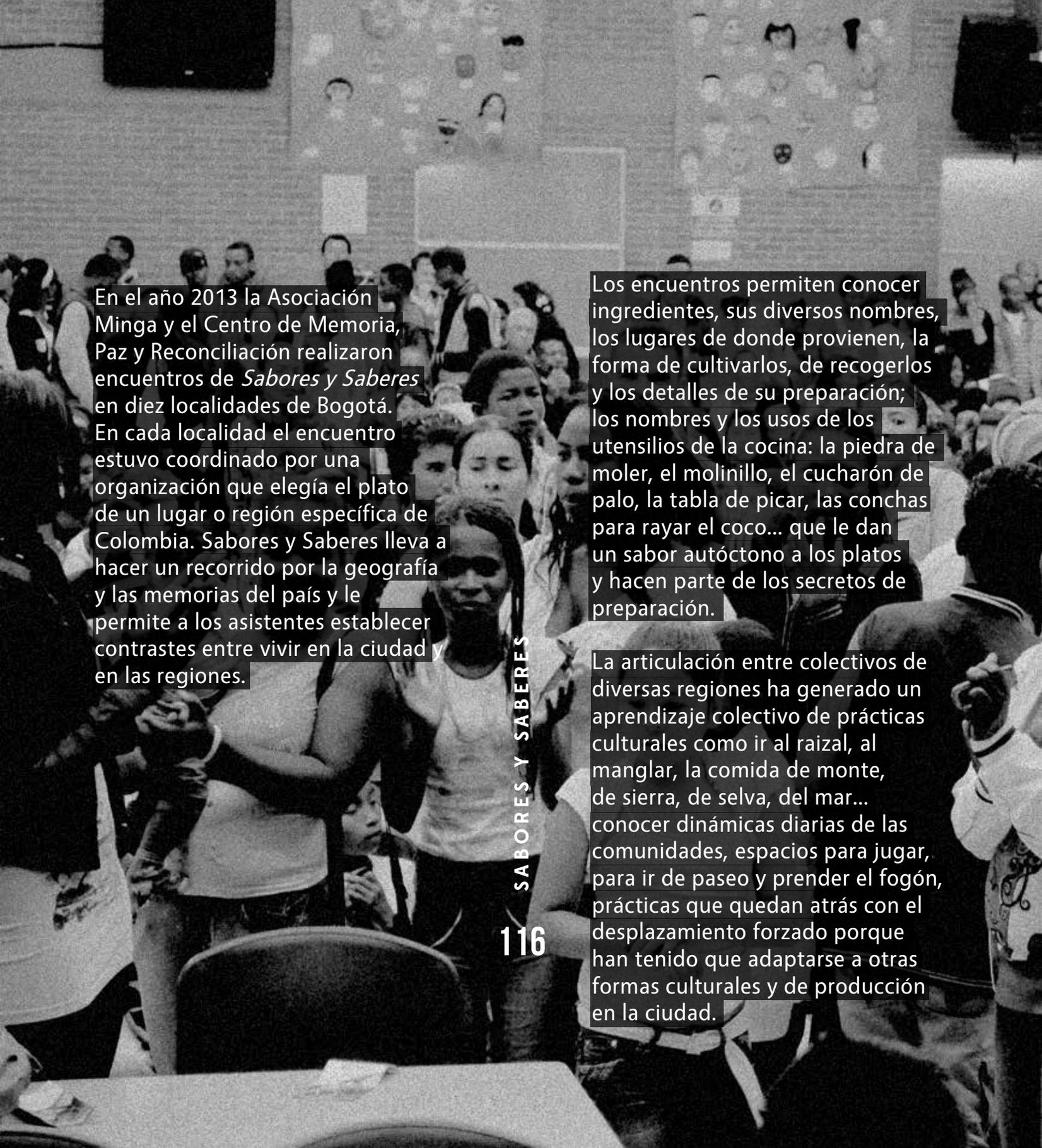
Las manos, el fogón y las tradiciones transforman una comida sencilla en un plato exquisito. Las variaciones de un plato permiten recordar los gustos de los integrantes de la familia, de los habitantes de una región.

En cada encuentro de *Sabores y Saberes* se preparan comidas típicas de las regiones de donde fueron expulsados violentamente los integrantes de las organizaciones; se degusta cada plato preparado con amor y esperanza para no olvidar de dónde vienen, para dónde van, quiénes son, por qué están en Bogotá, de qué manera los ha afectado el conflicto armado y sociopolítico en Colombia. El fogón y la comida que allí se prepara se convierten en instrumento de desahogo que contribuye a construir memoria y a hacer resistencia al olvido.

OFICIOS DE LA MEMORIA

115





En el año 2013 la Asociación Minga y el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación realizaron encuentros de *Sabores y Saberes* en diez localidades de Bogotá. En cada localidad el encuentro estuvo coordinado por una organización que elegía el plato de un lugar o región específica de Colombia. Sabores y Saberes lleva a hacer un recorrido por la geografía y las memorias del país y le permite a los asistentes establecer contrastes entre vivir en la ciudad y en las regiones.

Los encuentros permiten conocer ingredientes, sus diversos nombres, los lugares de donde provienen, la forma de cultivarlos, de recogerlos y los detalles de su preparación; los nombres y los usos de los utensilios de la cocina: la piedra de moler, el molinillo, el cucharón de palo, la tabla de picar, las conchas para rayar el coco... que le dan un sabor autóctono a los platos y hacen parte de los secretos de preparación.

La articulación entre colectivos de diversas regiones ha generado un aprendizaje colectivo de prácticas culturales como ir al raizal, al manglar, la comida de monte, de sierra, de selva, del mar... conocer dinámicas diarias de las comunidades, espacios para jugar, para ir de paseo y prender el fogón, prácticas que quedan atrás con el desplazamiento forzado porque han tenido que adaptarse a otras formas culturales y de producción en la ciudad.

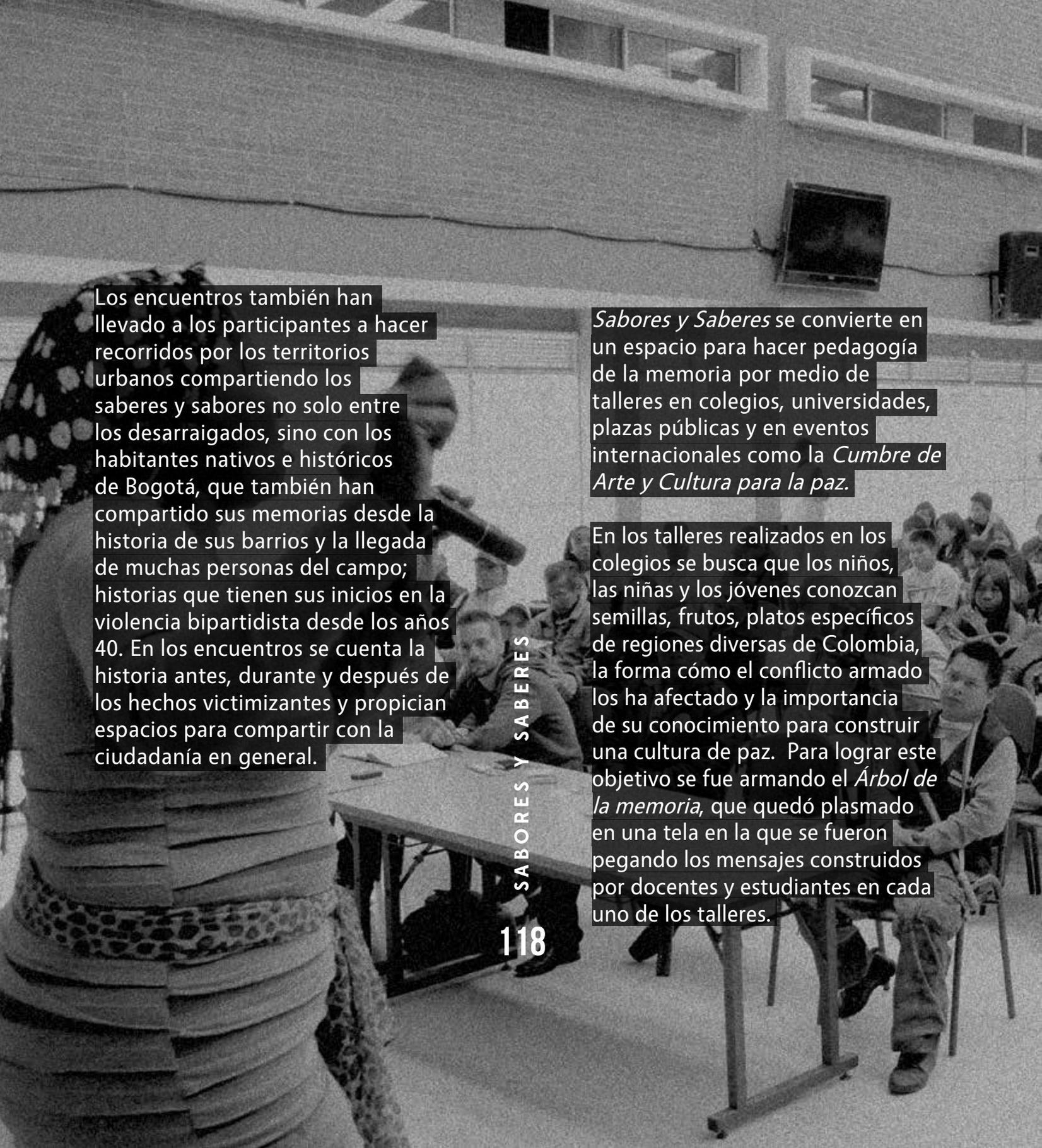


OFICIOS DE LA MEMORIA

117



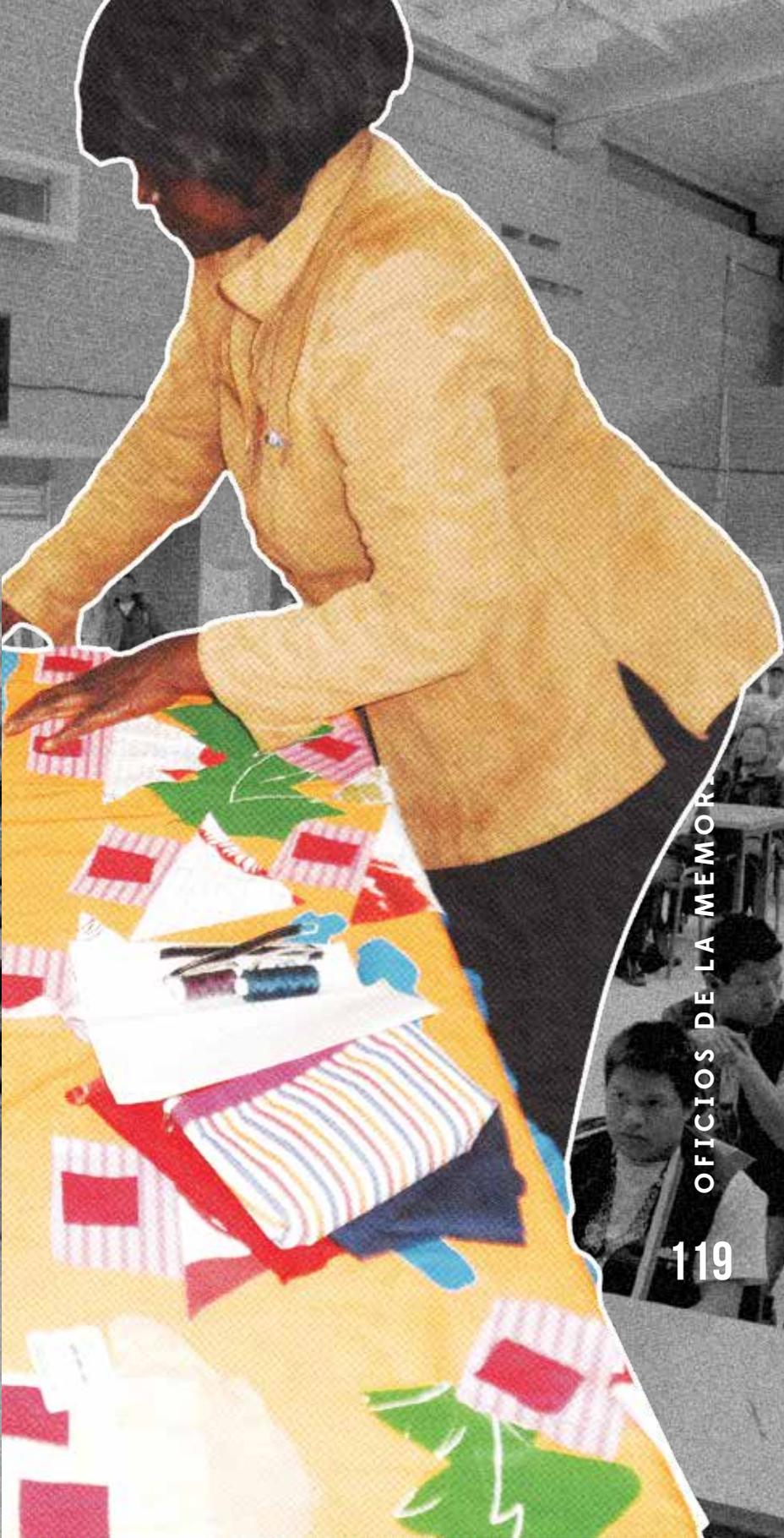
La intención es que este *Saber* no se quede guardado en cada uno de los y las participantes, que esas experiencias enseñadas por abuelos, abuelas, padres, madres, las sabedoras y las madronas no se quede en el olvido; que cada rincón de esa cocina de barro, del fogón de leña siga siendo un espacio para conspirar, para seguir queriendo y defendiendo el territorio, del cual fueron sacados violentamente.

A black and white photograph showing a woman in the foreground, seen from the back, wearing a traditional dress with a wide, patterned skirt and a dark, lace-like shawl. She is addressing a group of children seated at desks in a classroom. The children are looking towards her. The room has a white wall with a television mounted on it and windows in the background.

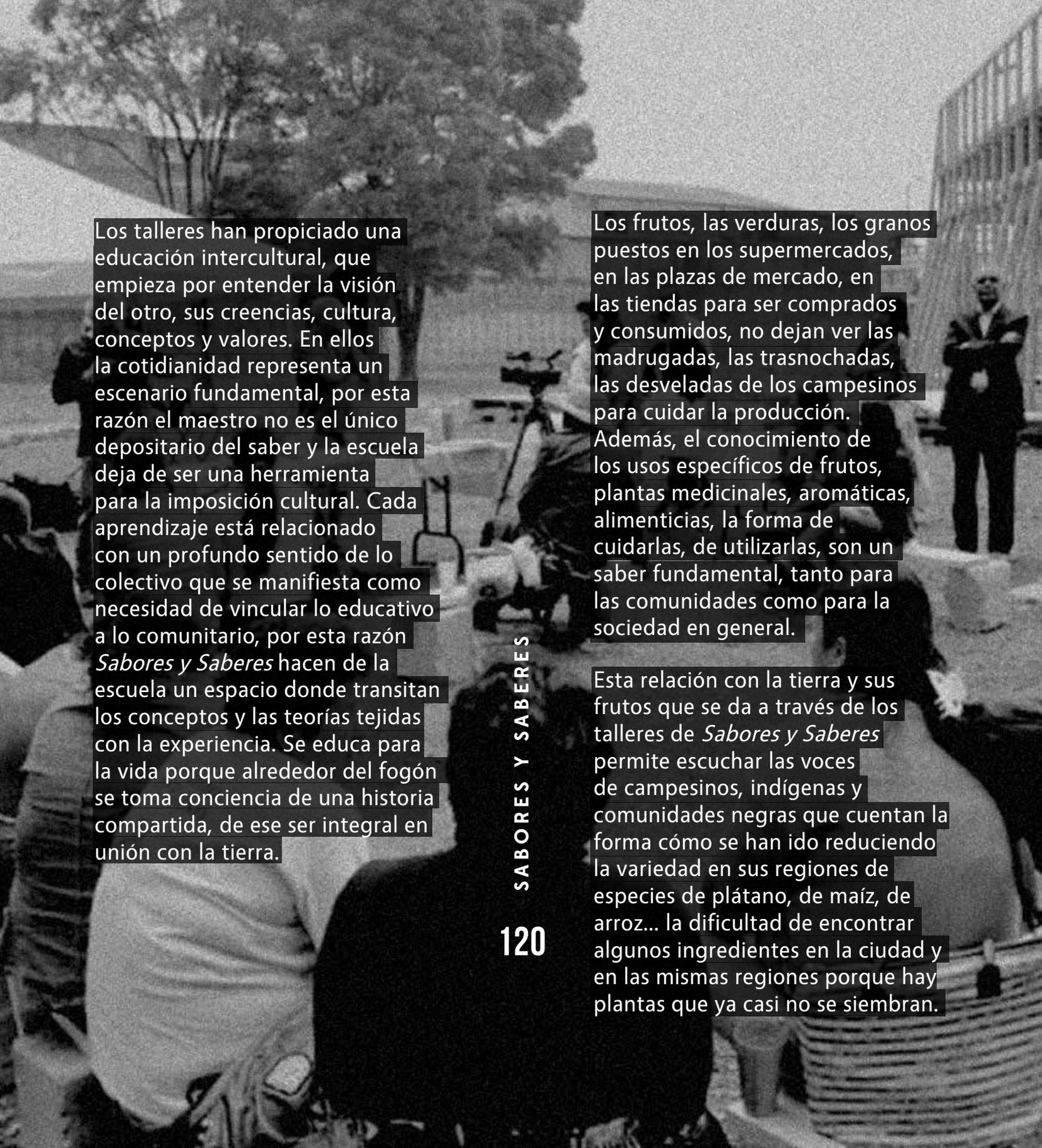
Los encuentros también han llevado a los participantes a hacer recorridos por los territorios urbanos compartiendo los saberes y sabores no solo entre los desarraigados, sino con los habitantes nativos e históricos de Bogotá, que también han compartido sus memorias desde la historia de sus barrios y la llegada de muchas personas del campo; historias que tienen sus inicios en la violencia bipartidista desde los años 40. En los encuentros se cuenta la historia antes, durante y después de los hechos victimizantes y propician espacios para compartir con la ciudadanía en general.

Sabores y Saberes se convierte en un espacio para hacer pedagogía de la memoria por medio de talleres en colegios, universidades, plazas públicas y en eventos internacionales como la *Cumbre de Arte y Cultura para la paz*.

En los talleres realizados en los colegios se busca que los niños, las niñas y los jóvenes conozcan semillas, frutos, platos específicos de regiones diversas de Colombia, la forma cómo el conflicto armado los ha afectado y la importancia de su conocimiento para construir una cultura de paz. Para lograr este objetivo se fue armando el *Árbol de la memoria*, que quedó plasmado en una tela en la que se fueron pegando los mensajes construidos por docentes y estudiantes en cada uno de los talleres.



En la primera sesión se armó el Árbol con retazos de tela; en la segunda se dieron a conocer frutas de diferentes regiones del país; en la tercera se presentaron semillas, sus nombres, usos, la importancia que tiene la diversidad de especies para las comunidades y los impactos que han generado las semillas transgénicas. En las siguientes sesiones se desarrollaron conversatorios sobre las regiones de donde provienen algunos estudiantes, sus platos típicos y el origen de sus ingredientes. En cada encuentro se compartían bebidas, postres y platos que permitían conocer la diversidad de recetas. Estos diálogos propiciaron procesos de investigación tanto para los talleristas como para los estudiantes.



Los talleres han propiciado una educación intercultural, que empieza por entender la visión del otro, sus creencias, cultura, conceptos y valores. En ellos la cotidianidad representa un escenario fundamental, por esta razón el maestro no es el único depositario del saber y la escuela deja de ser una herramienta para la imposición cultural. Cada aprendizaje está relacionado con un profundo sentido de lo colectivo que se manifiesta como necesidad de vincular lo educativo a lo comunitario, por esta razón *Sabores y Saberes* hacen de la escuela un espacio donde transitan los conceptos y las teorías tejidas con la experiencia. Se educa para la vida porque alrededor del fogón se toma conciencia de una historia compartida, de ese ser integral en unión con la tierra.

SABORES Y SABERES

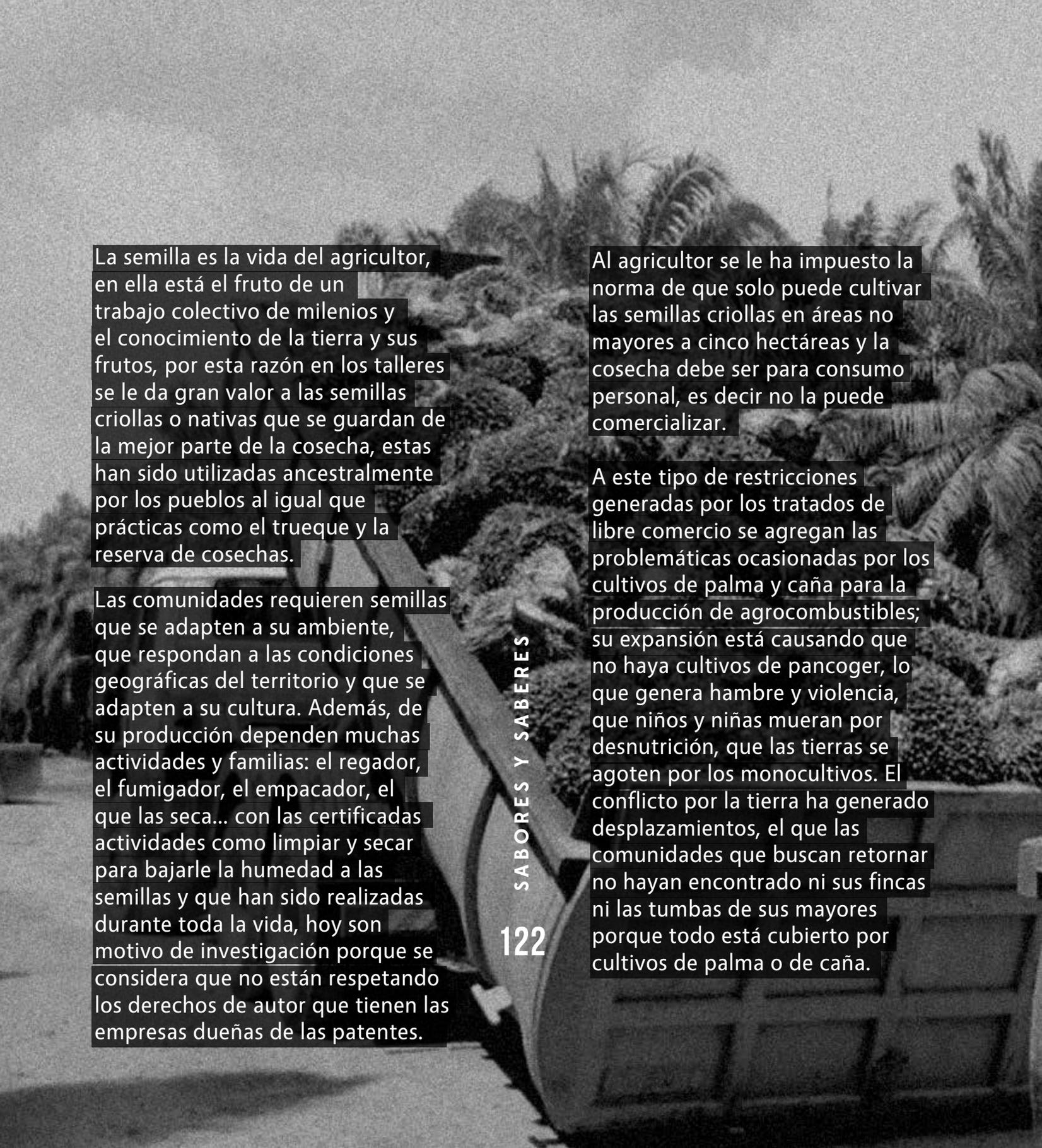
120

Los frutos, las verduras, los granos puestos en los supermercados, en las plazas de mercado, en las tiendas para ser comprados y consumidos, no dejan ver las madrugadas, las trasnochadas, las desveladas de los campesinos para cuidar la producción. Además, el conocimiento de los usos específicos de frutos, plantas medicinales, aromáticas, alimenticias, la forma de cuidarlas, de utilizarlas, son un saber fundamental, tanto para las comunidades como para la sociedad en general.

Esta relación con la tierra y sus frutos que se da a través de los talleres de *Sabores y Saberes* permite escuchar las voces de campesinos, indígenas y comunidades negras que cuentan la forma cómo se han ido reduciendo la variedad en sus regiones de especies de plátano, de maíz, de arroz... la dificultad de encontrar algunos ingredientes en la ciudad y en las mismas regiones porque hay plantas que ya casi no se siembran.



Los campesinos y las comunidades ancestrales se han visto obligados a comprar y sembrar semillas certificadas, la mayoría de ellas de empresas multinacionales como Monsanto, Dupont y Syngenta que tienen y reclaman los derechos sobre ellas. Estas empresas también producen los productos que requieren las semillas, las cuales solo se pueden sembrar una vez y en una sola cosecha. Guardar semillas tiene consecuencias económicas.



La semilla es la vida del agricultor, en ella está el fruto de un trabajo colectivo de milenios y el conocimiento de la tierra y sus frutos, por esta razón en los talleres se le da gran valor a las semillas criollas o nativas que se guardan de la mejor parte de la cosecha, estas han sido utilizadas ancestralmente por los pueblos al igual que prácticas como el trueque y la reserva de cosechas.

Las comunidades requieren semillas que se adapten a su ambiente, que respondan a las condiciones geográficas del territorio y que se adapten a su cultura. Además, de su producción dependen muchas actividades y familias: el regador, el fumigador, el empacador, el que las seca... con las certificadas actividades como limpiar y secar para bajarle la humedad a las semillas y que han sido realizadas durante toda la vida, hoy son motivo de investigación porque se considera que no están respetando los derechos de autor que tienen las empresas dueñas de las patentes.

Al agricultor se le ha impuesto la norma de que solo puede cultivar las semillas criollas en áreas no mayores a cinco hectáreas y la cosecha debe ser para consumo personal, es decir no la puede comercializar.

A este tipo de restricciones generadas por los tratados de libre comercio se agregan las problemáticas ocasionadas por los cultivos de palma y caña para la producción de agrocombustibles; su expansión está causando que no haya cultivos de pancoger, lo que genera hambre y violencia, que niños y niñas mueran por desnutrición, que las tierras se agoten por los monocultivos. El conflicto por la tierra ha generado desplazamientos, el que las comunidades que buscan retornar no hayan encontrado ni sus fincas ni las tumbas de sus mayores porque todo está cubierto por cultivos de palma o de caña.

Los Talleres llevan a tejer redes entre memorias personales de dolor, la forma cómo el conflicto armado rompe espacios de encuentro, de transmisión de saberes ancestrales y con procesos colectivos de resistencia y construcción. *Sabores y Saberes* recupera espacios esenciales como la arquitectura de la cocina en la que existen lugares especiales para guardar los tiestos y los trastos, los granos y las verduras, en la que se recupera el conocimiento que se tiene sobre la tierra, los territorios y sus frutos alrededor de un plato y el fogón, ingredientes fundamentales para la paz.

LA MEMORIA



Marcela Ospina

Somos seis hermanos, tengo dos hermanas y tres hermanos varones, yo soy la cuarta de mi familia. Y están mis padres. Soy de Bogotá.

Desde los ocho años trabajé con mi papá, él tenía viveros de flores, de rosas, y me pagaba dos pesos por cada bolsa que llenara de tierra, pero también íbamos a plantar jardines en lugares como Ciudad Montes y Santa Matilde Cortaba los pedazos y yo le ayudaba a barrer, a recoger y llenar las bolsas de pasto. Era como un juego, jamás fue una carga. Luego me llevaba a comer galletas, compraba una torta grandísima y siempre era feliz al llegar a la casa.

Me gustaba trabajar con mi papá. No esperaba que él preguntara quién lo iba a hacer sino que yo lo hacía, primero porque me pagaba y siempre tenía un ahorro, pero también por el hecho de poder planear qué hacer con el dinero, y estar siempre rodeada de mucha gente.

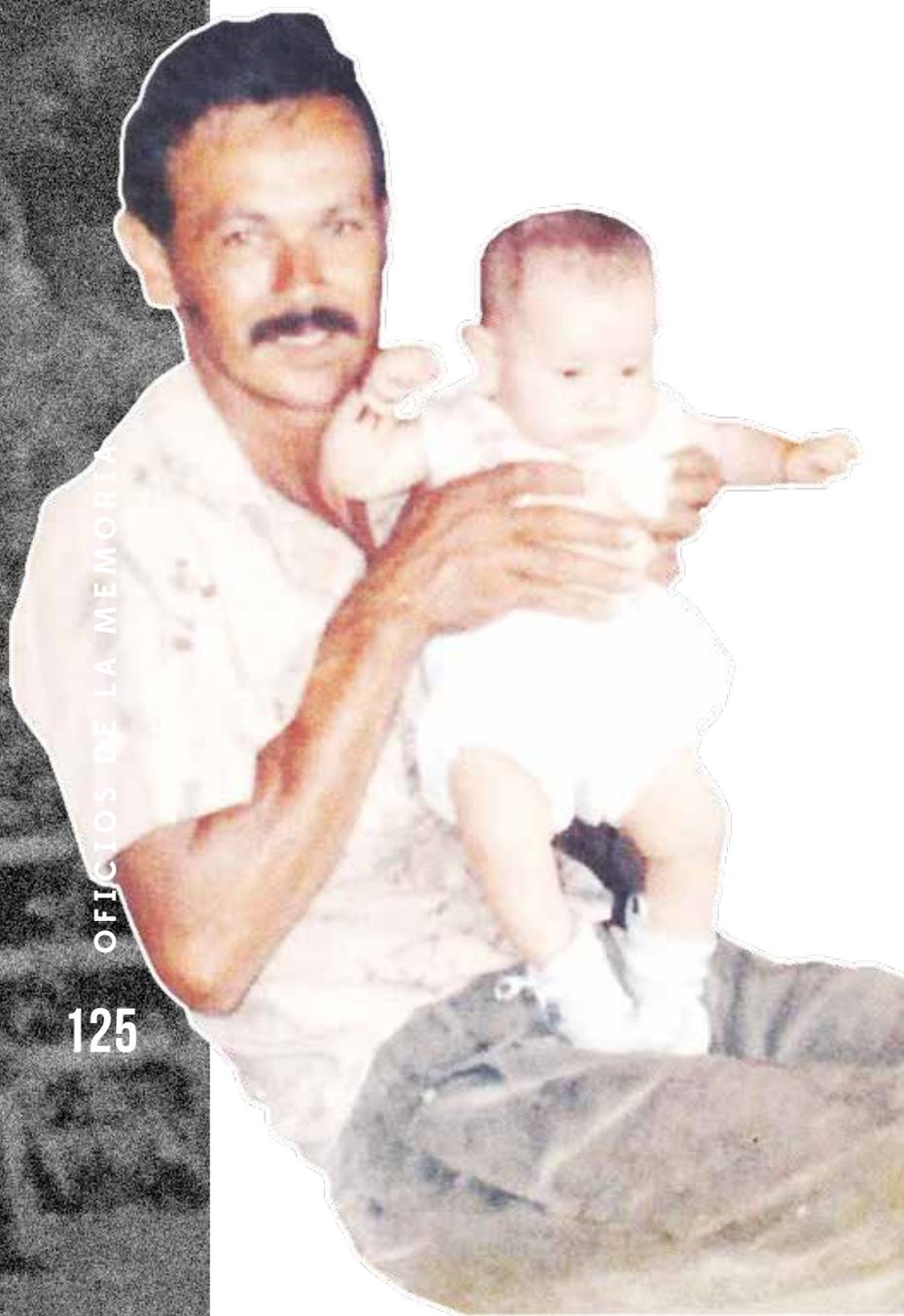
Mi papá tenía unas extensiones de tierra en Bogotá, aparte de los viveros, y por no pagar una de las cuotas el señor le dijo que había incumplido las cláusulas, le puso un abogado y perdió las tierras, esa fue la primera tierra que perdió.

MARCELA OSPINA

Luego sostuvimos el vivero en varias partes de Bogotá, pero era muy difícil porque la tierra no era propia, entonces no se podía sembrar. Fue así como comenzó una quiebra financiera.

Tenía unas plantaciones de naranja en Vianí, Cundinamarca, pero comenzó a perder y perder y perder, eso le generó el primer pre-infarto y comenzó con un proceso físico y psicológico de no levantarse.

Luego compró una pequeña tierra en un lugar que ahora se llama Tiguaque, donde hace mucho frío y aparte era muy lejos de Bogotá, más allá del kilómetro 10 vía Villavicencio. Una persona le ofreció 300 hectáreas y le dijo que había café, yuca, plátano y que era bueno. Mi papá se fue para Florencia, Caldas, y se enamoró de esa tierra.





MARCELA OSPINA

126

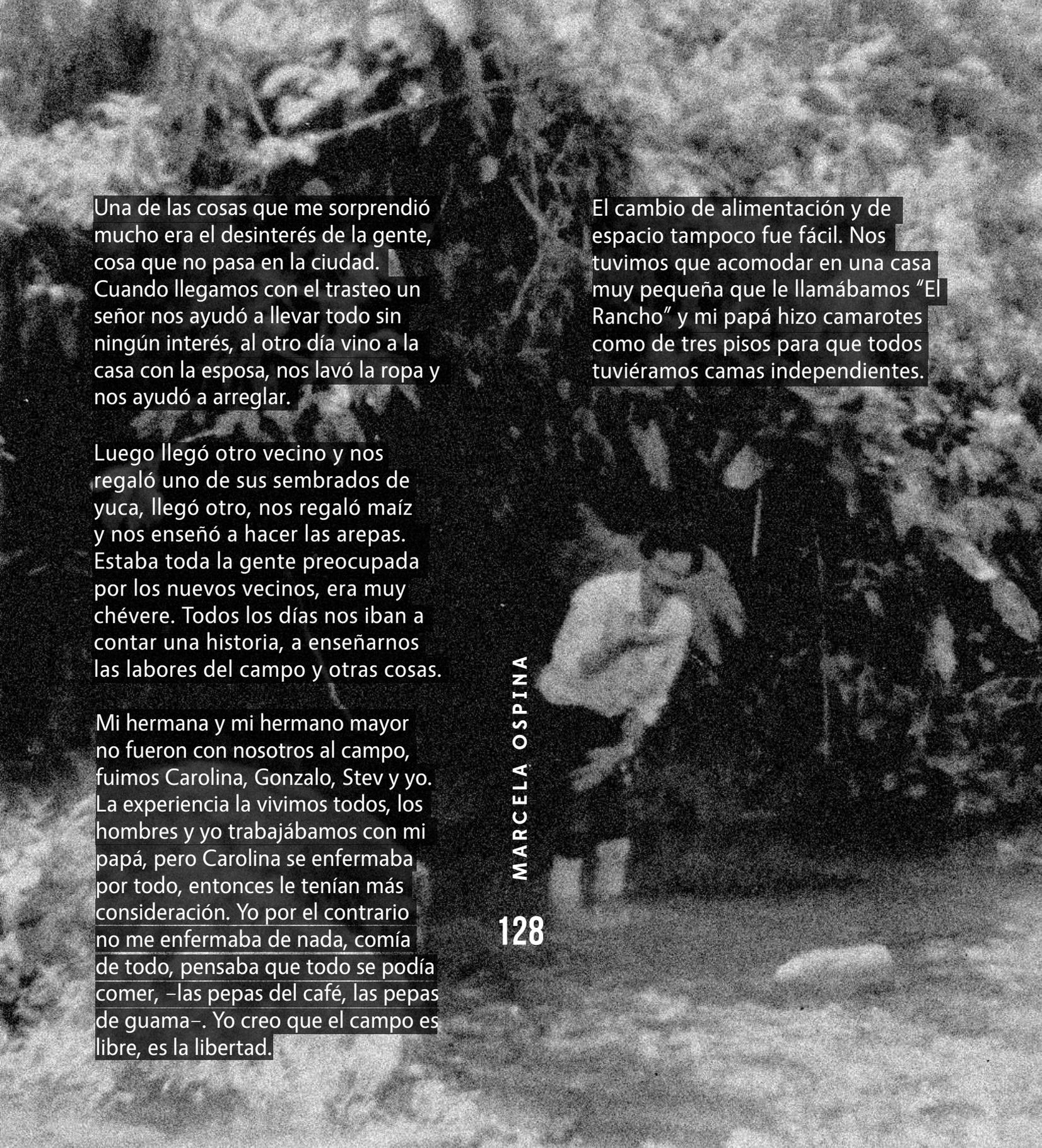
Cuando nos fuimos para Florencia yo tenía doce años, estaba haciendo sexto, iba para séptimo de bachillerato. Yo estaba muy molesta con mi papá, pues no quería irme, y además me había sacado el mejor Icfes en Bogotá. En esa época se hacía el Icfes en quinto de primaria y con eso yo me había ganado una beca de Nydia Quintero, quien estaba en duelo por la muerte de su hija. Entonces no pagábamos nada y era un buen colegio. Yo no me quería ir.

Mi maestra de español le propuso a mi papá que me dejara con ella porque era muy buena estudiante, pero mi papá le dijo que no, que él no iba a dejar una hija suya.

Cuando llegamos al campo no había nada que hacer, aparte eran ocho horas del pueblo a la finca. Florencia, Caldas, o el viejo Caldas, son montañas, hay que subir y bajar.

Había muchas cosas nuevas: cuando vivíamos en la ciudad mis padres no pasaban tiempo con nosotros, siempre estaban trabajando, llegábamos a la casa y estábamos solos, pero allí teníamos papás de tiempo completo.

No fue fácil adaptarnos, me acuerdo que yo lloraba y renegaba, así como por dos meses, y le decía, "¿pero por qué nos trajiste acá?" No había tanta carne y otras cosas que hay acá. Solo comprábamos sal y manteca, no teníamos para nada más y no sabíamos hacer la miel que hacen los campesinos; entonces tomábamos todo el tiempo "guarapo" y siempre teníamos dolores de estómago. Me acuerdo que el que se encontrara un puñado de bananos no lo quería compartir. Fue como una aventura. Luego empezamos a disfrutar la amabilidad de la gente.



Una de las cosas que me sorprendió mucho era el desinterés de la gente, cosa que no pasa en la ciudad.

Cuando llegamos con el trasteo un señor nos ayudó a llevar todo sin ningún interés, al otro día vino a la casa con la esposa, nos lavó la ropa y nos ayudó a arreglar.

Luego llegó otro vecino y nos regaló uno de sus sembrados de yuca, llegó otro, nos regaló maíz y nos enseñó a hacer las arepas. Estaba toda la gente preocupada por los nuevos vecinos, era muy chévere. Todos los días nos iban a contar una historia, a enseñarnos las labores del campo y otras cosas.

Mi hermana y mi hermano mayor no fueron con nosotros al campo, fuimos Carolina, Gonzalo, Stev y yo. La experiencia la vivimos todos, los hombres y yo trabajábamos con mi papá, pero Carolina se enfermaba por todo, entonces le tenían más consideración. Yo por el contrario no me enfermaba de nada, comía de todo, pensaba que todo se podía comer, –las pepas del café, las pepas de guama–. Yo creo que el campo es libre, es la libertad.

El cambio de alimentación y de espacio tampoco fue fácil. Nos tuvimos que acomodar en una casa muy pequeña que le llamábamos “El Rancho” y mi papá hizo camarotes como de tres pisos para que todos tuviéramos camas independientes.

MARCELA OSPINA

128

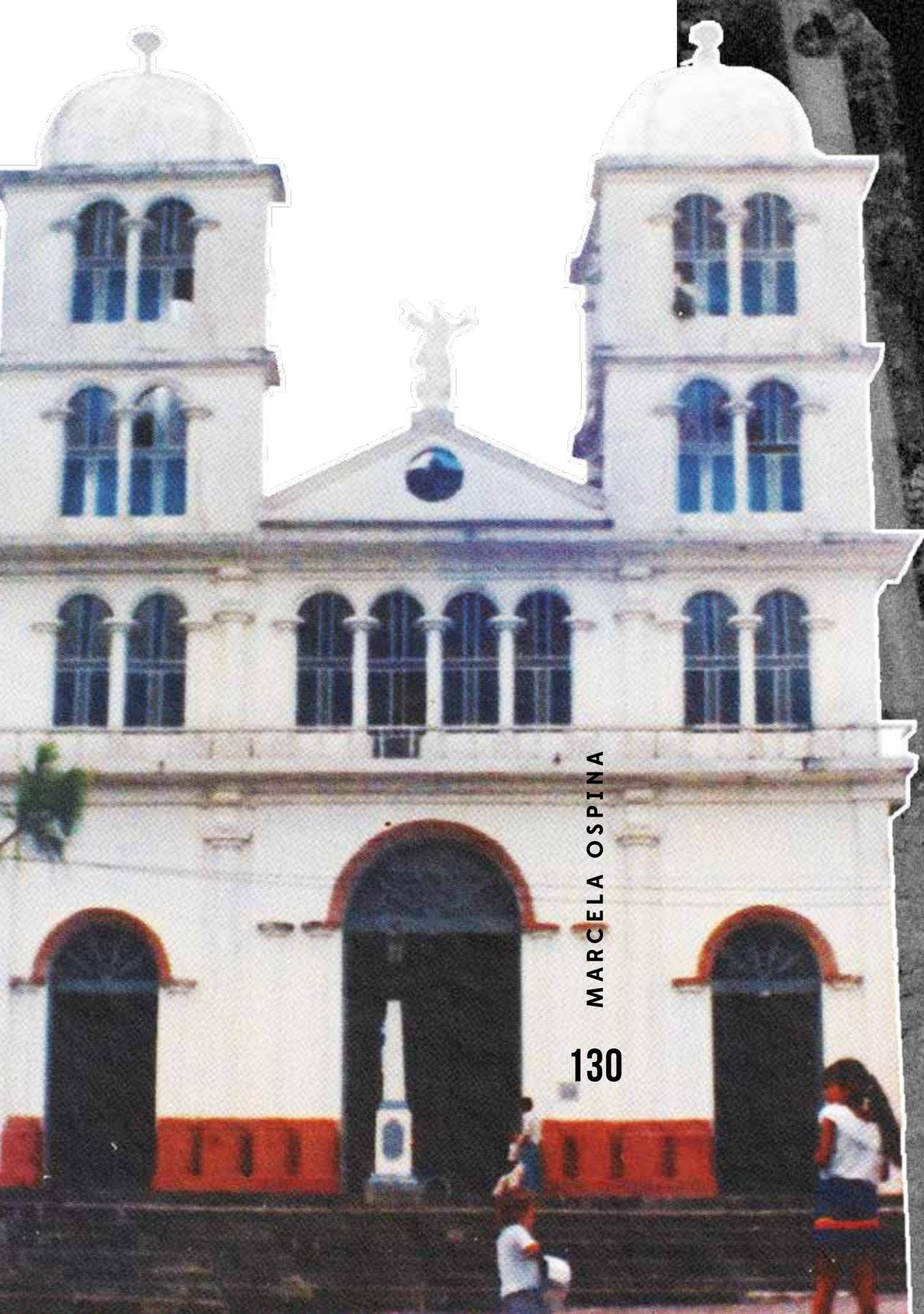


OFICIOS DE LA MEMORIA

129

Nos tuvimos que enfrentar a cosas que nunca habíamos visto, como las serpientes. Una noche las hormigas nos invadieron la casa y nos tuvimos que levantar a matarlas. No entendíamos qué pasaba, en la mañana le preguntamos a los vecinos y ellos nos dijeron que se llama la ronda y nos advirtieron: "Ustedes se quedan dormidos, no hacen nada, las hormigas entran, hacen limpieza y ya, eso solo pasa dos veces al año".

La convivencia creo que fue lo mejor que hemos tenido, o sea, ver que hay tantas personas y tantas manos dispuestas y como que quieren conocer. Iban a que les contáramos qué era un edificio, qué era una calle.



MARCELA OSPINA

130

Después de dos años ya éramos parte normal de ellos, ya íbamos a la tertulia para contar historias en la noche, la gente llega a la casa de uno sin llamar ni nada. Una de las cosas más duras era que no había luz y nosotros en Bogotá teníamos una tele... Mi papá compraba pilas para la grabadora y duraban muy poco. No teníamos medios de comunicación.

Nadie en la zona tenía luz, por eso se volvía tan interesante encontrarse a contar historias, a hablar, a estar en comunidad y en los caminos se iba uno con linterna o con una vela; uno alcanzaba a ver por la montaña cómo iba caminando la vela.

El domingo todos íbamos a la escuela a jugar fútbol y a reunirnos con la gente. Ese era el día que uno se bañaba bien, ya no usaba las botas de trabajo sino que nos encontrábamos limpios, como que chévere, poniéndose la mejor ropa.

A mi mamá le costó un poco más adaptarse, peleaba y siempre estaba brava, renegando del campo.

Llega un momento en que no tienes lo de la ciudad, comerse un huevo a la semana era un privilegio, de hecho cuando cumplíamos años nos daban un huevo con una vela, era muy chistoso pero muy lindo. Lo pequeño se vuelve lo más grande.

Mi mamá empezó a sembrar sus cebollas, sus colas de cebolla, y hubo algo que después de dos años la ayudó a adaptarse: encontró una labor de servicio, le pagaban muy poco, pero le pagaban. Se convirtió en la partera del pueblo, porque ella viene de generación de parteras.

Iba muy lejos a sobar a las señoras, a revisarles su bebé, y yo iba con ella. Luego la llamaban al momento del bebé y algunas veces la acompañé. A mí me tocaba recibir ese bebé y metérmelo entre la ropa, así como estaba, y ayudarlo, limpiarlo, vestirlo. Era otra experiencia.

Después no solo atendía los partos, sobaba a las personas que se luxaban y sacaba esos gusanos horribles de la piel. Mi mamá siempre ha sido muy fuerte, es muy valiente, no siente miedo de las culebras. Es campesina de una región muy cercana, las costumbres eran similares y empezó a compartir esas costumbres paisas. En tres años ya estaba bien.

Yo ya no iba a la escuela porque era la más avanzada de mi vereda. Había hecho séptimo en Bogotá y en el pueblo el que terminaba quinto era muy inteligente; el bachillerato no era importante, nadie lo hacía. Yo logré terminar el bachillerato porque iba al pueblo para hacer una validación los sábados.

MARCELA OSPINA

132

Fue mucho esfuerzo porque eran cuatro horas de ida y cuatro de venida, tenía que estar en el pueblo a las 9 de la mañana. Mi papá siempre decía que no lo iba a lograr, pero le pedí que me diera la oportunidad. Salía de la casa a las 3 de la mañana, cuando estaba oscuro, y realmente el campo es muy tenebroso, uno escucha de todo, me arriesgaba a encontrarme con una culebra.

Tenía que correr mucho, siempre iba corriendo, hacía una parada en un lugar que se llama Santa Rosa, que es un guayabal, me sentaba un rato a descansar y a comer muchas guayabas. Mi mamá me empacaba en una botella de Ron Viejo de Caldas agua de panela, esa era mi lonchera.

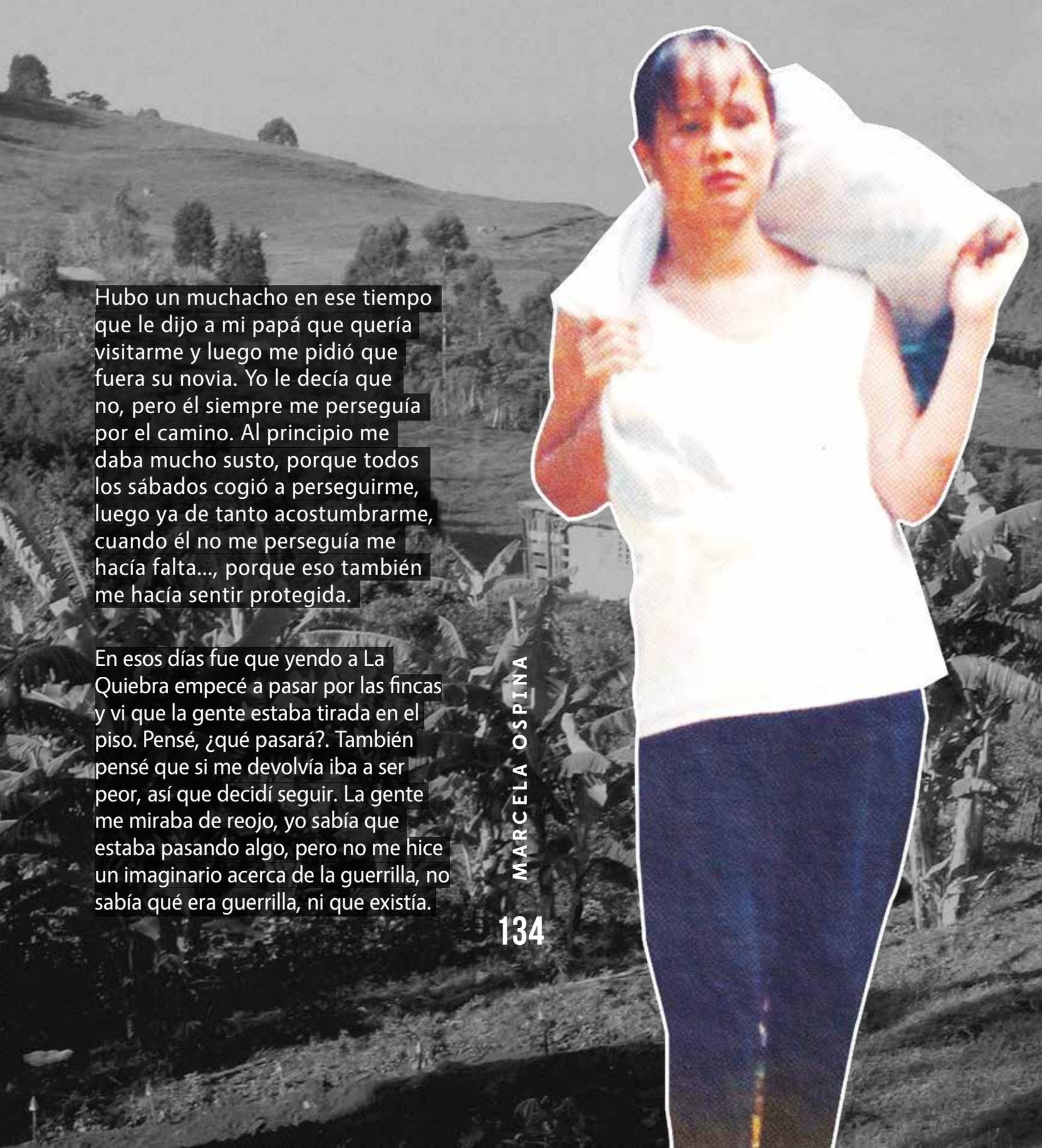


Había un lugar que se llamaba *El Chochal*, ahí cogías la *escalera*, que era un bus viejo, y te ahorrabas más o menos hora y media de camino, pero no siempre tenía plata para eso.

Un día caí en un campamento guerrillero por irme por otro camino que se llamaba *La Quebra*.

Era tiempo de cosecha y mi mamá me daba la pasilla para que comprara algo en el pueblo o pudiera coger la *escalera* y no el camino largo, que era el de Santa Rosa, sino el de La Quebra.



A woman with dark hair, wearing a white tank top and dark leggings, is carrying a large white sack on her right shoulder. She is standing in a rural landscape with hills and trees in the background. The image has a halftone or dithered texture.

Hubo un muchacho en ese tiempo que le dijo a mi papá que quería visitarme y luego me pidió que fuera su novia. Yo le decía que no, pero él siempre me perseguía por el camino. Al principio me daba mucho susto, porque todos los sábados cogió a perseguirme, luego ya de tanto acostumbrarme, cuando él no me perseguía me hacía falta..., porque eso también me hacía sentir protegida.

En esos días fue que yendo a La Quebra empecé a pasar por las fincas y vi que la gente estaba tirada en el piso. Pensé, ¿qué pasará?. También pensé que si me devolvía iba a ser peor, así que decidí seguir. La gente me miraba de reojo, yo sabía que estaba pasando algo, pero no me hice un imaginario acerca de la guerrilla, no sabía qué era guerrilla, ni que existía.

MARCELA OSPINA



Los días anteriores sí bajó mucha gente extraña por los caminos, gente que no conocíamos, muchos muchachos que venían con su escopeta, tampoco conocía yo un fusil.

Me empezó a dar mucho susto y la gente me indicaba con la mirada que no me devolviera y yo entendía el lenguaje muy bien. Luego me cogieron, me tiraron al piso y me empezaron a esculcar la maleta, era un niño, era el primer niño que me cogió y me hizo el pare, como de doce años. Yo creo que nunca me voy a olvidar de él, tenía los ojos más grandes de lo normal y era muy delgado.

Se reía mucho y me hostigaba con su fusil. Otros me tocaron para esculcarme, muy mal, a mí en ese tiempo nadie me había tocado y fue horrible y siempre sientes como que no puedes hacer nada.



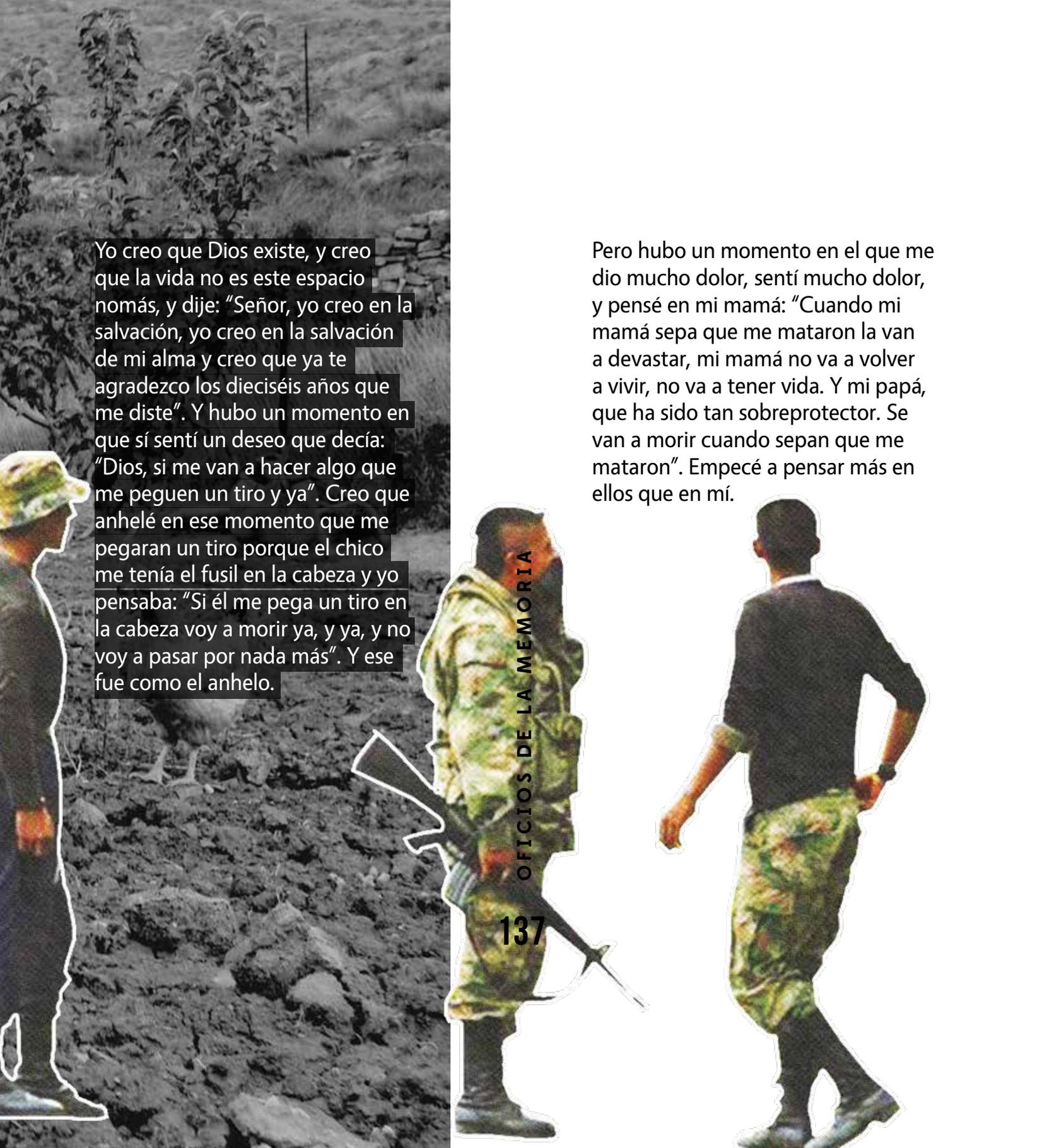
Me preguntaron que si era de ahí, yo les dije que vivía ahí. "Somos bogotanos", le dije, y le señalé donde vivíamos. Empezaron a averiguar y dijo el comandante que era sospechosa, porque como no llevaba tanto tiempo no hablaba con acento caldense.

Mi mamá siempre esperaba que yo llegara como a un lugar plano en el camino y le hiciera señas con un pañuelito que me daba. Es de esas mujeres que genera las miles de estrategias para que haya bienestar y para estar segura.

MARCELA OSPINA

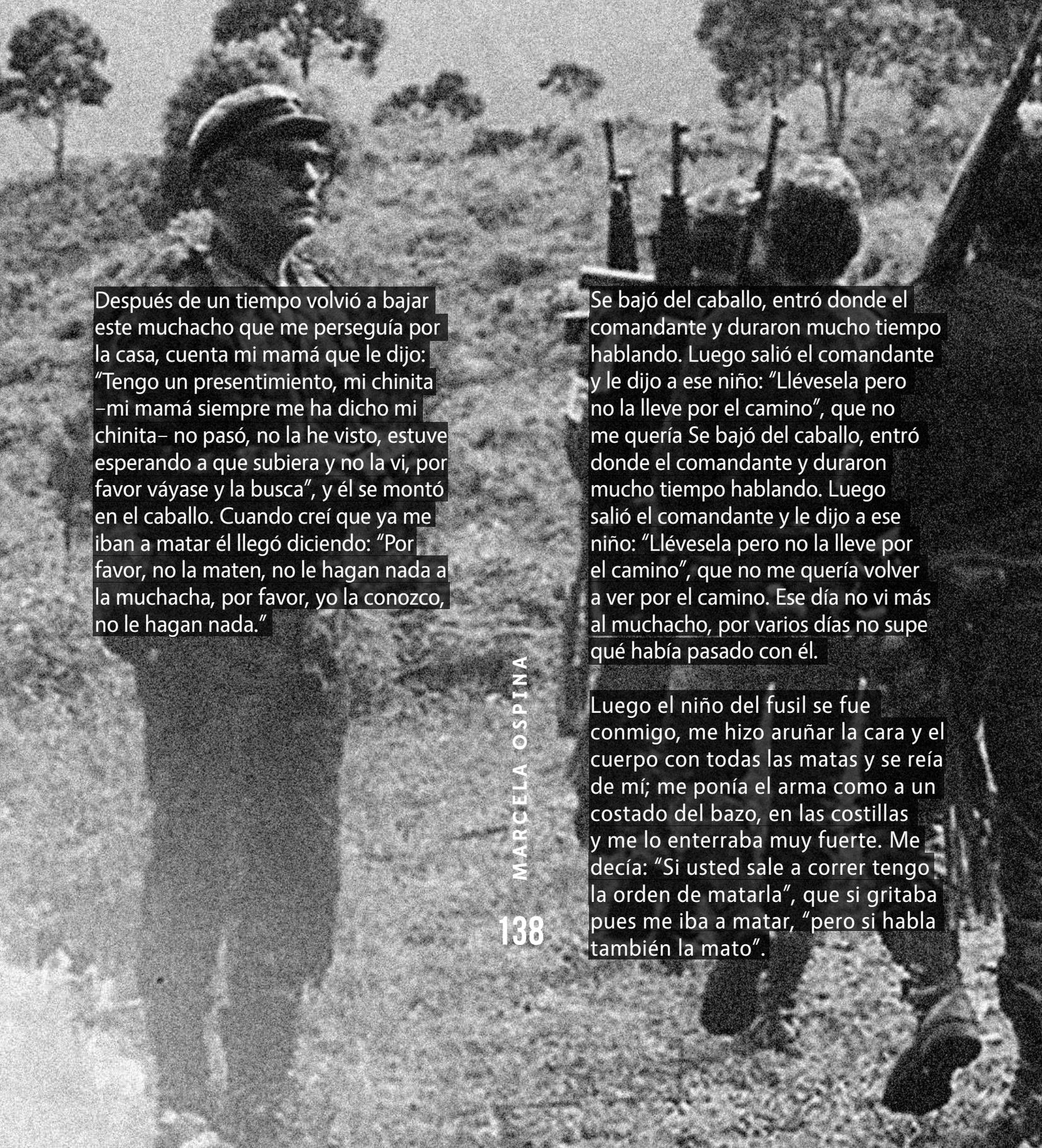
"Somos el frente 49 de las FARC", dijeron, y que luchaban por los intereses del pueblo, que defendían a la población, que venían a que se colocara orden. Y tú dices como, ¡qué orden si vivimos en paz y en orden! Luego te tiran al piso y te dan una golpiza, te quitan tus cosas, te las revisan, te meten el fusil por las costillas, se ríen..., y tus vecinos en el piso mientras ellos cocinan en sus casas y se comen sus gallinas.

Luego salió una persona y le preguntaron: "¿Qué hacemos con la muchacha?". Y él dijo: "Hagan con ella lo que quieran". Cuando vi que venían muchas personas recuerdo que cerré los ojos, no pronuncié ni una palabra –y yo siempre he hablado mucho, siempre he hablado bastante–.



Yo creo que Dios existe, y creo que la vida no es este espacio nomás, y dije: "Señor, yo creo en la salvación, yo creo en la salvación de mi alma y creo que ya te agradezco los dieciséis años que me diste". Y hubo un momento en que sí sentí un deseo que decía: "Dios, si me van a hacer algo que me peguen un tiro y ya". Creo que anhelé en ese momento que me pegaran un tiro porque el chico me tenía el fusil en la cabeza y yo pensaba: "Si él me pega un tiro en la cabeza voy a morir ya, y ya, y no voy a pasar por nada más". Y ese fue como el anhelo.

Pero hubo un momento en el que me dio mucho dolor, sentí mucho dolor, y pensé en mi mamá: "Cuando mi mamá sepa que me mataron la van a devastar, mi mamá no va a volver a vivir, no va a tener vida. Y mi papá, que ha sido tan sobreprotector. Se van a morir cuando sepan que me mataron". Empecé a pensar más en ellos que en mí.



Después de un tiempo volvió a bajar este muchacho que me perseguía por la casa, cuenta mi mamá que le dijo: "Tengo un presentimiento, mi chinita -mi mamá siempre me ha dicho mi chinita- no pasó, no la he visto, estuve esperando a que subiera y no la vi, por favor váyase y la busca", y él se montó en el caballo. Cuando creí que ya me iban a matar él llegó diciendo: "Por favor, no la maten, no le hagan nada a la muchacha, por favor, yo la conozco, no le hagan nada."

MARCELA OSPINA

138

Se bajó del caballo, entró donde el comandante y duraron mucho tiempo hablando. Luego salió el comandante y le dijo a ese niño: "Llévesela pero no la lleve por el camino", que no me quería. Se bajó del caballo, entró donde el comandante y duraron mucho tiempo hablando. Luego salió el comandante y le dijo a ese niño: "Llévesela pero no la lleve por el camino", que no me quería volver a ver por el camino. Ese día no vi más al muchacho, por varios días no supe qué había pasado con él.

Luego el niño del fusil se fue conmigo, me hizo arañar la cara y el cuerpo con todas las matas y se reía de mí; me ponía el arma como a un costado del bazo, en las costillas y me lo enterraba muy fuerte. Me decía: "Si usted sale a correr tengo la orden de matarla", que si gritaba pues me iba a matar, "pero si habla también la mato".

A black and white photograph of soldiers in a field, with a cutout of a person in a red shirt and white pants in the foreground. The cutout figure is holding a long stick or pole. The background shows soldiers in military gear, including helmets and rifles, in a field setting.

Me fui para el pueblo y me devolví,
llegué a la casa y le dije a mi mamá que
todo estaba bien, que había llegado
temprano porque me había rendido.
Estuve pensando muchos días.

Me faltaban quince días para terminar
la validación, ya íbamos a terminar
pero el Icfes no recibía formularios,
pasaron esos 15 días y volvieron y nos
dijeron que en quince días. Yo siempre
estaba con el anhelo contando los
días y los días. Me faltaban como dos
semanas para culminar el grado once.



MARCELA OSPINA

140

Luego volví a estudiar pero ya no me fui por ese camino. Por segunda vez busqué a una amiga, Mery, a la que le conté un poco lo que me había pasado y le dije que quería terminar de estudiar pero no sabía cómo hacer, que me daba susto que me cogieran en otro camino y me prohibieran la ida al pueblo. Ella me dijo que me iba a ayudar.

El muchacho que me perseguía en esos días después de lo que pasó se fue, yo creo que se fue por mí, y que le pusieron condiciones. Tal vez... Nunca supe la verdad, nunca lo volví a ver, ya no había quién me persiguiera y me cuidara.

Luego mi papá cogió otra finca –que estaba enseguida– para cuidarla; yo le ayudé a manejar esa finca y a los obreros. Económicamente ya estábamos un poco estables, entonces compramos la finca en la vereda La Italia. Se llamaba finca El Rubí y quedaba veinte minutos más para adentro; antes vivíamos en la vereda Guayaquil.



Doña Mery me ayudó a conseguir un trabajo en un granero, que era el de don José Arango, quien me dijo que tenía que lavar la ropa y cocinarle a los empleados.

Me dijo: "Este va a ser su cuarto", y que iba a tener todo independiente y me iba a pagar ciento cincuenta mil pesos. Era mucha plata, y yo le dije que iba a hablar con mis padres; pero era convencerlos porque el estudio se había alargado un mes más, los formularios del Icfes eran para agosto y estábamos apenas en junio.

Hablé con mi papá: que me dejara ese mes, que faltaba otro mes de estudio, y él decía, "pero dices que quince días y luego que veinte y luego que un mes". Y a mí me tocaba, "mira, papi, no depende de mí, pero yo te ayudo con lo que te hace falta con la finca". Trabajé como veinte días.



MARCELA OSPINA

142

Ahí conocí a un muchacho que se llamaba Robinson. Pasábamos mucho tiempo juntos y hacíamos planes. Nos sentábamos todas las tardes y generamos estrategias para levantar un *Hogar Campesino*; iba a ser un lugar a donde pudieras ir y te pagaran todo si no tenías, como un internado, soñábamos con armar la casa. Soñábamos que él iba a ser el ingeniero y que yo podía ser la profesora o la médica y lo que íbamos a darle al pueblo, cómo íbamos a levantar nuestro pueblo...

Creo que yo me adapté fácil, el trabajo no era tan complicado, lavar la ropa de los trabajadores era fácil, tenían uniforme, aprendí a cocinar, aprendí a hacer la sopa de avena y el caldo de tortilla de huevo.

El ejército estuvo siempre en el pueblo, y una mañana salió como a las nueve de la mañana, estábamos todos ahí en el granero. Don José dijo: "Ve, qué raro, el ejército se fue, pero bueno, como aquí nunca pasa nada...". Esa frase la tengo grabada. El ejército iba limpio, con sus botas normales, las que usan ellos, de material, iban bien peluqueados.

Luego por la tarde, como a las 6:00 que ya estaba oscureciendo, el ejército volvió a entrar. Tenían en ese tiempo el camuflado ese que eran las manchitas como verdosas, como cafés, pero venían muy sucios, con el cabello largo y botas de caucho que venían muy sucias, estaban sudados. Don José se quedó mirándolos y luego bajó la cabeza, nosotros nos dimos cuenta y seguimos trabajando.

Entraron al granero y uno de ellos sacó unas alhajas, una cadenita, unos anillos, eran unas prendas y le dijo a don José: "Hombre, ¿me presta por esto?", y él lo miro y lo pesó y dijo: "Esto da como quince mil pesos", el hombre le dijo: "Deme 30". Don José le dijo que pesaban 25 mil pesos y el hombre le dijo que bueno, así hicieron el cambio.

A black and white photograph of a person lying on a bed in a room. The person is wearing a blue top and dark pants. The room has a window and a door in the background. The lighting is dim, and the overall mood is somber.

Don José esperó un rato y nos llamó a la cocina “¿ya está la comida?”. Eran las seis y poquito y comíamos a las siete y media. “La guerrilla se metió”, nos mostró las prendas y nos dijo: “Esto no es oro, yo les presté esa plata como si no pasara nada”, y me dijo: “China, haga la comida más rápido, sírvanos a las siete y a las siete y media todos a la cama, media hora más temprano. Si escuchan algo raro, ruidos fuertes se tiran al piso y se tiran el colchón encima, no prendan las luces y no bajan las cisternas, si ven que la cosa se pone muy mal no se levanten, no salgan a gritar ni vayan a abrir las puertas, no hagan ruido”.

Como a las doce de la noche, tal vez, no sé qué hora era, sentí que la casa se movió y cayeron como pedazos de tabla. Sonó muy, muy, pero muy duro y yo lo que hice fue tirarme al piso y ponerme el colchón... “¡No! acá nos morimos”, dije. Queda uno sordo, estar sordo es enloquecerse, porque uno no sabe pa´ donde coger, no te puedes parar. Yo hice tal cual como dijo don José.

MARCELA OSPINA

Empecé a escuchar a la gente gritar... sentía que corrían y que gritaban, decían: "¡Volaron la estación! ¡Volaron la estación de policía!". La estación de policía quedaba como a una cuadra doblando. Sonó muy duro, muy, pero muy, muy duro.

Después de eso me quedé dormida y me desperté muy temprano, me quité el colchón de encima y recogí mis cosas. Le dije a Don José que me iba, que por favor me pagara lo que me debía, me acuerdo que me dio los ciento cincuenta mil como si hubiera terminado el mes. Me dijo que le daba susto que me fuera y le dije que a mí me preocupaba más que se fueran a tirar a mis hermanos porque empezaron a recoger a algunos muchachos, que era mi obligación ir a mi casa.

Salí y vi que habían quemado los buses, se veía la humareda en el pueblo, recuerdo una señora que gritaba que habían descuartizado a su hijo, era un compañero mío de trabajo, se llamaba Belisario. La escuché y no me acerqué porque no quería reconocer qué había pasado, pero nunca me puedo olvidar cómo lloraba, yo iba a la tienda de ella los sábados cuando salía de estudiar y ella siempre era muy amable conmigo. No fui al pueblo, estuve a una cuadra y no fui, no quería ver a nadie más que hubiera conocido, muerto.

Esa noche hubo otro cilindro bomba en la Caja Agraria porque se iban a llevar la plata, pero no alcanzaron. Supe que los policías que estaban esa noche murieron también, eran muchachos, eran muy jóvenes, tenían hijos...

Mi mamá estaba en la finca con mis hermanos y mi papá estaba haciendo un trabajo en Bogotá, llevaba ocho días por fuera. Bajé donde el señor de la correspondencia a ver si podía llamar a mi papá pero no, estaba muy bloqueada, no me acordaba el teléfono, es que estaba como mal.

Empecé a correr para la finca, creo que de esas cuatro horas llegué a la casa en tres... ¿Cómo? No lo sé, pero tenía mucho susto, y tenía susto porque ya me habían dicho que no querían verme por ahí otra vez.

MARCELA OSPINA

146





*¡Aquí terminan todos
los mundos
de este mundo.*

Llegué y hablé con mi mamá y me dijo que debía volver al pueblo a comunicarme con mi papá, que teníamos que irnos y que no podía arriesgar a los muchachos porque se los iban a llevar. No sabía si sentirme molesta porque en ese momento mi mamá no me protegiera o si de verdad veía que era más fácil que fuera yo. Finalmente me cambié, me puse las botas y regresé.

Sé que había mucha sangre, no me acuerdo mucho, a veces peleo que la memoria se rompe... El cementerio era un lugar emblemático y enterré muchos conocidos amigos que se murieron, pero no me acuerdo del cementerio a pesar de haber estado ahí.

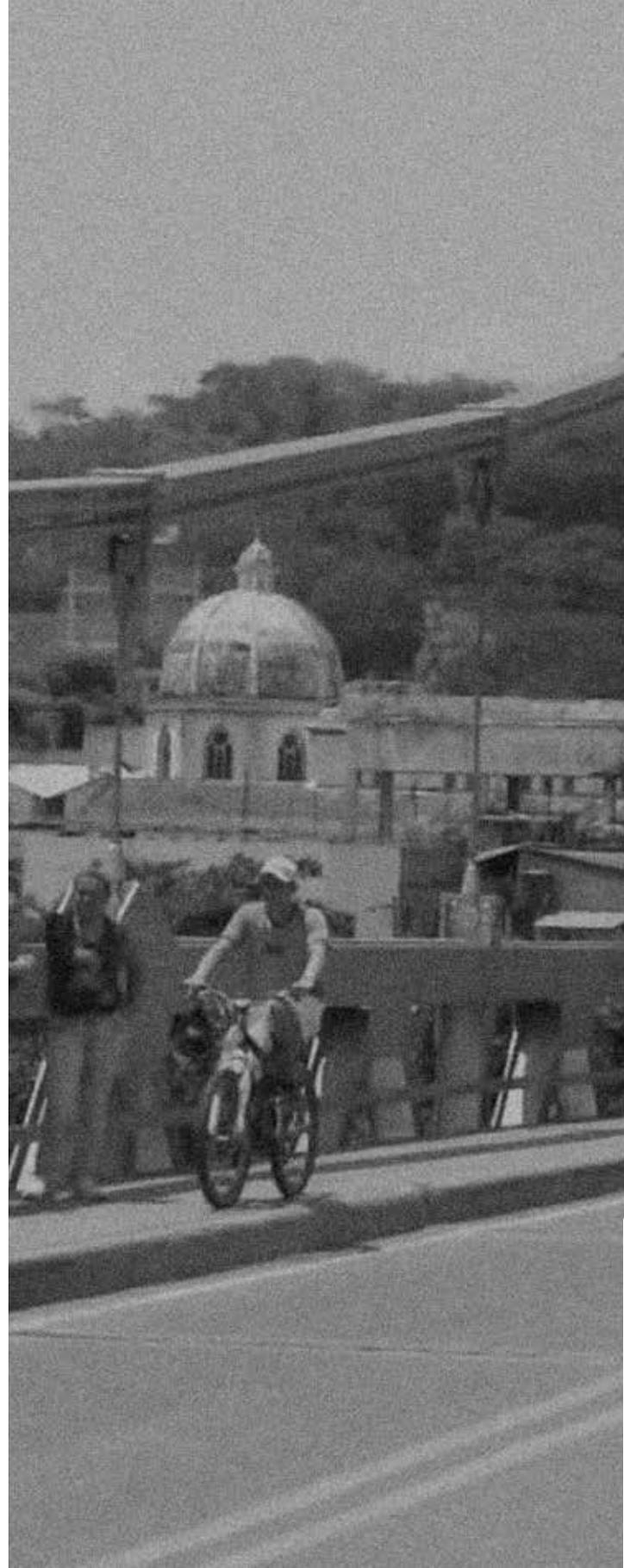
Luego no sé, no me acuerdo cómo me comuniqué con mi papá, le dejé la razón con mi abuela, que las cosas no estaban bien, que mi papá debía girar algo de dinero, pero cómo si no había Caja Agraria. Tocó esperar muchos días y estar en la finca alerta, tocaba ir hasta el pueblo y mirar si había llegado el dinero donde don Eliberto, que entonces siempre estaba de aquí para acá y para allá, corriendo.

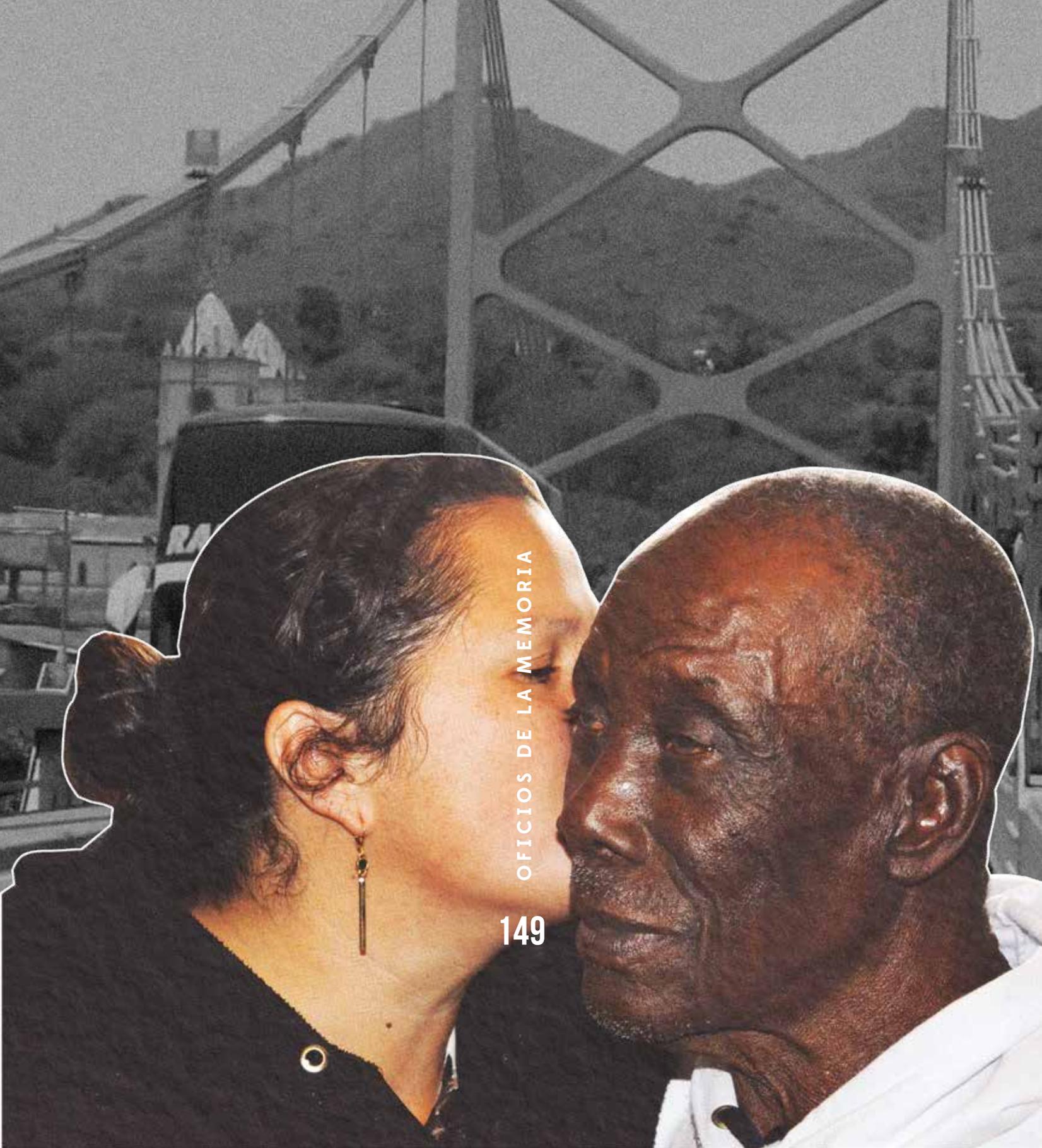
Nunca crucé la cuadra que me llevaba al pueblo, tomé una decisión: "Del que me acuerde me quiero acordar bien", y tengo las fotos de la gente del pueblo, me acuerdo de los nombres de muchos.

A Bogotá llegamos a donde un tío, pero en el camino habían cerrado el puente de Honda, lo cerraron como por una hora y ¡no! Yo creí que nunca íbamos a salir de ahí, es horrible, uno cree que lo van a coger, cree que van a parar el bus.

MARCELA OSPINA

148





OFICIOS DE LA MEMORIA



MARCELA OSPINA

150

Años después la vida me presentó a Dora, y un día vi la cédula de ella, el número era muy parecido al mío, debía ser del pueblo, le pregunté y me dijo que sí, que era de San Diego... San Diego era ahí mismo, y bueno, siempre he sentido mucho afecto por ella porque es una de las pocas personas que he conocido de mi región. Me contó que ese día había mucha sangre, que había manos, que había pies, fue horrible, que ella prefería no haber visto nunca eso.

Ahí entendí que otro iba a construir mi historia y me iba a ayudar a construir la memoria de lo que no vi y lo que se me había olvidado. A veces le pregunto: "¿Cómo es el cementerio de Florencia, Dorita?", ella me lo describe y lo busco y no lo encuentro, no lo recuerdo, ni porque ella me lo describa. Me mostró unas fotos del congal, me decía, "¿te acuerdas del congal?, allí íbamos de todos lados a jugar". Yo no recuerdo el congal, me da tristeza porque el congal era un sitio feliz.

Entender la mente es difícil. Agradezco a Dios no haber ido al pueblo, lo agradezco mucho.

Yo sí quisiera volver, hay un lugar, le he pedido muchas veces a Dios, en el que había como un espacio redondo, era muy alto, y después del trabajo yo me iba a ese lugar que está rodeado por los árboles. Ahí leía un libro que se llamaba El progreso del peregrino, me lo leí muchas veces.

Era un libro que estaba amarillo, su portada estaba amarilla porque lo guardaba en el zarzo que es donde llega todo el humo de la leña y toma un color, lo recuerdo como si lo tuviera..., olía a leña. Y él personificaba la paciencia, la confianza, ese libro me fortalecía mucho.

Me sentaba en las tardes a leer, o a cantar, nos reuníamos todos a cantar, los vecinos, y yo siempre me preparaba para cantar, y cantar bien..., pero nunca volví a cantar.

Luego un día le preguntaba a Dios si él jugaba como las personas, que cómo sabía uno si él existía, y vi cómo las hojas caían de los árboles y lloré mucho, y ese lugar fue el lugar especial. Cuando estoy muy triste cierro los ojos y creo que estoy ahí sentada leyendo, y no voy a morir sin volver allá. Ese lugar se volvió más que el lugar de los recuerdos es el lugar de los anhelos. Ese lugar era mío, a uno no le quitan solo los años, le quitan sus lugares secretos, le quitan muchas cosas.

Preferiría estar en el campo y no en la ciudad, suena paradójico, me siento campesina y solo estuvimos 5 años en Florencia. Yo creo que yo pasé de ser ciudadana a ser campesina y luego volver a la tierra donde nunca nosotros planeamos volver, jamás.

MARCELA OSPINA

152



Cuando llegué a Bogotá con mis padres nos recibió un tío, me acuerdo que dormíamos como cinco en una cama. Mi papá siempre fue muy celoso que no durmiéramos las mujeres y los hombres, fue muy cuidadoso, pero ¿ahí qué? Eran los pies de Toto en mi cara y en todo lado, dormíamos horrible.

Me acuerdo que alguien me regaló una falda morada de paño muy bonita y una blusita blanca, le pedí a la esposa de mi tío que me prestara unos zapatos y decidí ir a buscar trabajo. Tenía 17 o 18 años.

Quería buscar mi formulario del Icfes y mi mamá había conseguido trabajo donde una señora a la que le había hecho el oficio hacía muchos años, era una profesora, la señora Cecilia. Le dije a mi mamá que iba a hablar con doña Cecilia y ella me dio los datos del director del Icfes, se llamaba Fernando Páez.

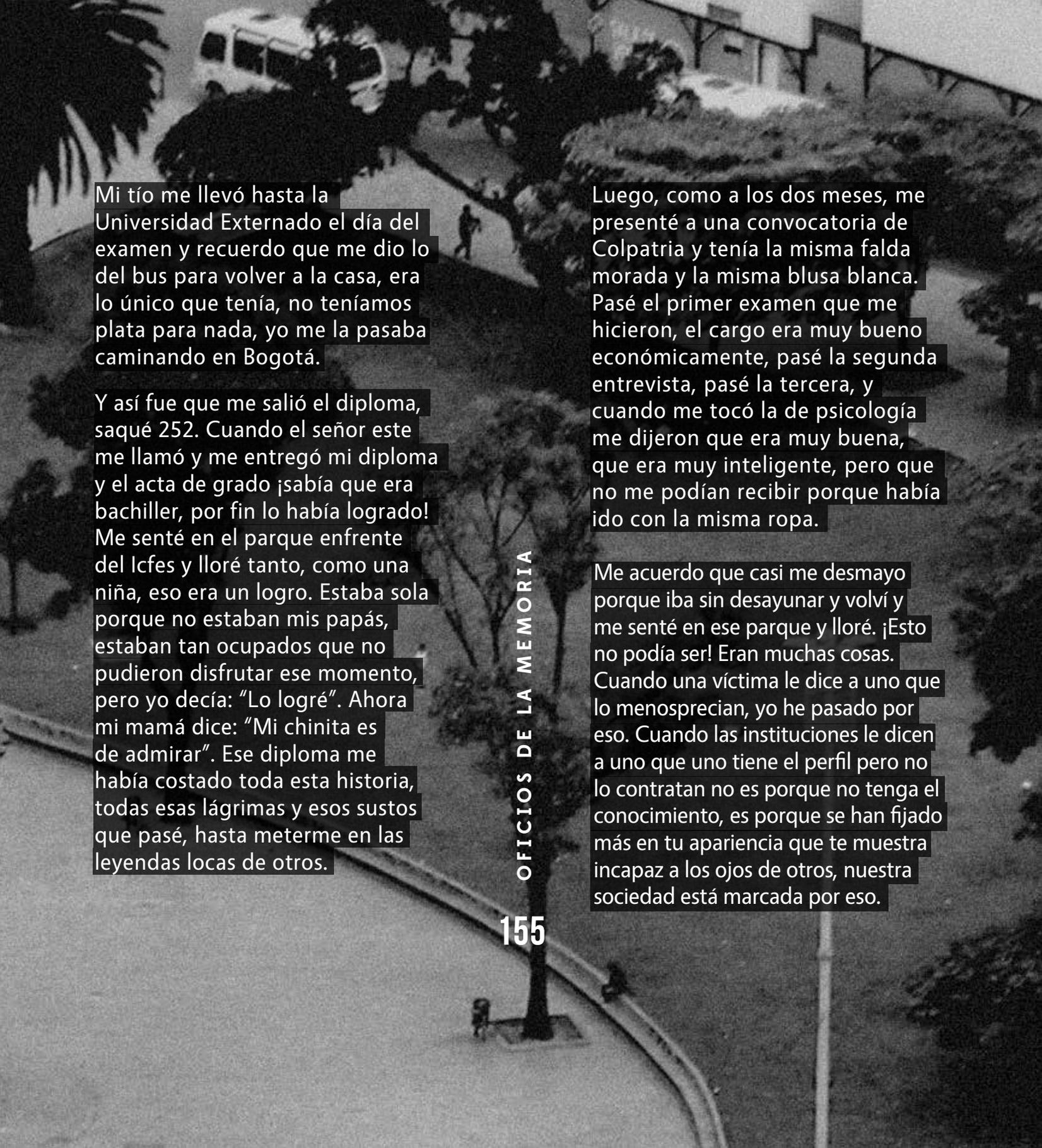
OFICIOS DE LA MEMORIA



Fui a buscarlo, me acuerdo que llegué como a las once y duré hasta las cuatro que me atendió, porque no me iba a atender, pero lo iba a esperar así me tocara amanecerme ahí. Persistí y me atendió, empezó a buscar mi nombre en el sistema.

Encontramos el formulario en La Dorada – Caldas, me dijo que no me iba a cobrar nada y el formulario del Icfes siempre ha valido. “Tienes que sacar 250 puntos y yo mismo me voy a encargar de darte tu cartón de bachillerato y de darte tu acta, yo te voy a ayudar”. Yo no hacía sino llorar porque todo esto me parecía mentira, había luchado tanto por ese bachillerato que saber que iba a estar cerca me emocionó.

MARCELA OSPINA

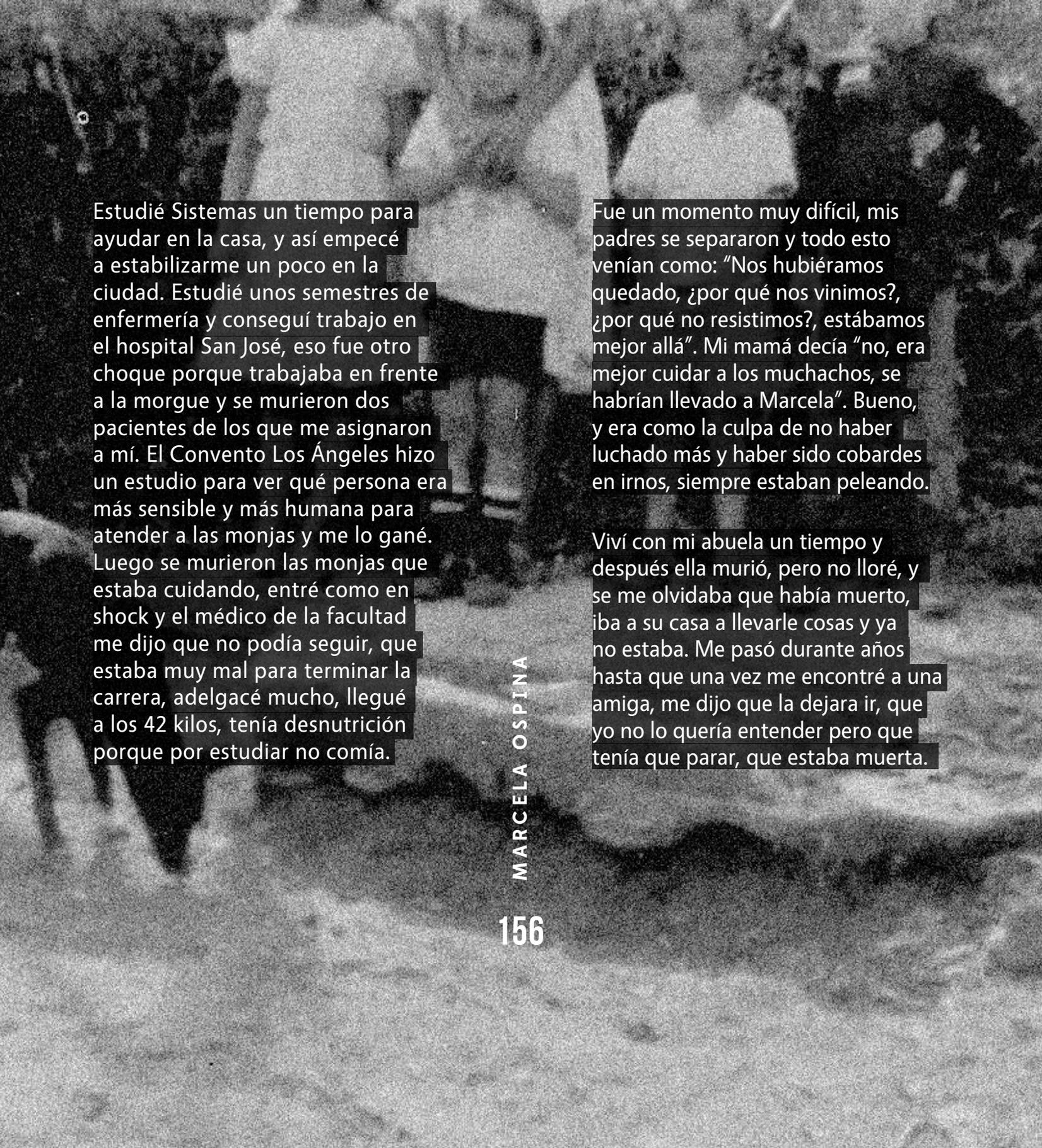
A black and white photograph of a street scene. In the upper left, a white van is parked. A person is walking on the sidewalk in the middle ground. The scene is filled with trees and foliage, creating a sense of a park or a residential street. The lighting is soft, suggesting an overcast day or late afternoon.

Mi tío me llevó hasta la Universidad Externado el día del examen y recuerdo que me dio lo del bus para volver a la casa, era lo único que tenía, no teníamos plata para nada, yo me la pasaba caminando en Bogotá.

Y así fue que me salió el diploma, saqué 252. Cuando el señor este me llamó y me entregó mi diploma y el acta de grado ¡sabía que era bachiller, por fin lo había logrado! Me senté en el parque enfrente del Icfes y lloré tanto, como una niña, eso era un logro. Estaba sola porque no estaban mis papás, estaban tan ocupados que no pudieron disfrutar ese momento, pero yo decía: "Lo logré". Ahora mi mamá dice: "Mi chinita es de admirar". Ese diploma me había costado toda esta historia, todas esas lágrimas y esos sustos que pasé, hasta meterme en las leyendas locas de otros.

Luego, como a los dos meses, me presenté a una convocatoria de Colpatria y tenía la misma falda morada y la misma blusa blanca. Pasé el primer examen que me hicieron, el cargo era muy bueno económicamente, pasé la segunda entrevista, pasé la tercera, y cuando me tocó la de psicología me dijeron que era muy buena, que era muy inteligente, pero que no me podían recibir porque había ido con la misma ropa.

Me acuerdo que casi me desmayo porque iba sin desayunar y volví y me senté en ese parque y lloré. ¡Esto no podía ser! Eran muchas cosas. Cuando una víctima le dice a uno que lo menosprecian, yo he pasado por eso. Cuando las instituciones le dicen a uno que uno tiene el perfil pero no lo contratan no es porque no tenga el conocimiento, es porque se han fijado más en tu apariencia que te muestra incapaz a los ojos de otros, nuestra sociedad está marcada por eso.



Estudié Sistemas un tiempo para ayudar en la casa, y así empecé a estabilizarme un poco en la ciudad. Estudié unos semestres de enfermería y conseguí trabajo en el hospital San José, eso fue otro choque porque trabajaba en frente a la morgue y se murieron dos pacientes de los que me asignaron a mí. El Convento Los Ángeles hizo un estudio para ver qué persona era más sensible y más humana para atender a las monjas y me lo gané. Luego se murieron las monjas que estaba cuidando, entré como en shock y el médico de la facultad me dijo que no podía seguir, que estaba muy mal para terminar la carrera, adelgacé mucho, llegué a los 42 kilos, tenía desnutrición porque por estudiar no comía.

Fue un momento muy difícil, mis padres se separaron y todo esto venían como: "Nos hubiéramos quedado, ¿por qué nos vinimos?, ¿por qué no resistimos?, estábamos mejor allá". Mi mamá decía "no, era mejor cuidar a los muchachos, se habrían llevado a Marcela". Bueno, y era como la culpa de no haber luchado más y haber sido cobardes en irnos, siempre estaban peleando.

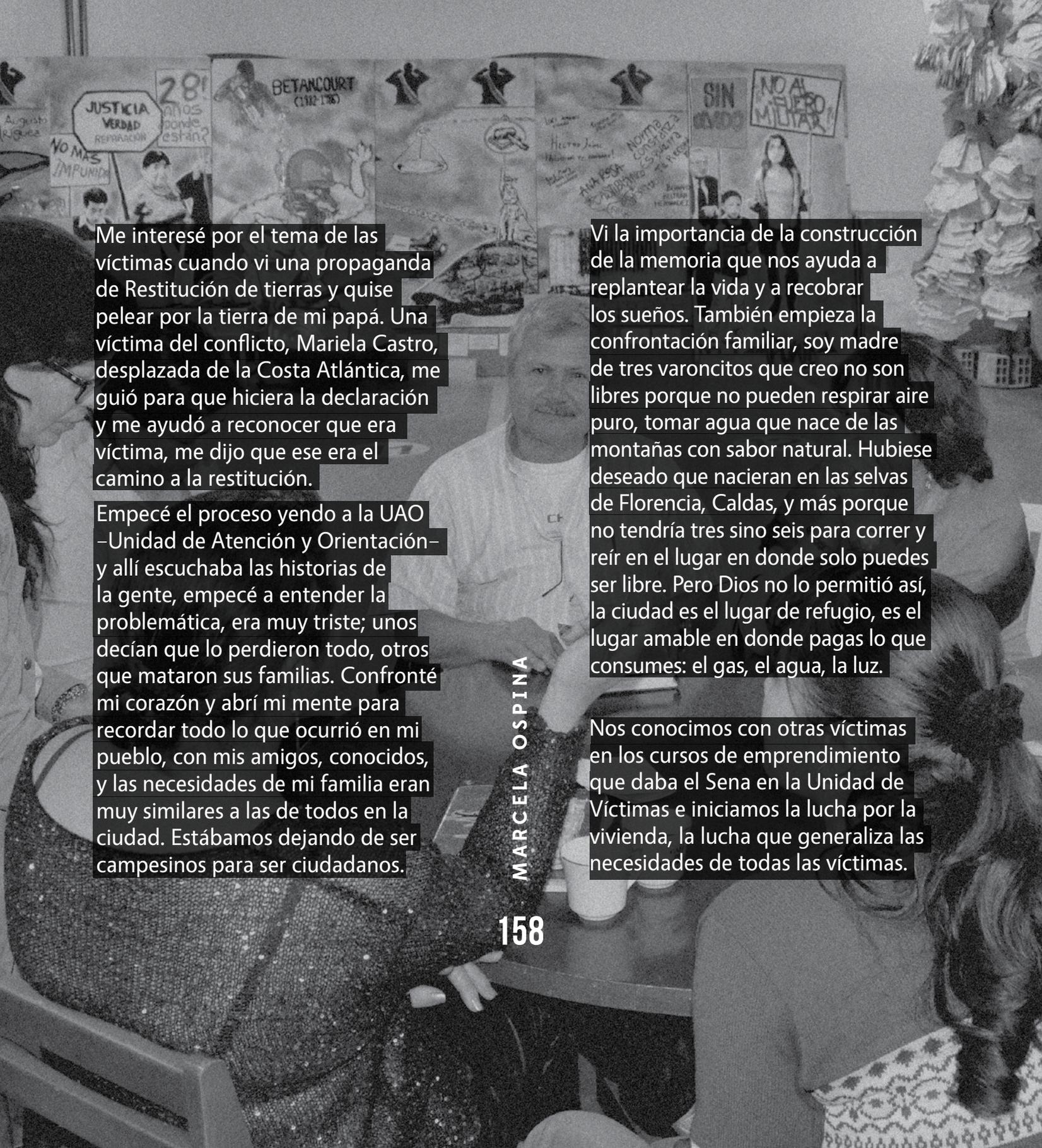
Viví con mi abuela un tiempo y después ella murió, pero no lloré, y se me olvidaba que había muerto, iba a su casa a llevarle cosas y ya no estaba. Me pasó durante años hasta que una vez me encontré a una amiga, me dijo que la dejara ir, que yo no lo quería entender pero que tenía que parar, que estaba muerta.

MARCELA OSPINA

La gente a veces no entiende, dirá que los desplazados y los que hemos pasado todo esto estamos locos, pero la mente de uno no funciona normal, no funciona igual, la mente es una cosa indescriptible. Es como un gran archivador con muchos cajones, los guardas y los abres, hay unos que abres para siempre, hay líneas de tiempo que nunca vas a abrir, que se cerraron, por eso a veces decimos, "no sé qué pasó entre tales años y tales años", y hay otras que no puedes cerrar y están ahí, y vuelven.

Eso es lo que siento que hemos vivido, y el proceso del Centro de Memoria con las víctimas confirma esa teoría: que tú no eliges qué quieres contar, solamente dices "quiero contar o no quiero contar", y el no contar nos hace daño psicológicamente y nos enferma físicamente.





Me interesé por el tema de las víctimas cuando vi una propaganda de Restitución de tierras y quise pelear por la tierra de mi papá. Una víctima del conflicto, Mariela Castro, desplazada de la Costa Atlántica, me guió para que hiciera la declaración y me ayudó a reconocer que era víctima, me dijo que ese era el camino a la restitución.

Empecé el proceso yendo a la UAO –Unidad de Atención y Orientación– y allí escuchaba las historias de la gente, empecé a entender la problemática, era muy triste; unos decían que lo perdieron todo, otros que mataron sus familias. Confronté mi corazón y abrí mi mente para recordar todo lo que ocurrió en mi pueblo, con mis amigos, conocidos, y las necesidades de mi familia eran muy similares a las de todos en la ciudad. Estábamos dejando de ser campesinos para ser ciudadanos.

MARCELA OSPINA

Vi la importancia de la construcción de la memoria que nos ayuda a replantear la vida y a recobrar los sueños. También empieza la confrontación familiar, soy madre de tres varoncitos que creo no son libres porque no pueden respirar aire puro, tomar agua que nace de las montañas con sabor natural. Hubiese deseado que nacieran en las selvas de Florencia, Caldas, y más porque no tendría tres sino seis para correr y reír en el lugar en donde solo puedes ser libre. Pero Dios no lo permitió así, la ciudad es el lugar de refugio, es el lugar amable en donde pagas lo que consumes: el gas, el agua, la luz.

Nos conocimos con otras víctimas en los cursos de emprendimiento que daba el Sena en la Unidad de Víctimas e iniciamos la lucha por la vivienda, la lucha que generaliza las necesidades de todas las víctimas.



Todos teníamos muchos deseos, anhelos de recobrar lo perdido, empezamos a hacer tertulias de memoria, recordando cosas que nunca volvimos a hacer. Decía una señora: "Cantar en la montaña, en la mañana salir con las vecinas a la quebrada". Sentí que se nos olvidó ser nosotros mismos y la tarea fue ver cómo íbamos a recobrar todo lo perdido.



OFICIOS DE LA MEMORIA

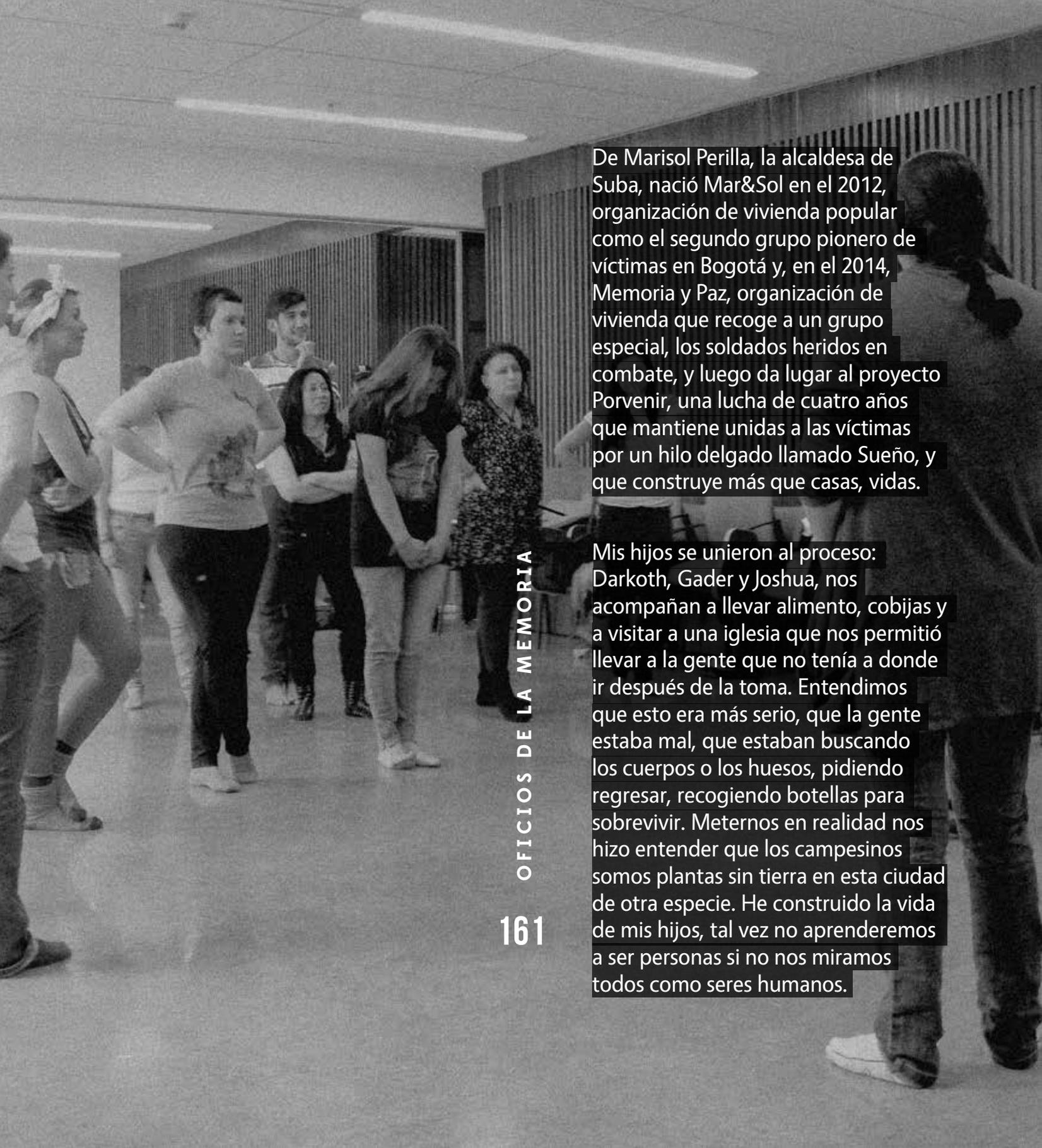


MARCELA OSPINA

160

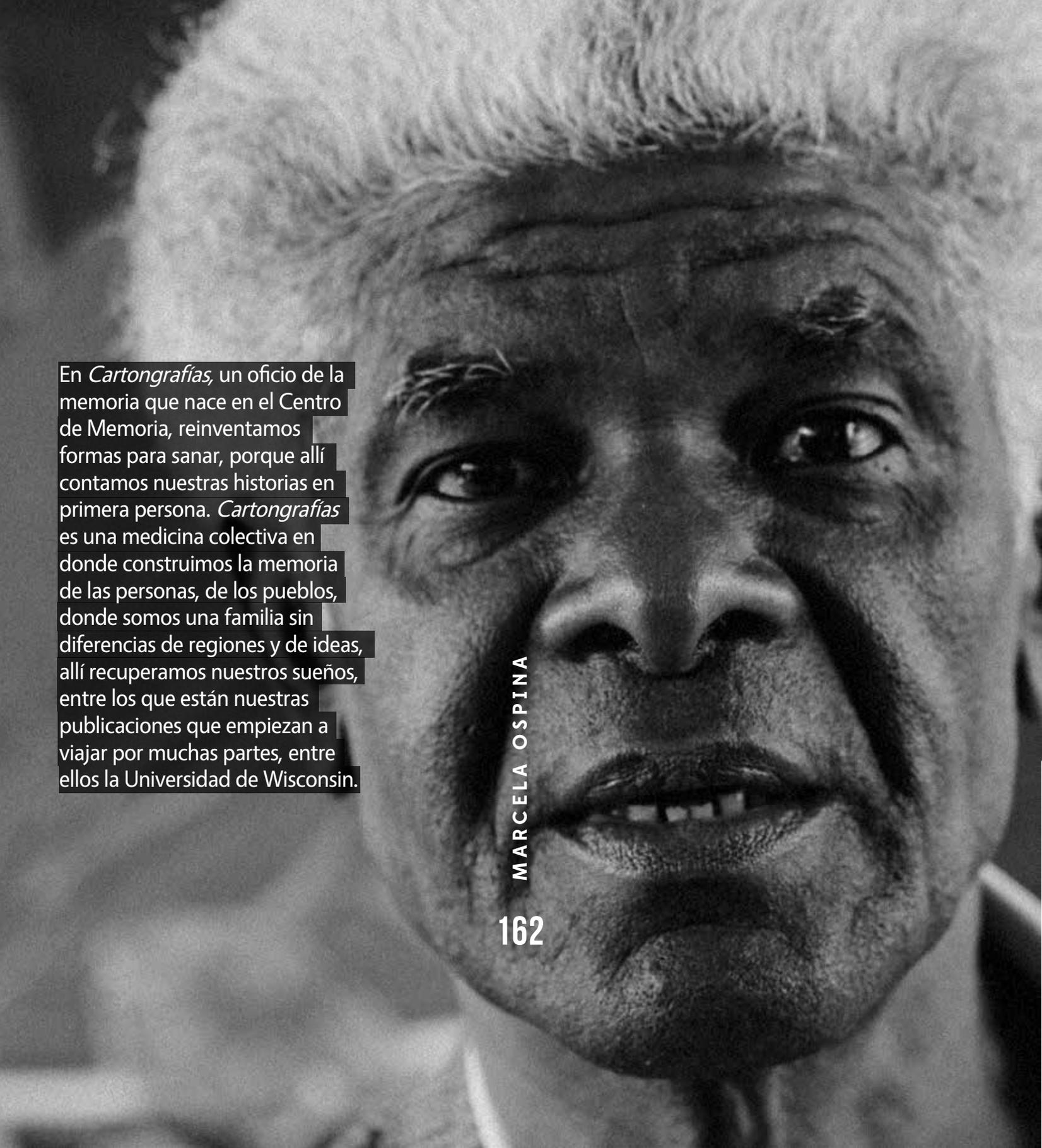
Y el grupo inició con la primera toma de un lote de estupefacientes ubicado en la 170, un lote que era de Rodríguez Gacha. Allí llegaron las instituciones pero no hubo acuerdos claros. Luego hicimos la segunda en la ETB de Suba, nos sacó el Smad a la fuerza, hubo niños y adultos heridos. Nos enfrentamos al miedo y nacieron las estrategias, más que la toma recobramos el valor frente a otros, y entendimos que podemos criar a nuestros hijos como líderes.

Así nació el G.P.S - Grupo Político Social. El grupo tiene como objetivo que sus integrantes participen en instancias de poder. Un día colocaremos un presidente que sepa qué es dar a sus amigos. Martín, el pionero, Vidal, el que más habla, Julio, el amigo que dice qué se puede, Edison, el "pa las que sea", Marisol, la organizada, Hennys, el que aportó el nombre como un enrutador para localizar a todas las víctimas, quien diseñó los logos, aportó ideas altruistas y con su cámara todo lo registra para que esta organización sea una que cuente los cambios y logros de una organización pujante. Yo no sabía qué hacer en este grupo hasta que dije "yo quiero hablar con las entidades". Es un grupo de ideales.



De Marisol Perilla, la alcaldesa de Suba, nació Mar&Sol en el 2012, organización de vivienda popular como el segundo grupo pionero de víctimas en Bogotá y, en el 2014, Memoria y Paz, organización de vivienda que recoge a un grupo especial, los soldados heridos en combate, y luego da lugar al proyecto Porvenir, una lucha de cuatro años que mantiene unidas a las víctimas por un hilo delgado llamado Sueño, y que construye más que casas, vidas.

Mis hijos se unieron al proceso: Darkoth, Gader y Joshua, nos acompañan a llevar alimento, cobijas y a visitar a una iglesia que nos permitió llevar a la gente que no tenía a donde ir después de la toma. Entendimos que esto era más serio, que la gente estaba mal, que estaban buscando los cuerpos o los huesos, pidiendo regresar, recogiendo botellas para sobrevivir. Meternos en realidad nos hizo entender que los campesinos somos plantas sin tierra en esta ciudad de otra especie. He construido la vida de mis hijos, tal vez no aprenderemos a ser personas si no nos miramos todos como seres humanos.



En *Cartongrafías*, un oficio de la memoria que nace en el Centro de Memoria, reinventamos formas para sanar, porque allí contamos nuestras historias en primera persona. *Cartongrafías* es una medicina colectiva en donde construimos la memoria de las personas, de los pueblos, donde somos una familia sin diferencias de regiones y de ideas, allí recuperamos nuestros sueños, entre los que están nuestras publicaciones que empiezan a viajar por muchas partes, entre ellos la Universidad de Wisconsin.

MARCELA OSPINA

A partir del trabajo con la editorial que sigue haciendo Daniela Romero en Buenos Aires, tuve la oportunidad de viajar allí el año pasado. Fue un viaje que me permitió abrir la mente y entender que a través de los libros hemos ocupado un lugar no solo en la sociedad colombiana, sino en otros espacios. Con los libros viajaron mis compañeros Juan, Carolina, Consuelo, Delfina, Esperanza, Mónica, Katy, Noris, Hennys, Beto, Argemira, Don José, Darkoth, Carol, Camilo, y nos dábamos cuenta de que afuera pensaban que esos libros estaban hechos por profesionales, se sorprendían mucho cuando descubrían que eran hechos por campesinos colombianos, que luchan porque su memoria trascienda, por tener una voz propia.

Este proceso solo hace que sanemos nuestras heridas y no permitamos que se repitan los hechos que nos cambiaron la vida. Contar es parte de sanar, es parte de construir y dar pasos para entender que el dolor de otros no es aislado de el de nosotros, si no que es la realidad del lugar en donde nacimos todos y que seremos cómplices si la verdad sigue oculta.

OFICIOS DE LA MEMORIA

163



Cartongrafías

Las editoriales cartoneras, cuyo origen se da en Buenos Aires con Eloísa Cartonera en el 2003, se han convertido en un fenómeno internacional. Se pueden encontrar editoriales cartoneras en más de cien países y en casi todos los continentes del mundo. En América Latina están la mayor cantidad de ellas.

El modelo cartonero de producir y difundir los libros hechos a mano y con portadas en cartón reciclado hace accesible el libro a todos los ciudadanos porque los costos de producción y de venta son bajos. Además, las campañas que buscan proteger el estatus del libro como propiedad privada con uso y circulación restringidos, han contribuido a la popularidad de las editoriales cartoneras como una forma más libre de fomentar el libro y la lectura.

Las editoriales cartoneras hacen posible ejercer la palabra a través talleres que realizan en espacios no académicos como cárceles, plazas públicas, ferias, calles y parques pero también en colegios, universidades y bibliotecas. La geografía cultural de las ciudades se redistribuye generando nuevas atmósferas para los oficios de escribir y publicar.

CARTONGRAFÍAS

164





Ellas rompen con el temor a la letra escrita, históricamente generado por una minoría que conquista el imaginario nacional y cultural y que encausa y dirige la operación pedagógica. Ancestros de una élite ilustrada, que ha interpretado la Historia con mayúscula a través de la cual construyen las vías de entendimiento del pasado, diseñan la identificación nacional y la hacen ver como un campo solo para los conocedores de los destinos nacionales, convirtiéndola en un muro de incomprensión para los seres comunes y corrientes.

Los dibujos, grabados, escritos que se publican en ellas permiten mostrar la diversidad de formas a través de las cuales escritores y artistas reconocidos, y la sociedad en general, pueden contar, representar, recrear y publicar. Esta variedad de textos acortan la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada. El habla de todos los días, la que suele morir o eclipsarse al paso de cada generación, el habla viva y repetitiva, genera una corriente estética que transforma internamente a las comunidades, porque al encontrar caminos de expresión enriquece la vida cotidiana en la que se conjugan pensamiento, sentimiento y expresión. La literatura y el arte se vuelven ejercicios masivos, cercanos y de allí se generan nuevas formaciones culturales que propician la diversidad.

En el año 2013 integrantes de organizaciones de víctimas del conflicto armado de diez localidades de Bogotá fueron convocados por la Asociación Minga y el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación con el objetivo de generar una editorial cartonera. Se pasó entonces a reconocer la importancia de publicar relatos escritos por las víctimas y, la artista Daniela Romero, les presentó la experiencia de Eloísa Cartonera en Buenos Aires.

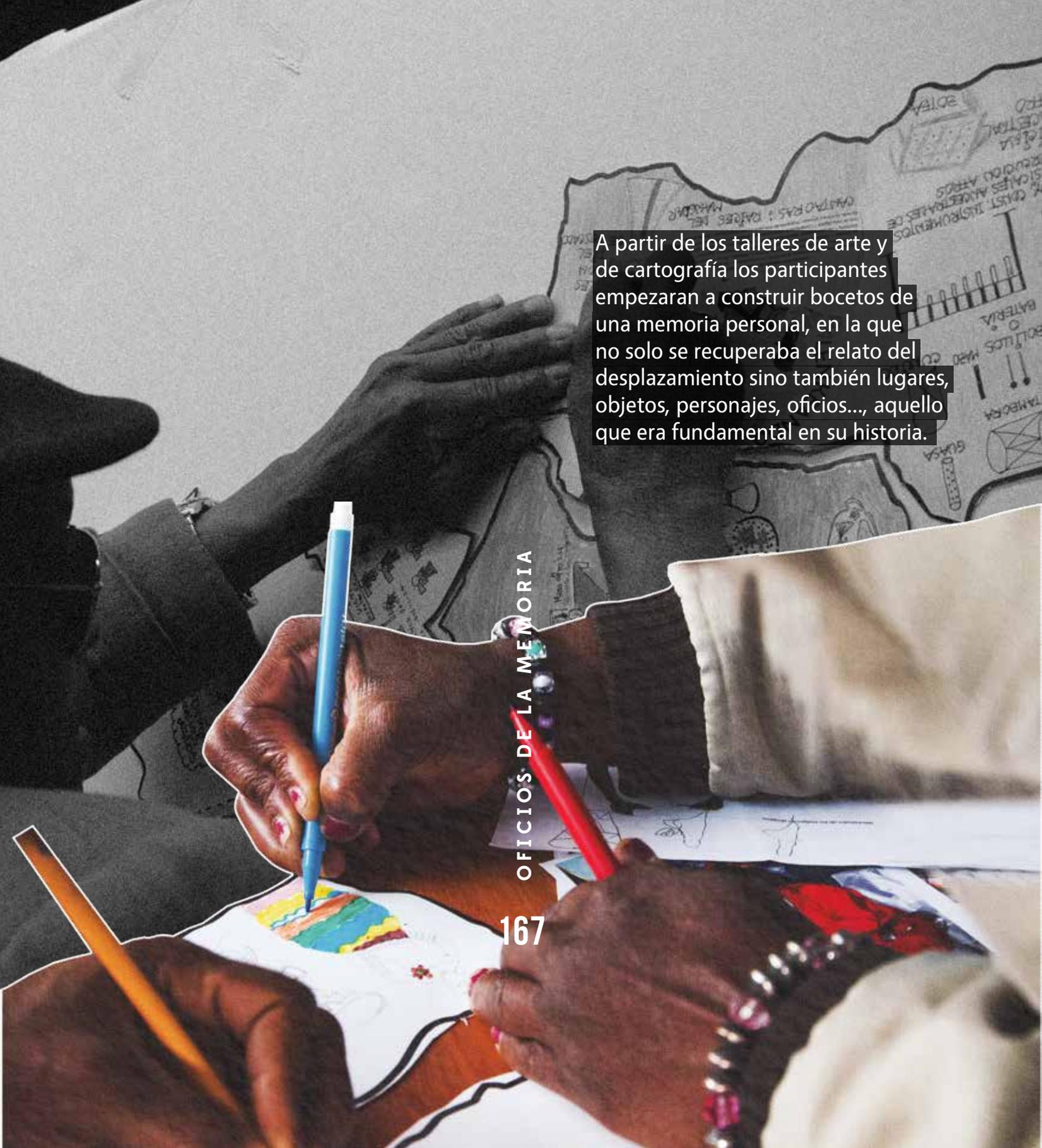
Llevar a cabo el difícil ejercicio de contar una Memoria marcada por el conflicto armado en Colombia generó muchas preguntas: qué contar, cómo contarlo, a quiénes, para qué, por qué...

Empezar a contar implica un ejercicio complejo de recuperar silencios, enfrentarse con situaciones que es preferible olvidar, con espacios de luz y de sombra en una memoria habitada por cavernas en la que muchas veces habitan el miedo, el dolor, la rabia, la culpa, las pesadillas...

Por esta razón se decide utilizar la literatura, la música, la pintura, el dibujo y el *collage* como lenguajes que favorecen el hecho de plasmar, transformar, recrear eventos o hechos de violencia. Los cuentos y los mapas ayudaron a revisar espacios, las formas como estos podían contarse de acuerdo a la perspectiva desde la cual eran observados, habitados y recorridos.

Las técnicas de pintura: composición de dibujos, estampados y collage buscaban enriquecer las formas de narrar y plasmar experiencias, sensaciones y emociones. Los trazos fueron delineando historias.

Los talleres de cartografía ayudaron a revisar la relación entre espacio y tiempo: diversas formas de organizar un relato en el tiempo y de representar los lugares. Las canciones los llevaron a conocer historias que se contaban en tiempos lineales, paralelos, circulares, pendulares, tiempos que buscaban mostrar la no linealidad de la memoria.



A partir de los talleres de arte y de cartografía los participantes empezaron a construir bocetos de una memoria personal, en la que no solo se recuperaba el relato del desplazamiento sino también lugares, objetos, personajes, oficios..., aquello que era fundamental en su historia.

El resultado de este proceso fueron mapas artísticos en los que cada uno decidió qué contar y cómo contarlo: la silueta de su rostro o de su cuerpo, el mapa de su región o del recorrido, un árbol, una imagen compuesta en la que se contrastaban los territorios abandonados y la ciudad, son ejemplos de algunas de las cartografías construidas.

Los mapas se convirtieron en una herramienta fundamental para contarles a sus compañeros de taller esos viajes de la memoria por el dolor, los detalles de lugares a los que muchos no volvieron y sus luchas por la defensa de los derechos humanos. La memoria colectiva les ayuda a descubrir que no se estaba solo o sola y que a través de ella se empezaba a trazar la historia de un país que solo ellos y ellas podían contar.

La memoria colectiva también se hizo visible en el mapa de Bogotá, en el que los cuatro integrantes de cada localidad fueron dibujando las actividades que vienen desarrollando las organizaciones de víctimas en la ciudad. En él quedaron plasmadas resistencias, prácticas y saberes, que hacen visible los procesos sociales, políticos, económicos, artísticos y culturales que llevan a cabo. Este mapa es una invitación para ver y entender a las víctimas no como un problema sino como personas que tienen mucho que enseñarle a los colombianos.

A partir de las habilidades de los integrantes del taller se distribuyeron tareas para cortar, coser, armar libretas con los mapas y textos construidos. Las herramientas de trabajo eran sencillos bisturís, prensas artesanales, tela, pegante, hilo y aguja.

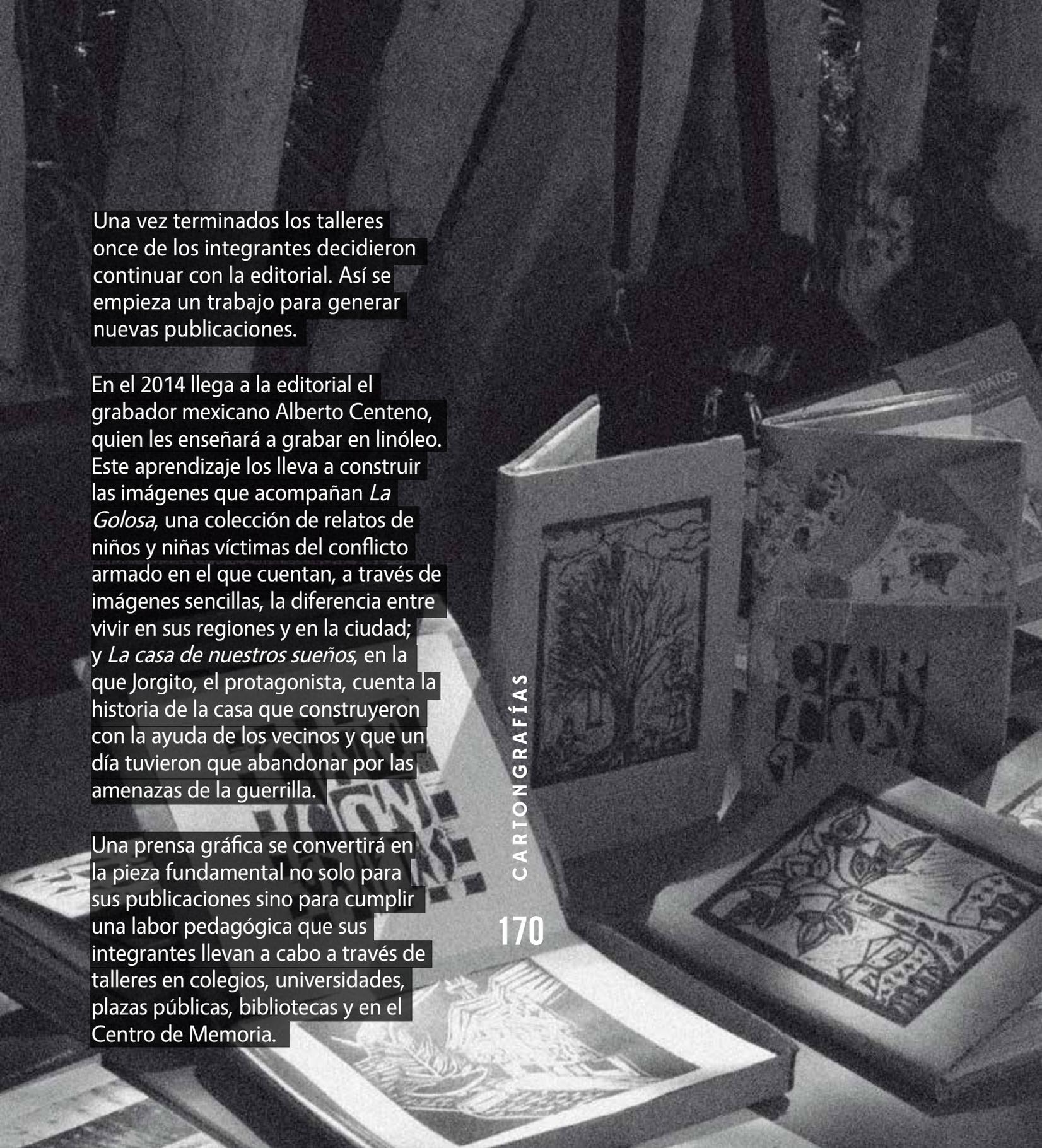
Una vez terminados los talleres once de los integrantes decidieron continuar con la editorial. Así se empieza un trabajo para generar nuevas publicaciones.

En el 2014 llega a la editorial el grabador mexicano Alberto Centeno, quien les enseñará a grabar en linóleo. Este aprendizaje los lleva a construir las imágenes que acompañan *La Golosa*, una colección de relatos de niños y niñas víctimas del conflicto armado en el que cuentan, a través de imágenes sencillas, la diferencia entre vivir en sus regiones y en la ciudad; y *La casa de nuestros sueños*, en la que Jorgito, el protagonista, cuenta la historia de la casa que construyeron con la ayuda de los vecinos y que un día tuvieron que abandonar por las amenazas de la guerrilla.

Una prensa gráfica se convertirá en la pieza fundamental no solo para sus publicaciones sino para cumplir una labor pedagógica que sus integrantes llevan a cabo a través de talleres en colegios, universidades, plazas públicas, bibliotecas y en el Centro de Memoria.

CARTONGRAFÍAS

170



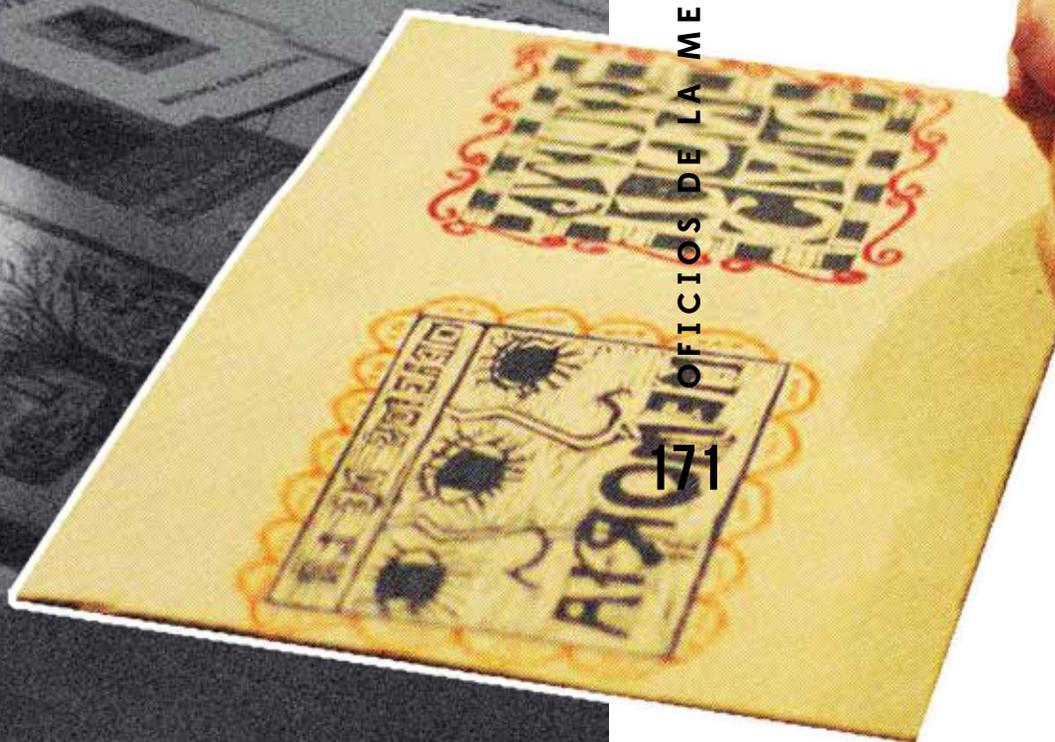
En los talleres se recupera el trabajo colectivo y el sentido que tiene la producción de un libro no como un objeto de consumo sino como una obra en la que han contribuido todos en su creación y construcción.

La participación en eventos como la Feria del Libro Independiente, en el 2014, y la Feria Internacional del libro de Bogotá durante los años 2014 y 2015, empezarán a dar a conocer el trabajo de la editorial.

Los encuentros internacionales con editoriales cartoneras de Latinoamérica también serán un espacio de aprendizaje muy valioso: Encuentro Latinoamericano de Editoriales Cartoneras organizado por la biblioteca de Santiago de Chile en octubre de 2014, el Festival de Letras en la Arena en Chile en febrero de 2015 y el Tercer Encuentro de Intemperies organizado por la librería La Libre, de Buenos Aires, en noviembre de 2015.

OFICIOS DE LA MEMORIA

171



Cartongrafías es hoy un taller en el que sus integrantes tienen el reto constante de seguir aprendiendo para invitar a otros a desamordazar su memoria, para contar a través de ella la verdad sobre la forma como el conflicto armado los ha afectado a ellos y ellas, a sus regiones y a un país, para transformar el dolor en textos, dibujos, pinturas, grabados, en libros a través de los cuales se convierten en los escritores de su propia historia y de la de un país.

CARTONGRAFÍAS

172





El intercambio de saberes entre artistas, estudiantes, editoriales nacionales e internacionales y las víctimas del conflicto armado ha permitido generar un espacio en el que es posible evidenciar que el conocimiento o no de la escritura no es un obstáculo para contar las historias silenciadas por mucho años de Colombia y de Bogotá, una ciudad en la que por muchos años las víctimas del conflicto han habitado en barrios colgados de barrancos, en donde los niños campesinos empiezan a tomar las duras lecciones de la exclusión en barrios escondidos en la cima de los cerros, los mismos en los que los jóvenes se niegan a ser reclutados por uno u otro bando a través de las expresiones artísticas y culturales.

En historias cargadas de tristeza, de dignidad y fortaleza, Cartongrafías hace evidente que en esa periferia a la que los ha llevado a vivir el conflicto armado hay millones de escritores y artistas que pueden plasmar en libros de cartón las historias y las memorias de las veredas, los municipios, los pueblos, los territorios colombianos tal y como lo dice el manifiesto que construyeron en el 2015:

OFICIOS DE LA MEMORIA



En este país sí hay artistas

En este país sí hay artistas
Pero a algunos los sueños
se nos han convertido en pesadillas
Que de noche tienen el rostro de
la muerte, la violación, la tortura,
la desaparición, la amputación,
el secuestro y la muerte
Y de día tienen el del hambre, el abandono,
la humillación, la impotencia y la soledad.

En este país sí hay artistas
vendemos artesanías y baratijas
en los andenes, en los mercados
Eso que con desdén algunos llaman arte popular

Otros rayamos en la noche
y con prisa los muros
Nuestros trazos denotan el miedo de ser castigados
por una ley que condena
el daño en bien público y privado
del color, de la forma
de la creación y de la expresión



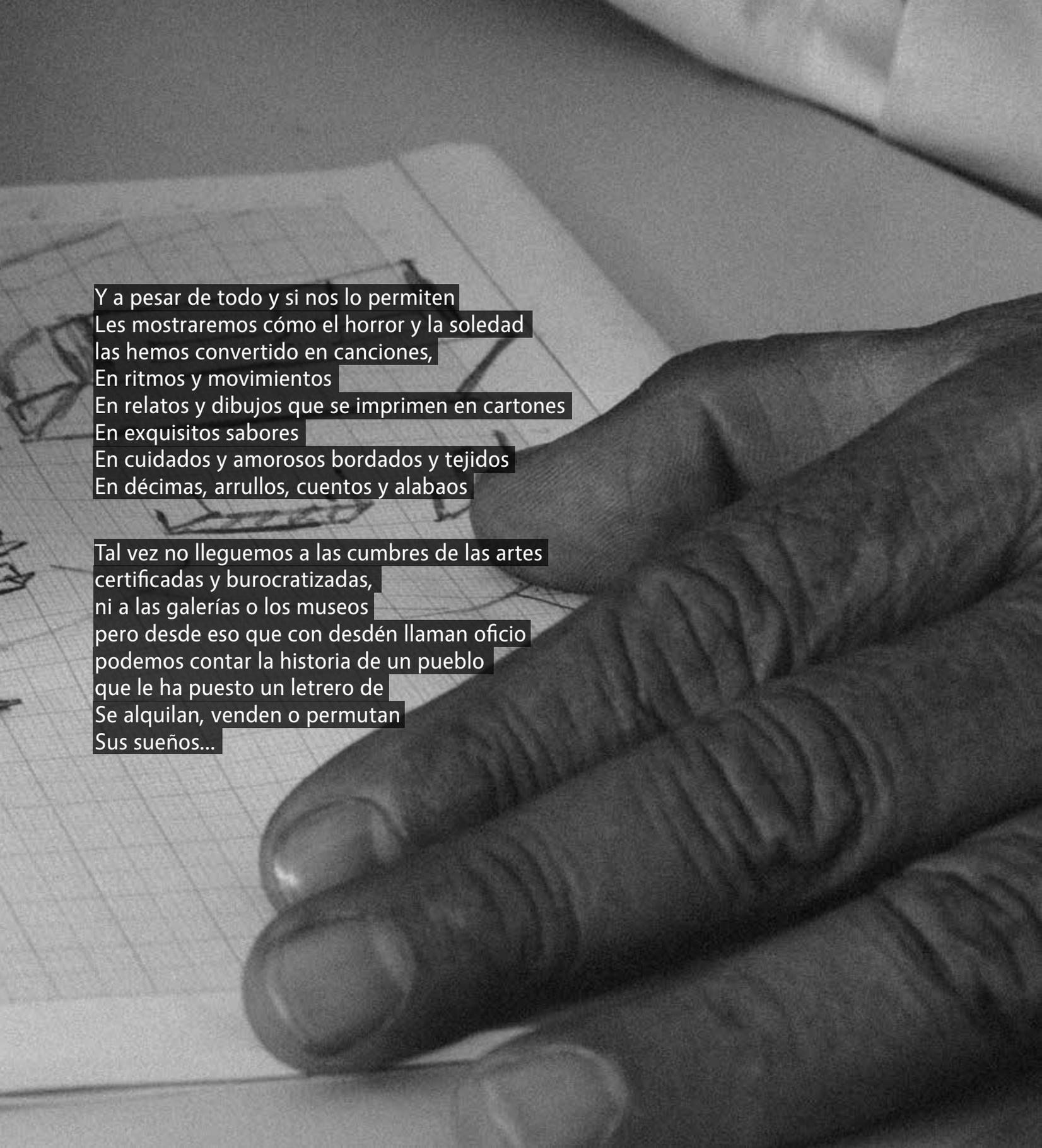
En este país si hay artistas
Escribimos poemas, cantos y cuentos al viento
mientras barremos, cocinamos, limpiamos,
construimos,
Nuestras historias se desvanecen
en medio de la rutina,
de lo inevitable, de lo necesario.

En este país si hay artistas
Danzamos al ritmo de los motores,
de los altavoces,
nuestros cuerpos ágiles imaginan con nostalgia
saltos y piruetas, coreografías y escenarios
se deslizan silenciosos y taciturnos en medio de
la multitud

En este país si hay artistas
Que cargan en cuadernos y en su memoria
bocetos que como fetos nunca llegan a nacer
mueren de forma prematura o
enferman de artrosis y paralizan

Condenados a la miseria de sobrevivir
al horror de la norma, de la necesidad
incapaces de creer, de jugar
porque la obligación espera y la necesidad
apremia





Y a pesar de todo y si nos lo permiten
Les mostraremos cómo el horror y la soledad
las hemos convertido en canciones,
En ritmos y movimientos
En relatos y dibujos que se imprimen en cartones
En exquisitos sabores
En cuidados y amorosos bordados y tejidos
En décimas, arrullos, cuentos y alabaos

Tal vez no lleguemos a las cumbres de las artes
certificadas y burocratizadas,
ni a las galerías o los museos
pero desde eso que con desdén llaman oficio
podemos contar la historia de un pueblo
que le ha puesto un letrero de
Se alquilan, venden o permutan
Sus sueños...

**Este libro se terminó de imprimir en la ciudad de Bogota D.C.,
en el mes de diciembre de 2015**